TODO LO QUE FLOTA EN LA MUERTE



Nada muere del todo. Algo siempre queda.

M. SOLANO

Todo lo que florece en la muerte

M. Solano

Todo lo que florece en la muerte

- Todo lo que florece en la muerte
- PARTE I — ORUGA
  - 1. Séptima
  - 2. La firma
  - 3. Nuria trae café
  - 4. El inspector no cree en asesinos
  - 5. Cría
  - 6. Amelia, dos años
  - 7. Fenoll
  - 8. El que cayó
  - 9. Daniel
  - 10. El aniversario
- PARTE II — CRISÁLIDA
  - 11. Grados-hora
  - 12. No es un insecto cadavérico
  - 13. La repetición
  - 14. La habitación
  - 15. Nuria miente bien
  - 16. El descartado
  - 17. Foto 07:52
  - 18. El plazo
  - 19. La inconclusa
  - 20. Fenoll, segunda nota
  - 21. Vísperas
- PARTE III — IMAGO
  - 22. Imago
  - 23. Lo que Alba pesaba
  - 24. La elección
  - 25. Nuria, después
  - 26. El octavo expediente

Todo lo que florece en la muerte

Nada muere del todo. Algo siempre queda.

PARTE I — ORUGA

1. Séptima

El expediente número siete llega en un sobre marrón el veintisiete de diciembre, y lo abro a las once y cuarenta de la noche, cuando la casa ya está a la temperatura a la que trabajo mejor. Dieciocho grados. Por debajo de eso me distraigo; por encima, me duermo. Lo sé porque lo he medido, con el termómetro digital que tengo pegado con cinta a la pata de la mesa, tres inviernos de datos apuntados en la contraportada de una libreta, la clase de cosa que uno mide cuando ya no le quedan otras que valga la pena medir.

El sobre no lleva remite. No hace falta. Los trae Nuria, siempre marrones, siempre sin membrete, cerrados con la solapa metida por dentro en vez de pegada, porque los pega con saliva y a Nuria le da reparo dejar su saliva en las cosas que me da a mí. Los deja en el buzón, o me los sube, o me los cuela en la bolsa de la compra cuando cree que no la veo. Ciento cuarenta páginas impresas en la fotocopiadora del Instituto, con la banda gris del tóner que se acaba en el margen izquierdo. Los saca del archivo ella misma, de expedientes que ya nadie va a reclamar, y me los imprime, y me los trae, y llama a eso mantenerme la cabeza viva. No es exactamente eso lo que hace. Pero las dos hemos decidido llamarlo así, y llevamos tres años llamándolo así, y a estas alturas cambiarle el nombre sería más trabajo del que ninguna de las dos quiere hacer.

Este sobre no debería estar en mi mesa. Tengo cuarenta y dos años y llevo tres de baja. Oficialmente no leo cuerpos. Oficialmente descanso, hago las cosas que Fenoll apunta en su cuaderno con letra pequeña, duermo ocho horas y como tres veces. Antes leía cuerpos de verdad, los de la mesa de acero, no los de una fotocopia; era la que llamaban cuando la data de una muerte no cuadraba, cuando un juez necesitaba una hora y nadie más se atrevía a darla. Iba a las casas. Firmaba informes que cerraban historias. Ahora firmo un papel cada quince días para que Fenoll certifique que sigo sin poder volver, y leo, de noche, sobres marrones que no existen

para nadie más que para Nuria y para mí. Nuria me quiere y por eso me los trae, porque a la gente a la que quieres le das lo que te pide, aunque sea veneno. No es veneno. Es trabajo. Es lo único que me sostiene de pie y ella lo sabe mejor que Fenoll, que cobra por saberlo y aun así no lo sabe.

Dentro hay ciento cuarenta páginas. Fotografías, un acta de levantamiento, dos informes de antropología forense, un informe de campo, la ficha de una pieza dental que no encajó con nadie. En la esquina superior, el código: CF-0812. Debajo, donde debería ir un nombre, una palabra administrativa: *Desconocida*.

Me pongo los guantes para no marcar las fotografías. Dos chasquidos de látex, uno por mano; es el sonido con el que empiezo. Nunca he sabido leer nada con las manos desnudas; el látex es la frontera entre yo y lo que miro, y sin esa frontera la cabeza se me va a sitios que no sirven para datar.

Saco las fotografías primero. Siempre las fotografías primero, antes que el texto, porque el texto de otro ya viene interpretado y una imagen todavía no ha decidido lo que significa.

Restos esqueléticos. Hallados en 2023 en un talud, a cuatro metros de una pista forestal, tapados por hojarasca y por dos temporadas. Los descubrió un hombre que buscaba níscalos, con el mango de la navaja, sin querer. En las fotografías de campo se ve la ladera en pendiente, la pista de tierra arriba, y abajo la geometría pálida entre las hojas mojadas, ya desordenada: dos inviernos y la fauna del monte reparten un cuerpo pequeño como reparten cualquier cosa, sin prisa y sin respeto, y a la antropóloga que levantó los restos le faltaban huesos cuando terminó de peinar la hojarasca, los pequeños, los de las manos, los que se lleva un córvido o un jabalí y no devuelve.

Una niña, dicen. Con cautela. La cautela es correcta, porque un esqueleto de dos años no dice fácil si fue niño o niña; a esa edad la

pelvis aún no ha decidido lo que va a ser, y el sexo, que en un adulto se lee en el hueso como en un mapa, en una criatura es casi todo conjetura. Lo dicen por otra cosa. Entre los restos apareció un zapato. Uno solo, del pie derecho, de cuero rojo cuarteado, número veintiuno, con una hebilla pequeña y una flor de plástico cosida en el empeine. Un zapato de niña. La antropóloga lo fotografía con testigo métrico al lado, como se fotografía todo, y la regla numerada junto a la flor de plástico es la imagen más obscena de las ciento cuarenta páginas, más que los huesos, porque los huesos ya no son de nadie y el zapato todavía es de alguien.

La edad la calculan por lo que sí queda. Por la fusión de las epífisis, que a los dos años apenas ha empezado y deja las cabezas de los huesos largos sueltas como piezas de un juego que nadie ha terminado de montar. Y por la dentición: los dientes de leche salen con un calendario tan fiel que se les puede pedir la hora, y estos dicen alrededor de veintiséis meses, dos años y dos meses, con un margen de un lado y de otro. Dos años. Poco más. Lo escribo en la libreta y por un momento el bolígrafo se me queda quieto sobre la palabra, sin motivo, y lo vuelvo a mover.

No hay causa. La casilla dice *indeterminada*, que es la manera educada que tiene un forense de escribir *me rindo*. Con un esqueleto expuesto dos años no se saca una causa salvo que el hueso la lleve escrita —una fractura, un plomo, algo—, y este no lleva nada. Ni fractura, ni marca de hoja, ni orificio. Sólo tiempo, hojarasca, y la fauna que reparte. Un cuerpo pequeño que llegó a un talud y no dijo cómo.

Coloco las seis carpetas anteriores en línea sobre la mesa, en orden de fecha, como llevo colocándolas desde hace meses. Amelia. Rubén. Concha. Iván. Marisol. Elena. Los he leído tantas veces que ya no leo: reconozco. Sé en qué página de la de Concha está la fotografía de la almohada. Sé que el acta de Iván tiene una errata en el kilómetro del acantilado que nadie corrigió nunca. Sé que a Marisol la sacaron del coche a las seis y diez de la mañana de un

catorce de enero, con la calzada helada, y que nadie miró dos veces porque una placa de hielo explica un coche contra un quitamiedos sin pedir permiso a nadie. Seis carpetas, seis maneras de morirse que el sistema archivó con seis palabras distintas y una misma pereza: accidente, exposición, natural, indeterminada, accidente, súbita. Seis veces el mundo miró un cuerpo y decidió que no había nada que mirar.

Yo sí miré dos veces. Es lo único que hago bien.

En los seis, él dejó la mariposa.

Lo escribo así en mis notas, «él», porque es cómodo y porque a estas alturas el pronombre ya tiene forma. Un hombre que no soporta que un cuerpo pequeño quede feo. Un hombre paciente, con oficio, que elige a los que ya iban camino de morirse —el chico del acantilado, la anciana sola, el hombre que dormía en la calle en febrero— y les ahorra la parte indigna. Los deja bien puestos. Y encima, siempre, coloca una *Actias luna*: verde pálido, las colas largas, los ocelos como cuatro ojos que no acusan a nadie. Para que lo primero que veamos no sea el final.

No es un insecto que tenga nada que hacer sobre un cadáver. Una polilla no se alimenta de un cuerpo, no pone en él, no data nada; en descomposición mandan las moscas, y las moscas son las que me dan las horas. La primera oleada, las moscardas, llega en minutos si el cuerpo está al aire; ponen, eclosionan, las larvas crecen a un ritmo que la temperatura decide y que yo sé leer al revés, de la larva a la hora, como quien desanda un camino. Ésa es mi ciencia. La mariposa no entra en ella. La mariposa no es prueba de nada. Es un regalo. Por eso importa. Un asesino que deja moscas no me está diciendo nada; un asesino que deja mariposas me está diciendo que lo entiende.

Vuelvo a la séptima.

En la séptima no hay mariposa.

Repaso el inventario de indicios dos veces, por si el equipo de campo la pasó por alto entre la hojarasca, por si se deshizo en dos inviernos, por si consta en una nota a pie de página que no he leído. Nada. Ni un ala, ni una exuvia, ni un fragmento de crisálida. La casilla de indicios biológicos habla de fauna cadavérica antigua, de coleópteros propios de un cuerpo largo tiempo a la intemperie, de restos de puparios vacíos, y de nada más. La antropóloga fue cuidadosa; peinó el talud en cuadrícula, cribó la tierra. Si hubiera habido una mariposa, la habría encontrado, o habría encontrado lo que queda de una mariposa después de dos inviernos, que es poco pero es algo.

Me quedo con eso un rato. Con la ausencia.

Podría significar que la séptima no es suya. Que una niña sin nombre bajo la hojarasca es sólo una niña sin nombre bajo la hojarasca, una de las muchas cosas horribles y sin autor que ocurren y se archivan. Sería lo razonable. Vidal diría eso. Vidal dice eso de casi todo: que la mayoría de los muertos no tienen a nadie detrás, sólo mala suerte, y que la gente inventa culpables porque a un culpable se le puede odiar y a la mala suerte no. Vidal lleva veintiocho años teniendo razón de esa manera gris que tiene la razón cuando no consuela a nadie.

Pero la séptima no está terminada. Eso es lo que veo cuando dejo de buscar la mariposa y empiezo a buscar por qué no está. No la dejó todavía. No la ha colocado. Es la única de las siete que sigue abierta, la única sin nombre, la única a la que le falta lo suyo. Un hombre así no abandona un cuerpo a medias. Vuelve. Termina. Y si esta la dejó sin terminar, es porque algo lo interrumpió, o porque su cuenta todavía no ha llegado a ella, y en cualquiera de los dos casos volverá, porque los que hacen las cosas con este cuidado no dejan una a mitad y se olvidan.

Lo apunto en la libreta, con el bolígrafo que uso sólo para esto: *falta la mariposa. Todavía*.

Y me llevo dos dedos a la muñeca izquierda sin darme cuenta de que lo hago, hasta que ya lo estoy haciendo. Ochenta y ocho. Bien. No es nada.

Me levanto a por agua. La casa está a oscuras salvo el cono de la lámpara sobre la mesa, y hago el camino de siempre hasta la cocina, que pasa por delante de la puerta que no abro. No la abro. Es de esas cosas que uno decide una vez y ya no vuelve a decidir; simplemente el brazo no se levanta hacia el pomo, igual que no se mete la mano en el fuego. El dorso de la mano derecha me tira un poco al pasar, esa piel pálida que se estira raro con el frío. No la miro. Hay una geografía de esta casa que recorro sin encender la luz y sin mirar del todo: la puerta a la izquierda, tres pasos, la baldosa que baila, el quicio de la cocina. Bebo el agua de pie, en la cocina, mirando el reflejo negro de la ventana, mi propia silueta recortada contra la noche y detrás, difuminada, la casa entera reflejada al revés, con su puerta cerrada también reflejada, también sin abrirse. Vuelvo.

Antes de sentarme abro, un momento, la puerta del cuarto pequeño, el que sí abro. Ahí hay luz. Una luz suave, de un blanco lunar, que dejo encendida las veinticuatro horas porque ellas la necesitan. Es el cuarto que fue trastero y ahora es de ellas: dos mesas, las jaulas de gasa, el terrario grande con su manta térmica, las cajas de eclosión, los botes de hojas. Huele a vegetal machacado y a un fondo dulzón de escamas. En las jaulas, contra la gasa, hay tres capullos de invierno y dos hembras recién salidas que abren y cierran las alas muy despacio, como quien respira. No comen. No pueden: nacen sin boca, con el aparato bucal reducido a nada, hechas sólo para durar unos días, encontrarse y morir. Todo lo que tienen que hacer lo hacen con esas alas, y lo hacen bien, y se apagan. Compruebo la temperatura del terrario —veintiuno— y el higrómetro, retiro una hoja que empieza a secarse, y apago la luz general del pasillo para que la suya sea la única. Van hacia la luz. Siempre van hacia la única luz que haya; es lo primero que aprende quien las cría, que no hay

que darles dos, que con dos se vuelven locas, que a una polilla se la gobierna dándole una sola cosa hacia la que ir.

Cierro esa puerta con cuidado y vuelvo a la mesa. Al séptimo expediente. A la niña de dos años sin nombre a la que le falta lo suyo, y al zapato rojo del pie derecho, número veintiuno, que sigo sin poder dejar de ver aunque he cerrado la carpeta por esa página.

El móvil se ilumina a la una menos cuarto. Nuria.

> *¿Estás despierta? No hace falta que contestes. Solo dime que has comido algo hoy.*

Escribo que sí, que he comido. Es mentira administrativa, del tamaño exacto que la deja tranquila. La verdad es que hoy he comido una manzana y medio yogur y no me acuerdo de más, pero la verdad no cabe en un mensaje que pretende dejar dormir a alguien, y Nuria quiere dormir, o quiere querer dormir, que no es lo mismo. Tarda en aparecer el segundo mensaje, el tiempo justo para que yo sepa que lo está pensando, que lo escribe y lo borra y lo vuelve a escribir.

> *El sobre que te dejé. ¿Lo has abierto ya o lo has guardado como te dije?*

Miro las ciento cuarenta páginas abiertas sobre la mesa, las seis carpetas en fila, la libreta con el bolígrafo encima, los guantes de látex arrugados como dos manos vacías.

> *Lo he guardado —escribo—. Mañana.*

> *Bien —responde—. No lo abras de noche, Vera. De noche no.*

No pregunto por qué de noche no. Con Nuria hay preguntas que no se hacen porque la respuesta la conozco: se preocupa, le parece que de noche estas cosas pesan más, cree que si administra bien las horas administrará bien el daño. Reparte mi vida en tramos como se

reparte la medicación de un enfermo, una dosis por la mañana, otra al mediodía, nada de noche, y lo hace con la seguridad de quien ha aprendido, en carne propia, lo que cuesta llegar tarde a algo por un minuto. La dejo cuidar. Es su manera de estar en paz, y yo no soy quién para quitarle a nadie lo poco que lo deja en paz. Le escribo que duerma, que mañana hablamos, que gracias. Ella manda un corazón, que es su manera de cerrar la puerta con llave por fuera, convencida de que me deja a salvo dentro.

Dejo el móvil boca abajo.

La unidad de Vidal cierra el dieciséis de enero. Es un plazo administrativo, una auditoría, cajas que se sellan y expedientes que vuelven al archivo general, donde ya no los mira nadie porque el archivo general es el sitio al que van las cosas para dejar de ser miradas. Después del dieciséis, estos siete dejan de existir salvo como una referencia en un índice. Amelia vuelve a ser un ahogamiento de hace nueve años. Concha, un corazón que se paró en septiembre. Rubén, una noche de febrero con la mínima en seis bajo cero. La niña sin nombre vuelve a ser hojarasca, y el zapato rojo vuelve a una bolsa de pruebas con una etiqueta, y nadie volverá a fotografiar la flor de plástico con una regla numerada al lado, que es lo más parecido a un entierro que va a tener.

Diecinueve días.

No es mucho para terminar lo que él dejó a medias. Aunque, si lo pienso bien, y lo pienso, el plazo no es mío contra el archivo. El plazo es de él. Un hombre metódico tiene un calendario, y su calendario no lo dicta la auditoría de Vidal. Lo dicta algo suyo, una fecha que le importa a él y que yo todavía no conozco. Lo sabré. Es lo que hago: cojo lo que un cuerpo calla y lo convierto en una hora, y a un hombre que deja mariposas también se le puede leer la hora si uno mira las suficientes veces.

Ordeno las páginas. Devuelvo las seis carpetas a su caja, en orden, y dejo fuera sólo la séptima, abierta por la fotografía del talud, la hojarasca, la pequeña geometría pálida debajo. La miro hasta que deja de ser una fotografía y vuelve a ser una pregunta.

Apago la lámpara.

En la oscuridad, la casa hace los ruidos de siempre. La caldera al arrancar. Un coche lejos, en la autovía, que sube y baja y se apaga. Y otra cosa, más cerca, más blanda: un golpeteo leve contra un cristal, en algún punto que no localizo, como si algo con alas quisiera entrar, o salir. Una de las hembras, pienso, contra la gasa de la jaula. Será eso. Es siempre eso, aunque la gasa no es un cristal y una mariposa contra la gasa no suena así, no suena a vidrio, y esta noche prefiero no seguir ese pensamiento hasta el final, porque el final del pensamiento no está en el cuarto de la luz blanca sino en otro sitio, y a ese sitio no voy.

Me llevo dos dedos a la muñeca en la oscuridad y no miro el número. Lo dejo estar.

Mañana le pongo nombre.

2. La firma

Para ponerle nombre a la séptima primero tengo que entender la firma, y la firma la entiendo mejor en la tercera. Así que el veintiocho de diciembre, por la mañana, no saco a la niña sin nombre. Saco a Concha.

CF-0455. La conozco de memoria y la vuelvo a leer entera, porque leer de memoria es el error que comete la gente que cree saber. La memoria redondea, tapa huecos, inventa lo que le falta con lo que le sobra; el papel, no. Empiezo por el extracto administrativo, el que resume lo que decidió el sistema. Lo copio aquí tal cual, porque las palabras exactas importan; son lo único que no se mueve cuando yo me muevo.

> **EXPEDIENTE CF-0455 — extracto Filiación:** Vilar, Concepción. 81 años. Viuda. **Domicilio:** planta baja, sin ascensor. Vivía sola. **Última vez vista con vida:** 18 de septiembre de 2018. **Fecha estimada de la muerte:** 19 de septiembre de 2018. **Fecha de hallazgo:** 25 de septiembre de 2018 (aviso de una vecina). **Causa de la muerte:** insuficiencia cardíaca sobre cardiopatía isquémica. Natural. **Data de la muerte:** establecida por entomología forense. Colonización por *Calliphora vicina* compatible con seis días. Informe adjunto. **Indicios de intervención de terceros:** ninguno. **Resolución:** muerte natural. Diligencias archivadas.

El informe entomológico adjunto lo firmé yo. Octubre de 2018. Reconozco mi propia letra en el pie, redonda, apretada, la firma que ya no uso porque ya no firmo nada. Entonces todavía iba a las casas. Entonces todavía era la que llamaban cuando un cuerpo llevaba días solo y hacía falta alguien que no apartara la vista.

Me acuerdo de la de Concha. Uno no se acuerda de todas; se acuerda de algunas, sin elegir cuáles, y de Concha me acuerdo

entera.

Fue un martes. Me llamaron a media mañana; había un aviso de la Policía Local, una vecina que se había quejado del olor en el rellano y de que la señora de la planta baja no recogía el correo desde hacía una semana. Cuando llegué, la comitiva judicial ya estaba, el forense de guardia, dos de la científica, el olor saliendo por la puerta entornada hasta el portal. El olor, primero, que es lo que uno recuerda de esas casas aunque no quiera: dulce y espeso, un olor que se mete en la ropa y en el pelo y que no se va con una ducha, que hay que dormir para que se vaya. Me puse el mono, las calzas, la mascarilla que no sirve para el olor porque el olor no lo para nada, y entré.

Una planta baja de las de antes: la persiana medio bajada, la luz de septiembre entrando en franjas por las lamas, el polvo suspendido en las franjas. Concha en el sillón orejero, junto a la ventana, con la cabeza caída hacia el lado del corazón, como si en el último momento hubiera querido apoyarla en algo y no hubiera encontrado nada. La casa contaba su semana sin ella mejor que ningún testigo. En la mesa del recibidor, siete días de correo: propaganda, un recibo, la revista de la parroquia. En la cocina, dos cartones de leche abiertos, uno agrio y otro peor. El pastillero de los días de la semana, ese de compartimentos, con las casillas del miércoles en adelante llenas —la del martes vacía, la del miércoles llena—, y eso, el pastillero, me dio la fecha antes que los insectos: dejó de tomarse las pastillas un miércoles. Los insectos, después, dijeron lo mismo.

Hice lo que hago. Antes de tocar nada, conté. Levanté con la pinza las larvas mayores de tres puntos del cuerpo, las metí en alcohol en sus viales, etiqueté cada vial con mi letra —*C. vicina, L3, dorsal*, ese fue el del pecho—, aparté una muestra viva para criarla y confirmar la especie. La segunda generación de moscardas ya había empezado; las larvas iban por el tercer estadio, gordas, las mayores pasando de los diecisiete milímetros. Pedí al observatorio la temperatura media de aquella semana de septiembre, la crucé con

la tabla de desarrollo de la vicina, resté. Seis días de colonización. La muerte caía el diecinueve, el día siguiente al de la panadería, donde compró media barra el dieciocho por la tarde. La panadera fue la última persona que le habló a Concha Vilar. Media barra.

Nadie la echó de menos en seis días. Eso también lo escribí, en el margen del borrador, con lápiz: *nadie la buscó en seis días*. Y luego lo borré, porque en un informe no caben esas cosas, porque un informe da una hora y no da una opinión sobre el mundo, y el mundo que deja morir a una mujer en un sillón y tarda seis días en olerla no es asunto de la entomología forense. Lo borré bien, pasé el dedo por encima para que no quedara la marca del lápiz. Pero yo lo había escrito, y lo que una escribe una vez no se borra del todo aunque se borre del papel.

Aquella tarde volví a casa y me duché dos veces y aun así cené con el olor puesto. Aquella tarde todavía tenía una casa a la que volver que era una casa, y no esto. Pero eso es otra cosa, y a esa cosa no voy.

Muerte natural. Un corazón de ochenta y un años que se para un miércoles por la tarde mientras su dueña mira la calle. No hay nada más limpio. No hay nada más suyo.

Por eso la eligió.

Un corazón que se para no deja preguntas. Es la coartada perfecta, y él lo sabe: no necesita hacer nada, sólo encontrar a alguien que ya se está muriendo por dentro y estar ahí cuando ocurre, para colocarla bien. No la mató. Nunca mata, en el sentido en que un juez entiende matar; sólo estuvo, y esperó, y a lo que quedó le dio una forma que no daba miedo. Y Concha estaba bien colocada. Los brazos no caídos de cualquier manera, sino sobre el regazo. La cabeza hacia la ventana, hacia la luz. Y en la almohada que alguien le había puesto en el respaldo, para que la nuca no se venciera, la

Actias luna con las alas abiertas, verde contra el paño blanco, orientada al norte como todas.

La dejó así para que la encontráramos. No para esconderla: para entregárnosla. Un cuerpo que lleva seis días solo y aun así conserva la dignidad de estar bien sentado y coronado. Es su forma de decir que él sí estuvo, que a él no se le pasan seis días, que hubo alguien que no la dejó ser sólo un olor en un rellano.

Es la firma perfeccionada. En Amelia todavía era torpe; en Concha ya es él del todo.

Paso las fotografías del expediente. Las oficiales, las que hizo la científica aquella mañana de septiembre, numeradas, con su regla y su cartelito. El sillón. La ventana. El pastillero. El plano de detalle de la almohada blanca contra la madera oscura del respaldo.

Me detengo en esa. La almohada.

El informe no la menciona. En la relación de indicios no consta ningún lepidóptero, ni ala ni exuvia, igual que en la séptima. La comitiva no lo apuntó. Yo no lo apunté. Repaso mi propio informe entomológico de 2018 línea por línea, mi letra de entonces, y no hay una sola palabra sobre una mariposa; hay moscas, hay grados-hora, hay una data limpia, y ni una mariposa. No es raro. En 2018 nadie miraba una polilla en una casa como se mira un dato. Una mariposa entra por una ventana en septiembre y se posa donde le da la gana y se muere, y nadie la levanta con pinzas ni la fotografía con testigo métrico. Yo tampoco, entonces. Yo contaba moscas. Las moscas dan la hora; una mariposa no data nada, no coloniza, no sirve para nada que quepa en un informe. Aprendí a mirarla después. Aprendí a mirarla cuando entendí que precisamente por eso —porque no sirve para nada forense— sólo puede estar ahí por una razón que no es forense.

Él lo sabía antes que yo. Puso la firma donde sabía que nadie la buscaría, en el único sitio de una escena donde una entomóloga aparta la vista.

Me llevo dos dedos a la muñeca. Noventa y dos. Bajo por la nariz a ochenta y cuatro. Es la casa, que está a diecisiete y no a dieciocho; corrijo la calefacción y sigo.

Nuria llama a mediodía. No escribe: llama, que es su manera de comprobar que respiro, porque un mensaje se puede contestar con una mano y una mentira y una voz no.

—¿Qué haces? —dice.

—Reviso a Concha.

Silencio breve, del tamaño de una decisión.

—Quedamos en que la séptima —dice, con cuidado, como quien recoloca un objeto delicado sin que se note que lo recoloca—. La 0812. La de Vidal.

—Para la séptima necesito la tercera.

—Ya. —La oigo respirar. La oigo también, de fondo, el eco de un pasillo, gente, el Instituto; me llama desde el trabajo, en un descanso que no se está tomando—. Vera, ¿has salido hoy de casa?

—Voy a salir.

—No es verdad.

No es verdad. Miro las carpetas en fila, la de Concha abierta por la almohada, la libreta con el bolígrafo encima, y le digo que esta tarde bajo a por pan, que necesito pan de todas formas. Le doy una tarea concreta, de esas que la dejan tranquila: comprar pan, salir a la

calle, comportarme como alguien que descansa. Ella se queda con eso, porque necesita quedarse con algo para poder colgar y volver a su trabajo sin la cabeza en mi casa. Antes de colgar me dice que no lea a Concha de noche, que la de Concha es de las que pesan, y yo le digo que no, que sólo de día, y las dos sabemos que le miento y las dos hacemos como que no.

Cuelgo. Vuelvo a la almohada blanca.

Concha murió sola y tardaron seis días en buscarla. Esa es la parte que el informe no dice porque no cabe, la que borré con lápiz. Un corazón que se para no es lo peor que le pasó a Concha Vilar. Lo peor es que el mundo siguió seis días sin notar el hueco: la panadera le guardó la media barra dos días y luego dejó de guardársela, la parroquia le mandó la revista, el cartero le metió el recibo, y ninguno de ellos, que la vieron faltar, entendió que faltar es a veces la única noticia que da alguien de que se ha muerto.

Por eso él la coronó. Por eso, cuando la encontramos, lo primero no fue el olor ni la cabeza vencida: fue la mariposa. Alguien había estado. Alguien la había mirado. A su manera espantosa, alguien se ocupó de que no estuviera del todo sola.

Lo entiendo. Es todo lo que le concedo, y se lo concedo entero: lo entiendo.

Cierro la carpeta de Concha. Devuelvo la tercera a su sitio en la caja y saco, por fin, la séptima. La niña de dos años sin nombre, sin mariposa, sin nadie que tardara seis días en echarla de menos porque nadie sabe todavía que falta. Concha, al menos, tenía una panadera. La séptima no tiene ni eso; la séptima estuvo dos años en un talud y el mundo no notó ningún hueco, porque para notar un hueco hace falta que alguien haya estado antes en ese sitio, y de la séptima nadie sabe si estuvo.

A esa no la coronó. A esa la dejó sin terminar.

Voy a terminar lo que él empezó. Voy a ponerle el nombre y voy a ponerle lo suyo.

Cojo el bolígrafo. Fuera, en la calle, es de día y hay gente comprando pan, y aquí dentro son las tres de la tarde y no oigo ningún aleteo, y eso también lo anoto, sin saber por qué lo anoto: *hoy, nada*.

3. Nuria trae café

El veintinueve de diciembre Nuria empieza a las ocho y doce, como todos los días, con la puntualidad de quien lleva un turno de guardia sin que nadie le pague las horas.

> **08:12** — ¿Has dormido? No me contestes «sí» a secas, que te conozco. **08:12** — ¿Has comido algo esta mañana? **09:40** — No vengas hoy al Instituto. Está la auditoría, hay gente que no conoces y no quiero que te agobies. Ya te llevo yo lo que necesites, ¿vale? **09:41** — ¿Tienes las mariposas contigo, en casa?

Contesto lo justo. Que he dormido seis horas, que es más de lo que he dormido y menos de lo que ella querría, en el punto donde deja de insistir. Que sí, que las mariposas están en casa, donde van a estar siempre.

> **09:43** — Bien. Voy sobre las doce. Llevo café del bueno y una cosa para la 0812. No empieces sin mí.

No empieces sin mí. Lo leo dos veces, no sé por qué. Nuria administra mis horas como yo administro las de un cuerpo: por tramos, con margen, sin dejar un hueco sin vigilar. Aprendió a hacerlo conmigo, en las guardias, cuando yo le enseñaba que un cadáver se lee por tramos y no de un vistazo, que la prisa es el error del aficionado; ahora usa lo que le enseñé para leerme a mí, y no sé si darle las gracias o quitarle las herramientas. Le contesto que vale. Es más fácil decirle que vale y luego empezar sin ella, que es lo que hago, porque para las doce ya llevo tres horas con la séptima abierta y una lista de lo que le falta.

Hubo un tiempo en que la que llegaba tarde era ella. Nuria entró en el Instituto de becaria hace doce años, con veintiuno, incapaz de mirar un cuerpo más de tres segundos sin apartar la cara. La puse a contar larvas conmigo porque contar larvas cura eso, obliga a mirar

hasta que el cuerpo deja de ser un horror y pasa a ser un dato, y a los seis meses miraba como miro yo, y al año era mejor que la mayoría de los que llevaban veinte. La formé entera. Le enseñé todo lo que sé, que era mucho, y ahora ella es la que va a las casas y yo la que se queda en casa, y de todo lo que le enseñé lo único que sigue usando conmigo es la paciencia. La paciencia con la que se maneja a algo que no quiere ser manejado.

Llega a las doce y diez con dos vasos de cartón y una carpeta bajo el brazo. Trae el abrigo con una pelusa de hilo verde en la manga, de las jaulas del Instituto, de las suyas; Nuria también cría, se lo enseñé yo, aunque las suyas son de laboratorio, para las prácticas y las demostraciones, y las mías no. Deja el café en la mesa, en el único hueco que no ocupan las carpetas, y antes de quitarse el abrigo mira la cocina. No lo disimula bien. Mira si hay un plato usado, una sartén, una miga. Algo que demuestre que he comido. La cocina no le da nada, y algo se le tensa en la mandíbula, un gesto pequeño que le conozco desde que era becaria y le salían mal las cosas.

—No he comido —le digo, para ahorrarle el rodeo.

—Anda que no —dice, y saca de la carpeta un táper que no había anunciado, porque anunciarlo me habría dado tiempo a decir que no. Tortilla, todavía tibia, hecha esta mañana antes de las ocho, antes del primer mensaje, lo que quiere decir que decidió traérmela antes incluso de preguntarme si había comido. La deja delante con un tenedor de plástico—. Dos bocados y te dejo en paz. Uno por cada mariposa, va.

Como dos bocados. Es más fácil comer dos bocados que discutir por qué no. Ella se sienta enfrente, con su café, y me mira comer con una atención que en otra persona sería incómoda y en Nuria es sólo Nuria. Tiene ojeras de auditoría, de días cerrando cajas que no quiere cerrar, sellando con cinta expedientes que se sabe de

memoria, mandando al archivo a gente a la que ya nadie va a volver a leer. Treinta y tres años y la cara de alguien que carga con más de una vida. Con la suya, que no le veo, porque nunca me habla de la suya; con la mía, que le pesa; y con una tercera que no nombra ninguna de las dos y que está en esta casa aunque no se vea, detrás de una puerta, como un mueble más.

—¿Qué me traes para la 0812? —pregunto.

—Come.

—Ya he comido.

Suelta el aire por la nariz, que es lo más parecido a rendirse que hace, y abre la carpeta. Antropología, otra vez, con más detalle: el mismo cráneo infantil desde ángulos nuevos, medidas de los huesos largos que quedan, la estimación de la estatura, el mapa de lo que la fauna se llevó. La ficha odontológica de la niña, ese diagrama de dientes de leche con sus casillas, la que en su día se cruzó con todas las denuncias abiertas y no encajó con ninguna. Y un listado nuevo: menores desaparecidas en la comunidad y en las limítrofes, de 2019 a 2023, cruzadas por edad y por franja temporal, veintitantos nombres, cada uno una madre en algún sitio. Es lo que necesito para ponerle nombre. Es lo que necesito, y Nuria lo sabe, porque Nuria siempre sabe lo que necesito antes de que se lo pida, que es la definición de haberme conocido demasiado bien durante demasiado tiempo.

—No prometas nada con esto —dice—. Es un listado, no un milagro. Y son familias, Vera. Cada nombre de esos es una casa donde alguien no ha vuelto a poner la mesa igual. Si sale algo, algo de verdad, se lo damos a Vidal y que lo lleve él por su cauce, ¿eh? Tú no llamas a ninguna de esas madres. Tú no llamas a nadie.

—Yo no llamo a nadie.

—Vera.

—Que no llamo.

Me mira un segundo de más. Después baja la vista al listado y me lo empuja el resto del camino sobre la mesa, y con eso me lo da, aunque una parte de ella preferiría no dármelo. Las dos cosas a la vez. Es su especialidad, darme lo que le pido temiendo dármelo, y llevo meses viéndola hacer ese gesto —empujar hacia mí un sobre, una carpeta, un listado, con la mano y con la duda al mismo tiempo — sin preguntarme por qué una mujer que me quiere me alimenta con tanto miedo lo que le pido.

Le hablo de la séptima. De que es la única sin terminar, la única sin lo suyo, y de que un hombre así vuelve a terminar lo que deja a medias, y de que el dieciséis es de Vidal pero el calendario es de él. Nuria escucha. No dice que sí ni dice que no. No entra. Cuando termino, coge mi vaso de café, comprueba que sigue caliente y me lo acerca, como si lo que yo acabara de decir fuera una manera de tener frío.

—Bébete el café —dice.

Eso es todo lo que dice de la séptima. Y me doy cuenta, sin darle importancia, de que Nuria nunca me lleva la contraria en esto y tampoco me sigue nunca del todo. Se queda en el borde, con una precisión que no es casual, porque Nuria no hace nada por casualidad; contradecir mi caso me alteraría, seguírmelo lo haría más real, y ella ha encontrado el único sitio donde no hace ninguna de las dos cosas, ese borde estrecho desde el que se sostiene a alguien sin empujarlo ni hacia dentro ni hacia fuera. Me trae los archivos, me trae la tortilla, me acerca el café, y del asesino no dice una palabra en ningún sentido. La primera vez que lo pienso lo pienso así, de pasada, y lo dejo pasar: será que no es lo suyo, será que le da miedo, será que está cansada. Bebo el café.

Antes de irse va a saludar a las mariposas. Siempre lo hace. Entra en el cuarto pequeño, en la luz blanca, y se queda un momento delante de las jaulas con las manos en la espalda, como en un museo.

—Dos hembras y tres capullos —dice, en voz baja, más para ella que para mí.

Las cuenta. No es la primera vez que la oigo contarlas. Dos hembras, tres capullos, lo mismo que anoche, lo mismo que ayer. Le gusta saber cuántas hay; siempre le ha gustado el orden, por eso fue buena en esto, porque el orden es la mitad del oficio. Comprueba el higrómetro con un dedo, como haría yo —le enseñé a hacerlo así, con el dorso del dedo, no con la yema—, y ajusta un grado la manta térmica del terrario sin preguntarme, con la confianza de quien conoce estas jaulas casi tanto como las suyas.

—No te las lleves a la calle con este frío —dice, todavía de espaldas —. Se te mueren en nada.

—No tengo por qué llevármelas a la calle.

—Ya. Digo por si acaso. —Se vuelve, y en la cara se le arma algo que empieza como sonrisa y se queda a la mitad, cansado—. Prométeme que se quedan en casa.

—Se quedan en casa, Nuria.

—Vale. —Y se le va parte del peso de los hombros, un poco, como si acabara de guardar algo bajo llave.

Apaga la luz del pasillo al salir del cuarto, para que la suya sea la única, sin que yo se lo diga. Se acuerda de todo. Se acuerda incluso de las cosas de las que yo no me acuerdo de acordarme, y hay noches en que pienso que si Nuria dejara de acordarse por mí durante una semana, esta casa se apagaría entera y yo con ella.

En la puerta se pone el abrigo con la pelusa verde en la manga. Recoge los dos vasos vacíos para tirarlos ella, para no dejarme ni esa tarea. Y entonces se queda un segundo en el umbral con la boca a medio abrir, con una frase puesta en algún sitio que no llega a decir. La conozco lo suficiente para saber cuándo Nuria tiene algo dentro; se lo vi las primeras veces sobre un cuerpo, cuando algo le removía y se lo tragaba para seguir trabajando. No lo suelta. Lo que sale, al final, es:

—Descansa hoy, ¿vale? De verdad. Mañana, si eso, sigues.

—Mañana sigo —le digo.

Me mira una vez más, esa mirada que hace inventario de la casa entera —la cocina sin migas, el cuarto de la luz blanca, la puerta que no abro y por delante de la que también ella pasa sin tocarla, con el mismo cuidado con que yo paso— y se va. Está cansada. Trabaja demasiado. Cierra la auditoría con una mano y me sostiene a mí con la otra, y no sé cuál de las dos cosas le pesa más, y no se lo pregunto, porque a Nuria no se le pregunta por lo que carga; se le deja cargar, que es lo único que la deja seguir de pie a ella.

Vuelvo a la mesa. Al listado. A las columnas de nombres de niñas que un día faltaron y que alguien, en algún sitio, todavía echa de menos. Veintitantos nombres, veintitantas edades, veintitantas fechas del día en que una madre dijo *no está*. Los leo despacio, uno por uno, buscando una de dos años, buscando la mía entre las de todas.

Empiezo por arriba. Alguna de estas es la mía.

4. El inspector no cree en asesinos

La Unidad de Revisión ocupa la tercera planta de un edificio que antes fue de Tráfico, y todavía huele a eso, a expediente de multa y a café de máquina. La crearon hace año y medio con un nombre largo y un presupuesto corto: revisar los expedientes que en su día se cerraron con dudas, las muertes ambiguas, las que un juez firmó con la mano floja porque no había forma de firmarlas con la mano firme. Le dieron a Vidal cuatro mesas, un becario que ya se fue, y una fecha de caducidad. Es una unidad hecha para cerrarse; nació con la orden de morir, como casi todo lo que de verdad importa en una administración. No es el Instituto. Aquí no me conoce nadie, y por eso puedo venir; en el Instituto tendría que cruzar pasillos donde la gente sabe quién era yo y baja la voz cuando paso, donde alguien diría «pobre Vera» en cuanto doblara la esquina. Aquí sólo soy la señora de los casos viejos que viene a ver a Vidal.

Vidal me recibe de pie, entre cajas. Hay cajas por todas partes, de cartón beige, apiladas hasta la altura del hombro, cada una con una pegatina y una fecha y un código, y en cada código un muerto que dejó de ser una pregunta para volver a ser un número. Está vaciando estanterías. Cierra la Unidad el dieciséis y no quiere dejar nada a medias para la auditoría, me dice, mientras retira una silla de encima de un montón de carpetas y me la ofrece con las dos manos, como si la silla también fuera un expediente que hay que entregar en orden.

—Siéntese, doctora. Perdone el desorden. Estamos de mudanza al olvido.

Tiene cincuenta y ocho años y la cara de alguien a quien ya no le queda nada por descubrir sobre la gente. Se mueve despacio, no por torpeza sino por economía, como quien ha aprendido que casi ninguna prisa merece la pena. Lo leo mientras se sienta, porque leo a la gente igual que leo a los muertos, sin poder apagarlo: manos

grandes de haber trabajado con ellas antes de trabajar con papeles, una alianza en un dedo que ya no cierra del todo sobre el nudillo, la mesa despejada de un hombre que no lleva trabajo a casa porque en casa no hay nadie que le pregunte por él. Me sirve un café de la máquina sin preguntar si lo quiero, me lo pone delante, se sienta al otro lado de la mesa y junta las manos. Espera. Es de los que dejan hablar primero al otro, para ver cuánto se gasta.

Me gasto poco. Le pongo delante lo que traigo: las seis, en orden, y la séptima aparte. La pauta. La *Actias luna* con las alas abiertas, orientada al norte, en cada una de las seis primeras. El cuidado con que están colocados los cuerpos: los brazos recogidos, la cara despejada, siempre algo que dice que alguien estuvo. Le enseño a Concha en su sillón y a Rubén en su cajero y al chico al pie del acantilado, y le explico que no es un tipo de víctima, que no hay patrón de edad ni de sexo ni de barrio, que el patrón es otro: elige a los que se iban a morir solos, a los que nadie iba a coronar, y llega antes que la soledad. La séptima sin terminar, sin nombre, sin lo suyo. El calendario que no es el suyo, el dieciséis, sino el de él, que todavía no conozco pero conoceré.

Vidal escucha entero. No me interrumpe, no toma notas, no asiente. Deja que termine, que me gaste del todo, y sólo cuando me he gastado coge dos de las carpetas —la de Concha y la de Iván, no al azar, las coge por el número, sabe cuál es cuál— y las abre sobre la mesa. Pasa hojas con el índice, sin leer, buscando algo que ya sabe que no va a encontrar.

—A ver si la sigo —dice—. Esta mariposa suya. —Da la vuelta a una hoja, y otra—. En el expediente de la señora Vilar no la encuentro. Ni en el del chico. Miro el acta, miro los indicios, miro las fotos de la comitiva. No hay ninguna mariposa. —Levanta la vista, sin dureza, casi con pena—. La mariposa está en sus folios, doctora. En los míos, no.

—Porque la comitiva no la buscó. Una polilla en una escena no se levanta con pinzas; se la lleva la limpieza. Yo aprendí a mirar lo que los demás tiran.

—Puede ser. —Cierra las carpetas—. Puede ser que usted vea lo que los demás tiran. O puede ser que las cosas que unen a estos siete estén todas del mismo lado de la mesa. —Se toca el pecho con dos dedos, muy suave, señalándose a sí mismo, y luego me señala a mí con el mismo gesto—. En el expediente no hay hilo que los cosa. El hilo lo pone usted. En veintiocho años no he visto nunca un guante que se cosiera solo.

Lo dice sin subir el tono, como quien comenta el tiempo, y antes de que yo conteste ya ha cambiado de sitio: se levanta, va a una de las cajas, saca una botella de agua y me pregunta si prefiero agua al café de la máquina, que es infame, dice, que él ya no lo bebe, que lo pone para las visitas por educación. Y así, con la botella en la mano, deja la frase donde la ha soltado, sin recogerla, sin defenderla. No discute conmigo. Ha dicho lo que tenía que decir y ha pasado a otra cosa, como si mi teoría no mereciera pelea, sólo constancia.

Es un hombre limitado. Lo pienso sin rencor. Es de los que necesitan que el hilo esté escrito en el papel para creer que existe, y los mejores no somos así: nosotros vemos el hilo antes de que nadie lo escriba, y por eso a veces nos toca esperar años a que el mundo nos alcance. Vidal no va a alcanzarme. No pasa nada. No lo necesito para terminar la séptima; sólo necesito los papeles, y los papeles son suyos hasta el dieciséis.

—Usted lleva veintiocho años —le digo, porque quiero saber contra qué juego— y no cree que ninguno de estos siete tenga a nadie detrás.

—No es que no lo crea. Es que lo he visto demasiadas veces al revés. —Se apoya en una caja—. La gente necesita un culpable, doctora, como necesita comer. Un accidente no se puede odiar. Una

placa de hielo no se puede meter en la cárcel. Un corazón que se para un martes no le pide cuentas a nadie, y hay dolores que no se aguantan si no tienen a quién pedírselas. Así que la cabeza, que es piadosa a su manera, fabrica a quién. He visto a padres inventarse un asesino antes que aceptar un descuido. He visto a viudas jurar que hubo mano donde sólo hubo mala suerte. No los desprecio. Los entiendo. Yo también enterré lo mío queriendo que alguien tuviera la culpa, y no la tenía nadie, y eso fue lo peor: que no la tenía nadie.

No dice qué enterró. No le pregunto. Pero por un momento la lástima que le he visto para mí cambia de dueño, y entiendo que Vidal es amable conmigo no a pesar de no creerme, sino porque no me cree y aun así sabe de dónde viene la que inventa culpables. Lo aparto. Yo no invento nada. Yo leo.

—¿Fue la doctora Belmonte quien le pidió que me dejara mirar los expedientes? —pregunto.

—Fue —dice, y por un momento parece más viejo—. Me dijo que era usted la mejor entomóloga forense que había pisado este país. Que había datado muertes que nadie sabía datar, que la habían llamado de fuera, que un juez le debía una condena y otro una absolución. Lo primero me consta; lo he comprobado, porque un servidor no deja entrar a cualquiera a sus cajas. Que le vendría bien tener la cabeza ocupada… —Deja la botella en la mesa, delante de mí, sin insistir en que beba—. Eso ya es asunto de ustedes dos.

Hay algo en cómo lo dice. Una consideración que no le he pedido. La gente, cuando sabe lo que fui, hace una de dos cosas: baja la voz, o me habla más alto de la cuenta, como a un enfermo. Vidal no hace ninguna. Me habla como a una colega a la que se respeta y a la que, por alguna razón que no explica, se le tiene lástima. No me gusta esa lástima. La aparto también.

—Deme hasta el dieciséis —le digo—. Con los originales.

—Los originales no salen de aquí. Puede venir a verlos las veces que quiera hasta que selle la última caja. —Se apoya en el borde de la mesa—. No la voy a ayudar, doctora. Que quede claro para que luego no haya malentendidos. Pero tampoco la voy a echar. Si a usted trabajar en esto le hace bien, por mí puede sentarse ahí hasta el quince por la noche. El dieciséis se acabó. Todo esto —abarca las cajas con la mano— vuelve al archivo, y a los muertos hay que dejarlos descansar en algún momento, aunque a los vivos nos cueste.

Recojo mis carpetas. Me pongo de pie. Él me acompaña a la puerta con esa lentitud suya, esquivando cajas, y en el umbral, cuando ya me voy, hace la cosa que hacen los que creen que uno no los va a oír porque ya está de espaldas: dice, para él más que para mí, con una voz distinta, más baja:

—Siete niñas y viejos y desgraciados que se murieron cada uno a su manera, y alguien necesita que sea uno solo el que los mató. —Una pausa—. Qué cosa, la cabeza.

No me vuelvo. Bajo las escaleras con las siete bajo el brazo. En el rellano de la segunda planta, a través del cristal de la puerta de la Unidad, lo veo coger el teléfono fijo de la mesa y marcar, despacio, un número que se sabe de memoria, sin mirar la agenda. No oigo a quién llama ni qué dice. Estará avisando de una caja, de una firma, de cualquiera de las mil cosas que un hombre así tiene que firmar antes del dieciséis.

Salgo a la calle. Hace el frío seco de finales de diciembre, y en la acera la gente lleva bolsas de rebajas anticipadas y prisa de fin de año, y a ninguno se le ocurre que en una tercera planta a su espalda hay siete cajas esperando volver al olvido, ni que una de ellas tiene dentro un zapato rojo del número veintiuno. Camino hasta el coche. Antes de arrancar, apunto en la libreta lo único que me llevo de la reunión, y no es nada de lo que Vidal ha dicho: apunto que a Iván,

el del acantilado, aún no le he mirado bien la data, y que la data del que cae siempre miente un poco.

Guardo la libreta. Arranco. En la tercera planta, a mi espalda, un hombre que no cree en asesinos sigue hablando por teléfono con alguien que no soy yo.

5. Cría

A las once de la noche del treinta y uno la ciudad se pone a hacer ruido, y yo me voy con las únicas de esta casa que nunca lo hacen.

Cierro la puerta del cuarto pequeño y el ruido se queda fuera, amortiguado: los petardos sueltos, un villancico tarde en una terraza, la televisión del vecino con el volumen de quien va a estar solo también esta noche y no quiere que se le note. Somos dos, en este rellano, los que esta noche fingimos hacia dentro que no estamos solos: él con la tele alta, yo con las polillas. Aquí dentro sólo hay una luz, blanca y fría, la que dejo encendida siempre. Las polillas van hacia la luz. Si sólo hay una, van hacia esa, y se quedan quietas debajo, como si rezaran a lo único que entienden.

Las tengo desde hace años. Desde antes. Empezó con una caja de capullos que me trajo un colega de un congreso, envueltos en algodón, de contrabando amable, y yo, que me pasaba el día leyendo lo que la muerte hace con la carne, me encontré de pronto con nueve capullos vivos sobre la mesa de la cocina y una razón para levantarme a mirar si había pasado algo bueno durante la noche. Salió la primera y me pareció imposible que algo así naciera de un caso de trabajo, de un favor de pasillo. La crié, y la siguiente, y la siguiente. Entonces era una rareza simpática que contaba en las cenas, y a la gente le parecía bonito que la forense de los bichos de la muerte criara también los de la belleza, como si las dos cosas se compensaran. Ya no voy a cenas. Pero las polillas siguen, porque una afición no sabe que las cosas han cambiado; sólo sabe que hay que darle de comer, y a mí me viene bien, estos años, tener algo en la casa que dependa de que yo me levante.

Empiezo por lo de siempre, que hoy no es lo de siempre.

En el suelo de la jaula grande hay una hembra muerta. La que salió primero, hace unos días. Está entera, sin un desperfecto, las alas

todavía verdes, las colas largas intactas, los cuatro ocelos mirando el techo de rejilla. No se murió de nada. Se murió de terminar. Una *Actias luna* adulta nace sin boca —esto la gente no se lo cree cuando se lo cuento—: el aparato bucal reducido a un vestigio, sin trompa, sin nada con que comer ni beber. No está hecha para durar. Sale del capullo ya con la cuenta empezada, con toda la comida que va a tener en la vida almacenada de oruga, gramo a gramo, en las semanas en que sí comía; y con esa despensa cerrada le bastan unos días para lo único que le queda por hacer, que es encontrar a un macho, poner, y apagarse. Todo lo que tiene que hacer lo hace con las alas y con un olor que suelta al aire para que el macho la encuentre a un kilómetro en la oscuridad. Ésta lo soltó tres noches. No vino nadie; en el ciclo forzado que yo llevo ahora no me coincidió ningún macho, y ella esperó a un macho que no existía, soltando su olor a un cuarto cerrado, y se murió virgen y llena de huevos que no valen. Cumplió lo que pudo cumplir. La levanto con las pinzas planas, por el tórax, sin tocarle la escama, y la dejo en la caja de cristal donde guardo a las que se van. No las tiro. Guardarlas es parte del oficio, y además no sabría dónde se tira una cosa así.

La otra hembra sigue viva, agarrada a la gasa con las seis patas, pero se le nota que le quedan horas. Bate una vez, despacio, y para. Bate otra. Le acerco un algodón húmedo por si quiere, aunque sé que no puede: no es hambre lo que la mata, es diseño. La miro batir. Es lo más bonito que hay en esta casa y está construido para morirse en una semana, y las dos cosas son la misma cosa, y esa es justo la parte que la gente de las cenas no entendía: que la belleza y el poco tiempo no es que vayan juntos, es que son lo mismo mirado de dos maneras.

En el otro cristal, bajo la segunda lámpara, están las que engaño.

Ahí tengo unas cuantas orugas fuera de temporada, en su tercer y cuarto estadio, gordas y verdes sobre unas ramas de nogal que les traigo y les renuevo, porque a la *luna* le gusta el nogal, y el abedul, y el liquidámbar, y en diciembre no hay hoja de ninguno de los tres,

así que las tengo en macetas bajo la luz, forzadas también ellas, un bosque falso de mayo dentro de una casa de enero. No deberían existir en diciembre. En diciembre no hay orugas de *luna* en ningún sitio del mundo: el ciclo se cierra en otoño y lo que queda espera en un capullo, enterrado en la hojarasca, a que la tierra vuelva a calentarse y le diga que ya. Pero yo tengo luz y tengo mando sobre la luz. Alargo las horas de día con un temporizador, subo el calor un par de grados, y ellas se lo creen. Comen como en mayo, mudan como en mayo, hilan cuando les toca hilar aunque fuera esté helando y el año se esté acabando al otro lado de la pared. Se las engaña con una facilidad que da miedo. Basta con darles una estación que no es la suya y no dudan de ella ni un momento; comen la luz que les pongo delante y no se preguntan de dónde viene ni por qué en el mundo real, al otro lado del cristal, no hay nada de lo que esa luz promete. A nadie le apetece dudar de la luz que tiene delante. Ni a una oruga ni a nadie.

Reviso las ramas, retiro dos hojas que empiezan a secarse, humedezco con el pulverizador. Hay tres capullos de invierno en la rejilla de arriba, los de verdad, los que sí esperan a su tiempo, y no los toco: a esos les dejo su calendario. Los otros, los forzados, van a cuenta mía. Sé más o menos cuándo van a salir porque el cuándo lo decido yo: cuento los días desde la última muda, vigilo el color del capullo, que se oscurece cuando la de dentro está lista, y con un grado más o un grado menos adelanto o freno la salida como quien afina un reloj. En esta casa no controlo el cuándo de casi nada. El de ellas, sí.

No pienso más allá de eso. No hace falta.

Hago lo que hago cada vez con una que se muere: le hago una foto.

A la hembra viva, a la que le quedan horas. Saco el móvil, ajusto para que la luz blanca no la queme de reflejo, y disparo. Las guardo todas. Tengo años de esto, una hilera larguísima de polillas verdes

contra fondos oscuros, cada una con su día y su hora al pie, porque a una foto sin hora, para mí, le falta lo esencial; y de vez en cuando las miro en fila y es como pasar un cementerio muy ordenado, muy mío, cada lápida con su fecha, cada verde un poco distinto del anterior aunque de lejos parezcan la misma polilla repetida ochenta veces. No es la misma. Ninguna es la misma. Eso también lo aprende quien cría: que lo que se repite nunca es idéntico, que hay que mirar de cerca para ver dónde está la diferencia, y que la diferencia siempre está.

Y esta noche, no sé por qué —quizá porque es la última del año y el año pide cuentas—, deslizo hacia atrás. Meses. Muchos meses. La fila corre hacia arriba, verde tras verde, invierno tras verano tras invierno, y de pronto hay una foto que no es como las otras. No es de noche. No es contra un fondo oscuro. Es una polilla a plena luz de una mañana, sobre algo claro, con el sol de verdad entrando de lado.

Cierro la foto antes de leer la fecha.

Lo hago rápido, con el pulgar, con el mismo tirón con que se retira la mano de algo que está demasiado caliente, y el dorso de la derecha me tira al hacerlo, esa piel pálida que se estira raro. Bloqueo el móvil. Lo dejo con la pantalla apagada sobre la balda, boca arriba, para no verlo iluminarse si entra algo, y me vuelvo a las orugas, que no piden nada más que hojas y a las que puedo mirar sin que me tire nada.

Fuera, la ciudad sube de volumen.

Faltan minutos para las doce. Lo sé por el ruido, no por reloj: los petardos se juntan, alguien prueba los cohetes antes de tiempo, la televisión del vecino ha pasado de villancico a esa voz de locutor que cuenta el país entero como si fuéramos una sola persona esperando lo mismo. En algún cajón tengo las uvas de otro año, sin abrir, doce

en un vasito de plástico con tapa, compradas por costumbre y guardadas por lo mismo. No las busco. Hubo Nocheviejas de doce uvas en esta casa, de televisor encendido y de dos copas y de una tercera cosa que no era una copa, más pequeña, que ya dormía a esta hora; pero esas Nocheviejas están en el mismo sitio que la foto, detrás de la misma puerta, y esta noche no abro ninguna de las dos.

Me quedo en el cuarto de la luz. Es el mejor sitio de la casa para que un año se convierta en otro: aquí no cambia nada, aquí siempre es la misma estación inventada. La hembra viva bate una última vez, muy despacio, y se queda con las alas a medio cerrar, sin terminar de cerrarlas. Espero. No vuelve a batir.

Las campanadas llegan por la pared, doce golpes de bronce que no son para mí, y entre golpe y golpe la ciudad estalla al otro lado del cristal, cohetes y gritos y coches con el claxon, toda esa gente celebrando que el tiempo sigue pasando, que es lo único que hace el tiempo. Aquí dentro no estalla nada. Aquí hay una luz blanca, tres capullos que esperan su primavera de verdad, unas cuantas orugas que se creen en mayo, dos hembras muertas en su caja de cristal y yo, que soy la única de la habitación que sabe en qué estación estamos de verdad y aun así elijo quedarme en la inventada.

Espero a que la ciudad se canse. Tarda.

Cuando por fin baja el ruido, cojo la bitácora del estante, la abro por la primera hoja del cuaderno nuevo y escribo la fecha nueva con el bolígrafo que uso sólo para ellas. Debajo, lo que hay:

1 de enero. Tres capullos. Ninguna hembra. Las forzadas, bien.

Apago la segunda lámpara, la de las que engaño, para que descansen del mayo que les invento. La otra la dejo encendida, como siempre.

Y salgo del cuarto sin mirar el móvil, que sigue boca arriba en la balda, apagado, con una mañana de sol guardada dentro que no

pienso abrir.

6. Amelia, dos años

La víctima cero no tiene expediente forense de los gordos. Tiene un recorte. En 2016 nadie mandó a una entomóloga a una piscina; a una piscina en agosto mandan una ambulancia, y cuando la ambulancia no sirve, mandan al juez, y el juez firma la palabra que sirve para cerrar sin que nadie duerma peor: accidente. Un ahogamiento de niño en verano es la muerte que menos preguntas genera de todas, porque es la que más miedo da y la que más deprisa quiere olvidar todo el mundo, empezando por el que la firma. Lo que queda de Amelia Deza cabe en cuatro párrafos de periódico comarcal que alguien escaneó y subió a un archivo, y que Nuria me imprimió con las demás.

> **LA COMARCA — 12 de agosto de 2016 Muere una niña de dos años en la piscina de una vivienda de la zona** Una menor de dos años falleció ayer por la tarde tras caer a la piscina particular de una casa unifamiliar, según confirmaron fuentes de la Guardia Civil. Los servicios sanitarios se desplazaron hasta el lugar, pero no pudieron reanimar a la pequeña. Todo apunta, según las primeras diligencias, a un accidente doméstico. La familia, muy conocida en la localidad, no ha querido hacer declaraciones. Es el segundo ahogamiento infantil este verano en la comarca.

Leo los cuatro párrafos. Los leo despacio, como leo todo, buscando lo que el periodista no sabía que estaba escribiendo. El periodista tenía prisa y decencia, que en un caso así vienen juntas: no da la calle, no da el apellido entero, no cuenta si había una verja sin cerrar o una puerta corredera que alguien dejó abierta el tiempo de contestar una llamada. «La familia, muy conocida en la localidad, no ha querido hacer declaraciones.» Traducido: la familia se ha encerrado y el pueblo ha decidido no mirar, que es la forma que tienen los pueblos de ser piadosos, no mirar. «El segundo ahogamiento infantil este verano en la comarca.» El primero también

se cerró como accidente. Los veranos se llevan niños a las piscinas con una regularidad que asusta y que nadie llama patrón porque llamarlo patrón sería insoportable.

Y ahí está. «Cayó a la piscina.» Una niña de dos años no cae a una piscina y se queda dentro sin más. Una niña de dos años se cae, sí —a esa edad la cabeza pesa más que el resto y basta asomarse—, pero luego el agua la mueve, la lleva a un rincón, la deja de cualquier manera contra el skimmer, boca abajo, con el pelo abierto en la superficie como una medusa pálida. Así encuentran a los que se ahogan solos: mal puestos, sin dignidad, doblados donde los dejó la corriente, con la cara para abajo, que es lo peor para el que llega, la cara para abajo. A Amelia la encontraron boca arriba. Eso no lo dice el recorte, pero lo sé, porque él todavía no sabía hacerlo bien y a los que empiezan se les nota el cuidado torpe: la sacó al escalón, o la giró en el agua, la puso boca arriba, con la cara fuera, para que lo primero que viera la madre al llegar corriendo no fuera el pelo flotando sino una cara, aunque fuera esa cara. La primera vez todavía dudaba. La mariposa, si la hubo, sería pequeña, mal colocada, una prueba de ensayo que la Guardia Civil apartó con la manga sin verla. Con Amelia aprendió. Con Concha, dos años después, ya no dudaba.

Escribo en la libreta: *V1. Torpe. Aún aprende a colocarlas.*

Y entonces vuelvo a la primera línea, para fecharla en el esquema, y la leo otra vez sin querer.

Una niña de dos años.

Dos años.

No pasa nada durante un segundo. Después el corazón me da un golpe raro, uno solo, fuera de sitio, como cuando un peldaño no está donde el pie lo esperaba. Me llevo dos dedos a la muñeca izquierda antes de decidir hacerlo. Cuento. Ciento seis. Respiro por la nariz, cuatro tiempos, suelto. Vuelvo a contar. Ciento ocho. No baja. Es la

primera vez en mucho tiempo que hago lo que siempre me funciona y no me funciona, que le doy al cuerpo la orden que obedece siempre y el cuerpo no obedece, como si hubiera dejado de ser mío por un rato, como si el pulso lo llevara otra desde otro sitio.

Miro la palabra en el papel. *Dos años.* No es información nueva. Sé la edad de las siete de memoria, la de Amelia la sé desde el primer día, la he escrito yo misma en el esquema hace semanas sin que me temblara el pulso. He leído «dos años» en informes cien veces, mil, la he dicho en voz alta en un juzgado, la he escrito en una casilla al lado de una foto peor que esta. Es la misma niña de siempre, la misma cifra. No ha cambiado nada en el papel.

Ha cambiado algo en mí y no sé qué, y no saber qué es lo que menos soporto, porque yo soy la que sabe, la que le pone nombre a lo que a los demás sólo les da miedo, y una cifra en un papel me ha quitado eso, me ha dejado del otro lado, en el sitio del que no sabe.

Dejo el bolígrafo. Me levanto. Necesito que la casa deje de estar tan quieta.

Salgo a la calle. Es dos de enero, hace un frío limpio y la ciudad tiene esa resaca floja de después de las fiestas: comercios a medio abrir, luces de Navidad encendidas de día porque nadie las apaga hasta Reyes, gente arrastrando la basura de la cena de anoche, un contenedor de vidrio reventando de botellas. Camino sin sitio adonde ir, que es lo que hago cuando el cuerpo no me obedece: lo canso, lo saco a andar como se saca a un perro, a ver si así se calla. Bajo hasta la plaza, doy la vuelta a la fuente apagada, vuelvo. El pulso afloja un poco con el movimiento. Empieza a portarse. El frío en la cara ayuda; el frío es un dato, y a los datos sé mandarlos.

Y entonces, en la esquina de la panadería, hay una madre agachada abrochándole el abrigo a un niño pequeño. Muy pequeño. Dos años, calculo, porque calcular edades es lo que hago, lo hago con los

huesos y lo hago con los vivos igual, aunque nadie me lo pida, y este tiene dos años: la cabeza todavía grande para el cuerpo, esa desproporción que se corrige sola con los años y que a los dos está en su punto más tierno y más torpe, la manera de no tenerse del todo de pie, de fiarlo todo al dedo de la madre, la mano gorda con hoyuelos en los nudillos agarrada a ese dedo como quien se agarra a lo único que hay. Se ríe de algo, de nada, de que la madre le sopla en el cuello para abrigarlo. Una risa de dos años, esa que se corta en seco y arranca otra vez sin razón, la risa que todavía no sabe que existan las razones para no reírse.

Me paro. No decido pararme; me paro.

Ciento diez. Ciento doce. La respiración por la nariz no hace nada. El dorso de la mano derecha me tira, la piel pálida que se estira raro con el frío, y me la meto en el bolsillo como si eso lo arreglara. La madre levanta al niño, se lo pone en la cadera con el gesto automático de quien lo hace cuarenta veces al día, sin pensar, y el niño me mira por encima del hombro de ella con la cara redonda y seria de los que todavía miran a los desconocidos sin miedo, porque nadie les ha enseñado aún de qué hay que tenerlo. Me mira a los ojos, sin saber que se mira a los ojos con nadie, con esa gravedad de los muy pequeños que es lo más parecido a la de los muertos que hay entre los vivos. Y no aparto la vista, y no sé por qué no aparto la vista, y el pulso me sube a un número que ya no cuento.

Me doy la vuelta. Vuelvo por donde he venido, más deprisa de lo que he salido, contando pasos en vez de pulsaciones porque los pasos sí me obedecen, uno, dos, tres, hasta la esquina, hasta perder de vista la panadería y la cadera de la madre y la cara del niño que me miraba sin miedo.

No entro en la panadería. No compro pan. Mañana le diré a Nuria que hoy tampoco tenía hambre, que es más fácil que explicarle esto, entre otras cosas porque esto no sé explicármelo ni a mí.

En casa, la calefacción a dieciocho, la mesa como la dejé, Amelia boca arriba en cuatro párrafos de periódico.

Y hago justo lo contrario de lo que me pide el cuerpo. El cuerpo me pide guardarla, apartarla, dejarla para otro día en que el pulso vuelva a ser mío. No la guardo. Yo no dejo nada sin terminar, y menos hoy, y menos voy a consentir que una cifra —dos años— me quite de las manos un trabajo que sé hacer dormida. Me siento. Enciendo el foco. Y termino a Amelia entera, con la mano firme aunque el pulso no lo esté, porque la mano y el pulso son dos cosas distintas y yo llevo toda la vida entrenando a la mano para que no le haga caso al pulso.

La reconstruyo del todo. La escena: la piscina, la hora, la temperatura del agua un día de agosto, el tiempo que tarda una niña de doce kilos en dejar de flotar. Le pongo lo suyo, las alas extendidas sobre el pecho, la primera, la torpe, y lo hago con más detalle del que pide el caso, con un cuidado que no me exige Amelia sino yo: la orientación exacta de la mariposa, la especie, el sexo del ejemplar, cosas que ningún juez me va a preguntar nunca porque no hay juez, no hay causa, no hay más que un recorte de cuatro párrafos, pero yo relleno cada casilla como si mañana tuviera que defenderla, hasta que la ficha queda cerrada, impecable, sin un cabo suelto. Trabajo deprisa y bien, que es como trabajo cuando no quiero pensar, y no pienso. Y cuando acabo con Amelia, sin levantar la vista, alargo la mano hacia la carpeta siguiente, porque el problema no es trabajar; el problema es parar. Parar es cuando vuelve la cifra. Parar es cuando vuelve la cara redonda del niño de la panadería mirándome sin miedo.

Es la mano izquierda la que me frena. Se me ha ido otra vez a la muñeca contraria, sola, y lleva un rato contando por su cuenta un pulso que no consigo bajar desde la panadería. Ciento dos. La retiro. Abro la carpeta siguiente. El trabajo no me baja el pulso; sólo lo tapa. Y esta noche, como casi todas, me conformo con taparlo,

porque tapar es lo que sé hacer, y hay noches en que saber tapar es lo único que hay entre una y el suelo.

7. Fenoll

A la consulta de la doctora Fenoll voy cada dos semanas desde hace tres años, y en tres años he aprendido a manejarla en cuarenta y cinco minutos, que es lo que dura una sesión y lo que dura mi paciencia.

Empecé a venir porque me obligaron. Cuando el Instituto me dio la baja, en 2022, la baja venía con condiciones, y una de las condiciones era esto: una firma cada quince días de una psiquiatra que certificara que yo seguía sin poder volver, o que ya podía. Las primeras sesiones las pasé calculando cómo salir de aquí cuanto antes, dándole a Fenoll lo que creía que quería para que me firmara y me dejara. Tardé pocas en entender que a Fenoll no se la maneja dándole lo que quiere, porque lo que quiere no es lo que pide, y que la única manera de sobrevivir a esta hora quincenal era estudiarla a ella con la misma frialdad con la que estudio un cuerpo. Llevo tres años estudiándola. La conozco casi tan bien como ella cree que me conoce a mí, que es el equilibrio exacto sobre el que se sostiene esto.

La consulta está en un edificio de médicos de la parte nueva, de esos con el nombre en placas doradas en el portal y un ascensor que huele a ambientador de vainilla. Cuarta planta. La sala de espera tiene revistas de hace meses, una lámina de un cuadro que quiere ser tranquilizador y no lo consigue, y otra paciente que nunca es la misma y que siempre evita mirarme, porque en la sala de espera de una psiquiatra nadie mira a nadie, todos fingimos leer las revistas de hace meses. Me llaman a las cinco en punto. Fenoll es puntual; la puntualidad es la primera cosa que me gustó de ella, antes de aprender a defenderme de todo lo demás.

No es difícil defenderse, en realidad; sólo es agotador. Fenoll trabaja con las mismas herramientas que yo, sólo que ella las usa con los vivos: el silencio para que el otro se gaste, la pregunta abierta que

parece amable y es una red, la atención puesta en lo que uno hace con las manos mientras habla de otra cosa. Yo hago lo mismo con la gente y con los cadáveres. La diferencia entre nosotras es que yo sé que lo estoy haciendo y creo que ella cree que yo no lo sé. Sobre esa creencia suya se sostienen nuestros cuarenta y cinco minutos, y si algún día se le cae esa creencia se nos cae la sesión entera, así que mi trabajo, cada quince días, es sostenérsela.

Me siento en el sillón de siempre, el que está un poco más bajo que el suyo, detalle que ella no habrá elegido y que yo noté el primer día: la que escucha, más alta; la que confiesa, más baja; una geometría de poder tan vieja como los confesionarios. Entre los dos, una mesita con una caja de pañuelos que en tres años no he tocado, y que Fenoll repone igual porque otros pacientes sí la tocan, y a veces pienso en esos otros pacientes, en la mujer que sale llorando antes de que yo entre seca, y me pregunto si Fenoll nos ordena en su cabeza por la caja de pañuelos: los que la usan y los que no. Yo soy de los que no. Fenoll tiene cincuenta años, una rebeca de punto distinta cada estación, y una manera de cruzar las manos sobre el cuaderno que dice *tenemos todo el tiempo del mundo*, que es la primera mentira de la sesión y la única que dice ella.

—¿Qué tal ha ido el fin de año? —empieza.

—Tranquilo.

—¿Sola?

—Con las mariposas. —Le doy la sonrisa que tranquiliza, la que tengo ensayada para ella—. Estoy bien, Elsa. Duermo mejor. Como. Salgo a andar por las mañanas.

Le sirvo las tres palabras que necesita, en orden: dormir, comer, salir. Fenoll las recibe y no las apunta, que es como sé que no se las ha creído. Cuando me cree, apunta; el bolígrafo es su polígrafo al revés, se mueve cuando le digo la verdad y se queda quieto cuando le

miento, y ella no sabe que yo leo su bolígrafo como ella lee mi muñeca. Cuando no me cree, me mira.

Hoy me mira.

—Cuénteme del trabajo —dice.

Aquí voy con cuidado, porque el trabajo es lo que no puede quitarme y ella lo sabe, y todo lo demás de la sesión es una escaramuza para llegar a esto sin que se note. No le hablo de un asesino. Con Fenoll he aprendido a lijar las palabras: no digo Lepidopterista, no digo serie, no digo firma. Digo casos fríos. Digo que colaboro con la unidad del inspector Vidal, que reviso datas de muerte antiguas, que aporto criterio entomológico donde en su día no lo hubo. Todo cierto. Todo dicho en el tono con que se cuenta una afición sana, un voluntariado, un puzle para una jubilada anticipada. Nada que preocupe a nadie. Lijo tanto las palabras que a veces, oyéndome, casi me creo la versión lijada, y ese es el único momento de la sesión en que bajo la guardia, cuando casi me creo a mí misma, y Fenoll, que lleva tres años esperando ese momento, lo aprovecha siempre.

—¿Y le sienta bien? —pregunta.

—Me mantiene la cabeza en algo.

—No le he preguntado si le mantiene la cabeza ocupada. Le he preguntado si le sienta bien. No es lo mismo.

No es lo mismo, no. Fenoll también lija las palabras, y las suyas cortan más porque las afila menos. Por eso llevamos tres años.

—Me sienta bien —digo, y lo digo despacio, con peso, porque es mi mejor carta y hay que jugarla sin que parezca una carta—. Es lo que me hace levantarme. Si me lo quita, no sé con qué me quedo. Usted lo sabe.

Y ahí la tengo. Porque Fenoll sabe que es verdad, sabe que el trabajo es el único suelo que piso, y una psiquiatra no le arranca a nadie el único suelo que pisa por muy torcido que le parezca el suelo. Se lo he puesto delante como se le pone a alguien un dato que no puede rebatir, con la misma técnica con que le pongo a un juez una data que no admite discusión: no se discute, se acata. No me lo va a quitar. Lo veo en cómo baja un segundo la vista al cuaderno y no escribe.

—Nadie le va a quitar nada —dice—. ¿Puedo pedirle una cosa, a cambio de no pedirle ninguna otra?

—Puede.

—Usted mide a todo el mundo. Le mide la hora a la gente por los bichos, con una precisión que a mí me da vértigo. —Junta un poco más las manos—. Mídase usted. Esta semana. Cuando note que el cuerpo se le va por su cuenta, no lo corrija enseguida. Sólo fíjese. Qué lo dispara. Nada más.

—Qué lo dispara —repito, como si tomara nota, para que crea que la tomo.

—Eso.

Y entonces, sin pretenderlo, mientras lo repito, la mano izquierda se me va sola a la muñeca contraria, el gesto de siempre, ese que hago sin permiso. Es medio segundo. Aparto la mano en cuanto me doy cuenta. Pero Fenoll lo ha visto —le he visto verlo, los ojos que bajan a mi muñeca y vuelven a mi cara sin cambiar de expresión, que es su manera de guardar una cosa para después— y por un momento el sillón bajo me molesta más de lo que me molesta nunca, y entiendo que la petición de que me mida no era una petición: era una trampa, y la trampa ya ha funcionado, porque me acabo de medir delante de ella sin querer, y ella lo ha anotado en el único cuaderno que le importa, que no es el de la mesa.

—El objeto de todo esto —dice ella entonces, con un cuidado nuevo, tanteando el hielo antes de pisarlo—. De los casos. De las niñas. Vera, cuando habla de las víctimas… ¿de quién habla?

—De las víctimas.

Lo digo sin un temblor. Sostengo el silencio que viene después, que es largo, que es su mejor herramienta, y no me caigo dentro. Cuento hacia atrás por dentro, sin que se me note, siete casos por su número, CF-cero-ocho-uno-dos, cero-siete-cuatro-cuatro, para tener la cabeza ocupada en algo que no sea la pregunta, para llenar el silencio de números y que no quepa dentro lo que ella espera que quepa. Fenoll espera. Yo espero más. Gana quien tenga menos que perder en el silencio, y hoy esa soy yo, porque yo sé de qué no quiero hablar y ella sólo sospecha, y entre saber y sospechar hay toda la ventaja del mundo.

Cede primero. Descruza las manos.

—Está bien —dice—. Lo dejamos aquí. Nos vemos en dos semanas.

Me levanto. He ganado los cuarenta y cinco minutos. Salgo a la sala de espera con la ligereza precisa de quien no ha soltado nada, saludo con la cabeza a la paciente que evita mirarme, le digo a la recepcionista la fecha de la próxima, bajo en el ascensor de vainilla, salgo a la calle. Ha ido bien. Fenoll no me quita el trabajo, no ha entrado, no ha llegado a la palabra que rondaba y que las dos sabíamos que rondaba. La sesión ha sido mía.

Estoy tan segura de que ha sido mía que no se me ocurre pensar en lo que Fenoll escribe cuando cierro la puerta.

CENTRO MÉDICO [—] · Dra. E. Fenoll · Psiquiatría
Paciente: V. S. **Sesión 71.** 3 de enero.

Acude puntual, cuidada, colaboradora. Discurso organizado, funcionamiento cognitivo intacto. Se mantiene la paradoja de riesgo: cuanto más conservada la función, más sólida y menos accesible la construcción.

Persiste el duelo no elaborado con reelaboración de carácter delirante-persecutorio. La paciente externaliza por completo la agencia de la pérdida sobre un constructo (verbalizado hoy como «los casos», «la unidad»). El constructo cumple función homeostática: la sostiene y la organiza. Contraindicada su retirada abrupta; hacerlo sin alternativa de sostén podría precipitar descompensación grave.

Continúa la evitación del objeto del duelo. No lo nombra. Hoy, al aproximarme, redirige de nuevo «la pérdida» hacia «el trabajo», con recursos verbales notables. Sabe lo que hace; ahí reside la dificultad.

Observo activación somática ante el acercamiento (gesto de automonitorización de pulso, reiterado, no consciente). Refiere, de manera indirecta, mala tolerancia a estímulos de la primera infancia. Trabajar tolerancia. No forzar el insight.

Plan: mantener frecuencia quincenal. No confrontar el constructo. Vigilar proximidad de fechas señaladas del calendario personal.

(Margen, no clínico: hoy tampoco me ha dejado entrar, y yo tampoco he empujado. Habrá que decidir cuál de las dos cobardías le está haciendo más daño. No hoy.)

8. El que cayó

La autovía del norte huele a sal mucho antes de que se vea el mar. Conduzco hora y media el cinco de enero con el expediente de Iván en el asiento del copiloto, sujeto con el cinturón para que no se abra en las curvas, porque a algunos hay que leerlos en su sitio y el sitio de Iván es un acantilado.

Salir de la ciudad me sienta raro. Hace meses que no conduzco más de veinte minutos seguidos, y el cuerpo, que se ha acostumbrado a una casa y a un trayecto corto hasta la unidad, se resiste al principio, se pone en guardia como si conducir fuera algo que hacían otros, la Vera de antes, la que iba a las casas. Pero a los veinte minutos el gesto vuelve solo, las manos se acuerdan del volante, y en la autovía vacía de enero, con el mar todavía invisible detrás de las lomas, casi soy otra vez alguien que va a un sitio a hacer su trabajo. El paisaje cambia: los campos de la meseta se rizan en colinas, las colinas se pelan, aparecen los primeros eucaliptos torcidos por el viento del oeste, y de pronto, en una curva, el mar, gris, enorme, indiferente, el mar que no ha oído hablar de ninguno de mis siete.

Antes de bajar del coche lo leo entero otra vez, en el aparcamiento del mirador, con el mar golpeando abajo y el limpiaparabrisas quieto.

> **EXPEDIENTE CF-0561 — diligencias Filiación:** Puga, Iván. 16 años. Estudiante. **Hallazgo:** 27 de junio de 2019, en la base del acantilado, por un marinero de la zona. **Data estimada de la muerte:** 25 de junio de 2019, según últimas imágenes de una cámara de tráfico en la carretera del faro. La estimación entomológica no resultó concluyente por exposición del cuerpo, acción de la fauna marina y régimen de mareas. **Mecanismo:** precipitación desde altura. Politraumatismo incompatible con la vida. **Etiología:**

indeterminada. No se descarta acto voluntario. Sin indicios de intervención de terceros. **Resolución:** diligencias archivadas.

No concluyente. La firma del informe entomológico no es la mía; es de un compañero de la delegación de la costa, Requejo, un hombre competente al que le tocó un cuerpo imposible y escribió lo honrado: que no podía dar una hora. Y tiene razón en no darla. La data del que cae en un sitio como este siempre miente. Un cuerpo en un acantilado no es un cuerpo en una habitación; es un cuerpo en una lavadora. El sol de junio lo seca por arriba, la humedad del mar lo pudre por debajo, las gaviotas y los cangrejos trabajan más rápido y más sucio que cualquier mosca, y el agua sube y baja dos veces al día y se lleva lo que tendría que quedarse quieto para que yo lo contara. Requejo lo intentó: recogió lo que quedaba de fauna, cruzó lo que pudo, y al final escribió la única frase decente, *no concluyente*, que es la que escribe un buen forense cuando la naturaleza le ha borrado los deberes. Aquí los insectos llegan tarde y trabajan mal, y una hora exacta se vuelve una horquilla de dos días. Dos días es mucho. En dos días caben muchas cosas. Caben, por ejemplo, otras manos.

Bajo del coche. El viento es de los que empujan.

El pueblo del faro es de los que en invierno se quedan en cuatro casas y un bar, con las persianas de las de veraneo bajadas y salitre en todo. Es un sitio pequeño y todos los sitios pequeños tienen su acantilado, el suyo, el que los del pueblo conocen y los de fuera no, el que sale en las conversaciones en voz baja cuando alguien joven falta. El de aquí no tiene valla en el tramo malo, sólo un cartel oxidado que pide precaución a nadie y una cadena caída que separaba algo de algo hace años. Camino hasta donde la hierba se vence sobre el vacío y me quedo a un metro del borde, que es la distancia a la que se queda alguien que ha visto lo que hay abajo cuando la cosa sale mal. Desde aquí se entiende el sitio. La caída son cuarenta metros largos, y al fondo no hay arena: hay lajas

negras, mojadas, planas, que la marea tapa y destapa, y contra las que un cuerpo no cae, se rompe.

Reconstruyo. Es lo que hago. Iván sube por el sendero del faro un veinticinco de junio, al caer la tarde, cuando ya no hay pescadores ni turistas, cuando el faro todavía no se ha encendido. Diecisiete de la clase lo llorarían después; el pueblo entero iría al entierro; su nombre se quedaría en esas conversaciones en voz baja para siempre. Pero eso es después. Ahora es sólo un chico de dieciséis subiendo un sendero que conoce desde niño, con lo que sea que carga un chico de dieciséis para subir aquí un martes de junio. Se sienta, quizá, donde ahora hay una piedra plana con líquenes. Mira el mar el tiempo que se mira el mar antes de una cosa así. Y luego se levanta.

El expediente dice que quizá se levantó solo. Que a los dieciséis años a veces sube uno a un sitio como este por su propio pie y da el paso por su propia cuenta, y que cuando pasa eso no hay nada que buscar, ningún culpable, sólo un chico y un borde y un dolor que a esa edad parece que no va a acabarse nunca porque a esa edad nada ha durado todavía lo suficiente para enseñarte que las cosas acaban. El sistema lo llama etiología indeterminada porque el sistema es piadoso y no quiere escribir en un papel la palabra que rompería del todo a una familia, y porque «no se descarta acto voluntario» es una manera de dejarles a los padres una rendija por donde seguir pensando que a lo mejor fue un resbalón, un mareo, el viento.

Yo no me lo creo.

No porque tenga una prueba. Porque conozco al que sube con ellos.

Un chico de dieciséis que va a hacer eso no está solo, aunque no haya nadie a su lado. Está con todo lo que lo empuja, y a veces —no siempre, pero a veces— alguien lo ve. Alguien que sabe mirar. Y ese alguien no lo agarra del brazo, no lo salva a gritos, no llama a nadie,

porque ha entendido antes que nadie que a este chico ya no se le puede salvar; lo único que se le puede hacer es acompañarlo para que el último minuto no sea de espanto. Sentarse a su lado en la piedra de los líquenes. No decir nada. Dejar que dé el paso y, cuando lo da, no cerrar los ojos: mirar hasta el final, para que al menos uno de los dos no aparte la vista. Y bajar después por el sendero de cabras, con cuidado, y encontrar el cuerpo antes que el marinero, y ponerle algo bello encima. Un ala. Rota, esta vez. Una sola ala de mariposa, rota, junto a lo que quedó de él sobre las lajas negras, porque a este no le cabía una mariposa entera; a este le correspondía lo partido, lo que ya venía roto de casa.

Lo empujó con dulzura. No con las manos. Con el permiso. Le dio permiso para caer y se quedó a mirar. Es la forma más suave de matar que existe y la única que no deja marca, y por eso el sistema archiva y yo no.

Me agacho junto a la piedra de los líquenes. Paso la mano por encima, por el frío mojado de la roca, por el liquen que crece igual encima de las piedras y encima de las lápidas sin distinguir, y digo en voz baja, para el viento, una cosa que no pienso decir hasta que ya la estoy diciendo:

—Yo podría haberlo evitado.

El viento se la lleva enseguida, la deshace antes de que termine de sonar. Me quedo con la frase medio segundo, extrañada de ella como de un objeto que aparece en el bolsillo y uno no recuerda haber guardado. *Yo.* No sé por qué he dicho yo. Yo no conocí a Iván Puga. Tenía dieciséis años y se cayó de un acantilado el verano de dos mil diecinueve, a hora y media de mi casa, mientras yo estaba en la mía haciendo mi vida, que aquel verano todavía era una vida entera, con sus mañanas y sus rutinas y sus cosas por hacer al día siguiente. No evité nada de un chico que no sabía que existía, en un pueblo al que no había ido nunca, un martes de junio en el que yo

estaría haciendo cualquiera de las cosas pequeñas que hacía entonces sin saber que las estaba haciendo por última vez.

Lo corrijo, en voz alta, para dejarlo bien dicho:

—Él podría haberlo evitado. Y no quiso. Por eso se quedó a mirar.

Eso está mejor. Eso es lo cierto. Él —el que sabe mirar, el que sube con ellos— podría haber gritado y no gritó, podría haber llamado y no llamó, eligió el acompañamiento en vez del rescate. Ésa es su crueldad y ésa es su piedad, las dos en el mismo gesto. Lo escribo mentalmente para la ficha, con el pronombre en su sitio, con el yo guardado otra vez donde estaba.

Pero la frase primera sigue ahí, en la hierba, donde la solté. No se va del todo. Me levanto y me sacudo el frío de la roca de la mano, la derecha, la de la quemadura, que aquí arriba con este aire me tira más que nunca, como si el aire de este sitio supiera algo de esa mano que yo no le he contado, y me quedo mirando el mar como se supone que lo miró él, a ver si veo lo que vio, y sólo veo agua y piedra y una horquilla de dos días donde tendría que haber una hora exacta.

Vuelvo al coche antes de que se vaya la luz, que en enero y en el norte se va pronto y de golpe. Meto el expediente en su carpeta, lo pongo otra vez en el copiloto, le abrocho el cinturón, y el chasquido de esa hebilla, el de una hebilla cualquiera cerrándose sobre un asiento, me deja un segundo la mano quieta en el aire antes de arrancar, sin razón, y luego arranco. En la libreta, en el aparcamiento, con el motor ya en marcha para el calor, escribo lo de Iván para no olvidarlo: *V4. Ala rota, no entera. Empujado con dulzura. Data inservible: dos días, caben otras manos.*

Debajo, sin querer, me encuentro escribiendo otra línea, más pequeña, y la dejo aunque no es para la ficha:

Alguien tendría que haberse sentado con él dos minutos más.

No pongo quién. Hago hora y media de vuelta con la sal secándose en el parabrisas en manchas blancas que el limpiaparabrisas no quita, sólo reparte, y no vuelvo a decir la frase en voz alta, pero la pienso todo el camino, en primera persona, sin darme permiso para pensarla así.

9. Daniel

El día de Reyes suena el telefonillo a las seis de la tarde, y no es Nuria, porque Nuria avisa. Descuelgo y no dice nada durante un segundo, y en ese segundo ya sé quién es, porque hay silencios que se reconocen igual que las voces. Estuve doce años oyendo ese silencio al otro lado de una cama, de una mesa, de un teléfono; sé cómo respira Daniel cuando no encuentra la primera palabra.

—Soy yo —dice al fin—. Te traigo una cosa de mi madre. Subo un momento, si no molesto.

Le abro. Cuento los pisos por el ruido del ascensor, que en este edificio se oye subir, ese quejido de poleas que Daniel se pasó dos años diciendo que iba a arreglar y no arregló, porque los aparejadores arreglan las casas de los demás y dejan la suya para nunca. Me da tiempo a mirar la casa como la vería él: las carpetas en fila sobre la mesa, la caja de los siete, la libreta con el bolígrafo encima, y al fondo, la puerta. No recojo nada. Que lo vea. Quiero que lo vea, que vea que la mujer que dejó a oscuras ahora tiene la mesa llena, que hace algo, que no se apagó del todo cuando él apagó la luz al salir.

Esta casa fue nuestra. La compramos con una hipoteca que todavía pago yo sola, la pintamos un verano él y yo con la ropa manchada de blanco, discutimos por el color de una pared que al final quedó del color que él quería. Conozco cada ruido que hace: la cañería que canta, la persiana que se atranca, el ascensor que se queja. Daniel también los conoce, y por eso subir aquí le cuesta lo que le cuesta, porque no sube a una casa cualquiera, sube a la caja donde guardamos una vida entera y donde esa vida se rompió, y hay que tener mucho valor o ninguna otra opción para volver a entrar en la caja donde se te rompió lo que se te rompió.

Aparece en el rellano con un roscón en una caja atada con cordel dorado y un abrigo bueno que no le conozco, uno que ha elegido otra persona, o que ha elegido él para otra persona. Cuarenta y cinco años le sientan mejor de lo que le sentaban los cuarenta; ha adelgazado, se cuida, tiene la cara de un hombre que vuelve a dormir del tirón. La gente que ha decidido seguir viva tiene una piel distinta, más suelta, como si por dentro ya no apretara nada. Daniel la tiene. Lo apunto sin querer, como apunto todo, y me alegro por él y me duele, las dos cosas en el mismo sitio del pecho, sin que se dejen separar.

—De parte de mi madre —dice, y me tiende la caja sin llegar a entrar del todo, con un pie en el rellano, como quien deja comida en la puerta de una casa donde hay algo que muerde—. Que no se te pase el día sin roscón. Ya la conoces.

La conozco. Su madre me sigue queriendo con una terquedad que a Daniel le incomoda, me llama por mi cumpleaños, me manda roscón por Reyes con su hijo de recadero porque sabe que él es el único que va a subir, y en esa terquedad suya hay algo que agradezco y algo que no soporto, porque su madre me quiere como se quiere a una hija, y yo ya no sé estar en el sitio de nadie.

—Dale las gracias.

—Se las das tú, que le hace ilusión. Te llama.

Cojo el roscón. Huele a azahar, a fruta escarchada, a las Navidades de una vida que ya no vivo. Daniel mira por encima de mi hombro hacia dentro, hacia la mesa, y algo se le queda quieto en la cara. No pregunta. Sabe lo que hago; lo sabe por Nuria, que le tiene al tanto sin decírmelo, o lo sabe porque me conoce y sabe lo que hago con las manos cuando no tengo otra cosa que hacer con ellas.

—¿Sigues con eso —dice.

No es una pregunta del todo. Y como no es del todo una pregunta, la contesto entera. Le hablo del caso. No lo lijo como con Fenoll; a Daniel se lo doy limpio, con la palabra Lepidopterista dentro, porque quiero que vea que tengo algo, que me levanto por algo, que no soy la mujer que él dejó en una casa a oscuras hace ya años. Le cuento los seis y la séptima. Le cuento que a la séptima le falta lo suyo y que él vuelve a terminar lo que deja a medias. Se lo cuento bien, con orden, con la data de Iván y la almohada de Concha, para que entienda que hay un hilo, que no me lo invento, que soy la de siempre haciendo lo de siempre. Y mientras se lo cuento, me oigo, y me oigo bien, ordenada, competente, y pienso: que vea esto, que se lleve esto, que le cuente a la de la casa con luz que su exmujer no está loca, que su exmujer trabaja.

Daniel escucha hasta el final. No me interrumpe. Aprendió hace mucho a no interrumpirme cuando hablo de trabajo, porque de trabajo yo siempre tenía razón y él lo sabía y le gustaba que la tuviera, antes, cuando mi trabajo era leer muertos de otros y no éste. Y cuando termino, deja pasar un momento, y luego dice, muy bajo, con un cuidado que hace más daño que cualquier grito:

—Vera. No hay ningún asesino.

Lo dice como se le habla a alguien que se ha dormido en mala postura, para que no le duela después. Sin rabia. Sin discutir. No me lleva la contraria punto por punto, no me pide pruebas, no entra en el hilo; se queda fuera del hilo entero, como si el hilo no mereciera que se metan en él, sólo que se diga esto y ya. Y ese es el golpe, que no discuta. A un rival se le discute; a Daniel yo no le importo lo bastante poco como para discutirme, le importo lo bastante como para no hacerlo.

—No lo entiendes —le digo.

—No —dice—. Nunca lo entendí. —Y en cómo lo dice hay algo que no es sólo del caso, algo más viejo, de cuando todavía dormíamos

en la misma cama y él veía una cosa y yo veía otra encima de la misma cosa. Siempre fue así entre nosotros, incluso antes: yo delante de un problema buscaba el mecanismo, la causa, el quién; él buscaba a quién llamar, cómo seguir, qué hacer con las manos. Nos complementábamos, decíamos. Hasta que hubo un problema que no tenía mecanismo ni quién, sólo un agujero, y él supo estar delante del agujero y yo no, y esa fue la grieta por la que se nos fue todo, mucho antes de los papeles.

Se hace un silencio de los nuestros. Nos sale bien, ese silencio; llevamos años perfeccionándolo, primero juntos y luego cada uno por su lado. Daniel baja la vista, y por primera vez desde que ha subido mira, un segundo, hacia el fondo del pasillo. Hacia la puerta que no abro. Sabe cuál es. La pintamos juntos, esa puerta, del mismo blanco que la pared que él quería. Sabe qué hay detrás. No dice su nombre, no dice ninguna palabra, no da un paso hacia ella; sólo la mira ese segundo, y en ese segundo veo pasarle por la cara algo que no me deja ver del todo, un peso suyo, distinto del mío, que carga solo y que nunca me ha puesto encima, quizá porque piensa que ya tengo bastante con el mío, quizá porque el suyo es de una clase que no se comparte. Y vuelve a mí. Y entre esa puerta y nosotros dos hay una cosa entera que ninguno nombra y que llevamos sin nombrar tanto tiempo que ya casi tiene su propia forma, como un mueble más de la casa.

Es lo único que compartimos ya. Eso que no se dice.

—Me tengo que ir —dice—. Me esperan.

Lo apunto también: *me esperan*. Alguien lo espera un día de Reyes en una casa con luz, con la mesa puesta, a lo mejor con niños que no son míos y que no tienen por qué no serlo, y esa parte no la pienso hasta el final tampoco. Me alegro por él con la parte de mí que todavía sabe alegrarse, que es pequeña y la tengo guardada donde no estorbe.

—Come algo del roscón —dice ya en la puerta—. Aunque sea el trozo sin sorpresa.

Se para un instante. No abre la boca para decir nada más; hace otra cosa, más suya: alarga la mano y endereza el felpudo con el pie, que estaba torcido, un gesto de arreglar algo pequeño porque lo grande no se puede arreglar, el mismo gesto con que arreglaba grifos y persianas de otros durante veinte años y con que ahora, al pasar por delante de lo único que no tiene arreglo, endereza un felpudo para tener las manos ocupadas en algo que sí. Después dice mi nombre, una sola vez, sin nada detrás —«Vera»—, y baja las escaleras sin esperar el ascensor que canta.

Me quedo con el roscón en las manos y con las siete en la mesa.

Lo dejo en la encimera, sin abrir el cordel. Vuelvo a la mesa. Daniel nunca entendió el trabajo, y no fue el divorcio lo que nos separó, fue esto, fue mucho antes: que él, delante de una desgracia, sólo veía la desgracia, el final, el agujero, y yo veía quién había estado. Él mira un cuerpo y ve que no había nadie. Yo miro el mismo cuerpo y veo al que se quedó a mirar. No se puede vivir con alguien que insiste en que no hay nadie cuando tú sabes que sí, igual que él no pudo vivir con alguien que insistía en que sí cuando él sabía que no; y a lo mejor los dos teníamos razón cada uno en su casa, y por eso hicieron falta dos casas.

La puerta del fondo sigue cerrada. Él la ha mirado una vez, al entrar, y ninguno de los dos ha dicho nada, y así seguimos, turnándonos un silencio que no se cae nunca porque los dos sabemos cuándo toca sostenerlo.

Fuera empieza a oírse una cabalgata tarde, música y petardos flojos, la ciudad repartiendo a sus reyes a los niños que sí tienen quien les traiga algo. Aquí dentro hay siete cajas y un roscón que se irá poniendo duro. Me siento a trabajar. A mí no me espera nadie en

una casa con luz. Pero me esperan siete, y a los que esperan no se les deja tirados.

10. El aniversario

Hay una manera de encontrar a un hombre por su calendario, y es poner todas sus fechas en fila hasta que una se levanta.

Lo aprendí con los insectos. Un cuerpo no te da una hora en un número redondo; te da una fila de datos —el estadio de esta larva, la generación de aquella mosca, los grados que hizo cada día— y la hora está escondida entre ellos, esperando a que los pongas en el orden correcto para que se levante sola. Con las fechas de un hombre es igual. No hay que interrogarlas de una en una; hay que ponerlas juntas y callarse y esperar a que una dé un paso adelante.

El ocho de enero lo hago. Cojo las siete carpetas y escribo las fechas de muerte en una hoja, sin nombres, sólo los días, en una columna, como se ponen los datos cuando uno quiere que hablen entre ellos y no con uno. Once de agosto. Tres de febrero. Diecinueve de septiembre. Veinticinco de junio. Ocho de agosto. Y la de Marisol. Y la séptima, que no tiene, porque a la séptima la sacaron de un talud dos años después de morir y su día es un hueco, una raya donde debería ir una fecha.

Las miro un rato largo. Las fechas de un asesino en serie no se reparten al azar; los que matan por dentro tienen aniversarios, como los que se casan y los que entierran, fechas que marcan y esperan con una paciencia que a la gente normal le parecería sobrehumana y que a ellos les sale sola, porque para el que espera una fecha todo el año es la antesala de un día. Busco el patrón. Agrupo por meses, por estaciones, por distancia entre una y la siguiente. No cuadra a la primera. Un agosto, otro agosto, un febrero suelto, un junio, un septiembre. Dos de agosto, sí, pero separados por años y con tres días entre uno y otro; nada que se levante, nada que forme una línea. Los dos de agosto los miro con más cuidado, porque dos en el mismo mes tira, y no me dicen nada, se quedan quietos en la

columna, dos fechas de verano que no tienen entre ellas más que el calor. Sigo.

Hasta que llego a Marisol otra vez, y saco su carpeta, y la abro por el atestado.

> **EXPEDIENTE CF-0629 — atestado de tráfico Filiación:** Cambeiro, Marisol. 29 años. **Fecha y hora:** 14 de enero de 2020, 06:10. **Lugar:** carretera comarcal, curva con firme helado (placa de hielo negro). **Vehículo:** turismo, único implicado. Salida de vía; impacto contra quitamiedos y talud. **Causa:** pérdida de control por hielo. Velocidad no excesiva. Sin alcohol ni drogas. Sin terceros vehículos implicados. **Etiología:** accidental. **Resolución:** diligencias archivadas.

Veintinueve años. Salía a las seis de casa para entrar a las siete en un turno en las afueras, la carretera comarcal de siempre, la que hacía cada mañana medio dormida, con la calefacción del coche puesta y la radio baja. Seis y diez. El amanecer todavía sin llegar en enero, la curva de siempre, y en la curva de siempre una cosa que no estaba las otras mañanas: una placa de hielo negro, ese hielo que no se ve, que es del color del asfalto mojado y no del color del hielo, que sólo existe para el que ya está encima. La sacaron del coche a las seis y diez, o a la hora a la que pasó el primero y la vio contra el quitamiedos, con el motor todavía en marcha y la radio baja.

Escribo la fecha en la columna, debajo de las otras. *14 de enero.*

Y algo se levanta. No en la hoja. En mí.

No sé nombrarlo la primera vez. Escribo *14 de enero* y hay una tensión que con las otras fechas no hubo, un peso que no le corresponde a un accidente de tráfico de hace seis años que ni siquiera investigué, que no es de los míos, que sólo conozco por un atestado de tres párrafos. Los dos de agosto no me hicieron esto. El septiembre de Concha, que sí trabajé, que sí olí, no me hizo esto. Y

este catorce de enero de una desconocida que se mató sola en una curva de hielo me tira de dentro como si me perteneciera. Vuelvo a escribirlo, en el margen, otra vez, como si escribiéndolo fuera a entender por qué me tira. *14 de enero.* Lo escribo una tercera vez, más grande. La mano quiere seguir escribiéndolo y no la dejo; le pongo la otra encima para que pare.

Me digo que es la urgencia. Que el cuerpo ha entendido antes que la cabeza lo que la cabeza está a punto de entender, que a veces pasa, que por eso soy buena: porque alguna parte de mí lee antes de leer, huele la data antes de contar la larva. Me lo digo y me lo creo, porque es una explicación y las explicaciones me calman, y porque la otra posibilidad —que la fecha me tire por una razón que no tiene nada que ver con el caso— no la miro, la dejo en el borde de la mesa, apartada, y no vuelvo a tocarla.

Lo que la cabeza entiende, un momento después, es esto:

Marisol no perdió el control. A Marisol la esperó él en la curva del hielo. No la empujó —él no empuja con las manos, ya lo sé—, sólo eligió el sitio y eligió la mañana, la curva donde el hielo negro no se ve, la hora en que no pasa nadie, y la dejó llegar, y miró. Como con Iván. Y cuando el coche paró contra el talud y ella se quedó quieta sobre el volante, con el motor todavía caliente y la radio todavía baja sonando para nadie, él bajó del arcén, abrió la puerta que el golpe había dejado abierta, y le puso la mariposa en el volante, entre sus manos, verde sobre el plástico negro, antes de que llegara el primer coche a llamarlo hielo y la Guardia Civil a llamarlo accidente.

Pero eso no es lo importante. Lo importante es la fecha. Porque a los otros los mató donde los encontró, cuando la vida se los ponía a tiro: un febrero de un hombre que dormía en la calle, un junio de un chico que subió a un acantilado, un agosto de una anciana, otro agosto de una niña. Fechas de nadie, fechas que le daba el azar de que alguien se estuviera muriendo ese día. Marisol, no. A Marisol la buscó en el catorce de enero, la esperó en una fecha, y un hombre

que tiene fechas de nadie para casi todos y una fecha propia para una, esa fecha propia es la suya. El catorce de enero es el día que le importa. Es su aniversario, el día que marca en el calendario y espera todo el año como yo espero la salida de una hembra forzada. Lo demás es oficio; el catorce es devoción.

Y la séptima está sin terminar.

Me quedo muy quieta con esa idea, que llega entera, como llegan las buenas, con esa sensación física de encaje, de pieza que entra en su hueco. La séptima sigue abierta. Sin nombre. Sin mariposa. Un hombre así no deja a una a medias, y menos si se acerca su día. La dejó sin terminar porque algo lo interrumpió —o porque su cuenta todavía no había llegado a ella—, y va a volver a terminarla, y va a hacerlo cuando su calendario se lo pida.

Miro el móvil. Hoy es ocho.

Faltan seis días.

Llamo a Nuria. No lo pienso; marco.

—Ya sé cuándo —le digo, en cuanto descuelga—. Nuria, ya sé cuándo vuelve.

—Espera. Respira. ¿Cuándo qué?

—El catorce. El catorce de enero. Es su día, es el único con fecha propia, y la séptima está sin cerrar. Va a volver el catorce. Faltan seis días. Tengo seis días para ponerle nombre a la niña y saber por dónde va a entrar.

Al otro lado se hace un silencio que no es como los silencios de Nuria. Los de Nuria son blandos, de estar pensando qué darme de comer, cuánto insistir, qué mentira mía dejar pasar. Este es otro. Este es un silencio que se pone tenso, que sostiene algo, que aprieta, y

dura lo justo para que yo note que dura, para que note que del otro lado ha pasado algo que no es preocupación por si he comido.

—Vera —dice al fin, y la voz le sale muy cuidada, colocada palabra por palabra, como se le habla a alguien al borde de algo—. El catorce no vas a hacer nada tú sola. ¿Me oyes? Nada. El catorce lo pasas conmigo.

—El catorce no tengo tiempo de pasarlo contigo, el catorce es el día.

—Por eso. —Una pausa—. Por eso ese día estás conmigo. Prométemelo. Ya buscaremos la manera, pero ese día no estás sola en esa casa con esas cajas. Dime que sí.

Le digo que sí porque es más rápido que discutir y porque tengo la cabeza en la curva del hielo, no en ella. Nuria insiste una vez más, con una firmeza que no le conozco, que no es la firmeza suave de siempre, en que el catorce es suyo, que se lo deje a ella, que confíe, que ese día lo lleva ella. Le vuelvo a decir que sí. Cuelgo antes de que me haga prometer una tercera vez, porque a la tercera las promesas empiezan a pesar y yo no quiero pesar de más en un día que va a ser el suyo, el de él, no el de Nuria.

No me paro a pensar por qué Nuria, que nunca me lleva la contraria en esto, que se queda siempre en el borde, de pronto quiere para ella un día concreto, lo reclama, lo aparta como se aparta algo que se va a usar. No me paro a pensar en casi nada que no sea la hoja con las fechas y la única que se ha levantado.

Marco el catorce en el calendario de la pared, el que no uso, el que sigue en enero porque nunca paso la hoja, con un círculo de bolígrafo rojo que doy dos veces para que quede grueso. Debajo del círculo, seis casillas vacías hasta llegar a él, seis cuadraditos con sus números pequeños, y algo en mí, la parte que cuenta, empieza a ver esas seis casillas como se ve una cuenta atrás, como se ven los grados que le faltan a un capullo para oscurecerse del todo. Vuelvo a

la mesa, a la séptima, a la niña sin nombre, con el listado de desaparecidas de Nuria a un lado y el reloj corriendo por primera vez desde que empezó todo esto, porque hasta hoy yo perseguía a un muerto, un caso cerrado, algo que ya había pasado y no podía volver a pasar, y desde hoy persigo a uno que va a matar otra vez, dentro de seis días, en una fecha que sé.

Trabajo hasta tarde. La ciudad se apaga calle por calle al otro lado de la ventana. Cuando por fin dejo el bolígrafo, en el calendario de la pared el círculo rojo del catorce me mira desde la otra punta del cuarto, y yo lo miro a él, y por un momento no soy capaz de recordar si le tengo miedo por la niña o por otra cosa que no consigo nombrar y que tiene la forma de ese día, sólo la forma, sin el contenido, como una caja cerrada de la que sé el tamaño y no lo que hay dentro.

Seis casillas. Empiezo a contarlas hacia atrás antes de dormir, como quien reza un rosario que no reza a nadie, seis, cinco, cuatro, y me duermo en la cuatro, con el catorce rojo encendido detrás de los párpados.

PARTE II — CRISÁLIDA

11. Grados-hora

El nueve de enero, a media mañana, Vidal me manda un caso que no es de los míos.

Llega en un correo escueto, con un archivo pesado y una línea debajo: «A ver si usted me saca de una duda, doctora. Este lo cerró otro y a mí no me cuadra la hora.» No es de los siete. Es un caso de la unidad, con número de verdad, uno de los que va a sellar antes del dieciséis. Un hombre de cincuenta y tres años hallado muerto en su piso hace tres inviernos. Vivía solo, como Concha, como Rubén, como casi todos los que acaban en una unidad de casos fríos, porque el que muere acompañado se descubre pronto y el que muere solo se descubre tarde y mal, y en ese tarde y mal es donde vivo yo. El hombre tenía dinero, un piso en propiedad y un negocio, y dos hermanos que se lo repartían, y una pelea de herederos que depende de una cosa y sólo de una: de si murió antes o después de que uno de los hermanos volviera del extranjero.

El hermano tenía coartada hasta el día nueve de aquel mes. Voló de vuelta el nueve por la noche, con tarjeta de embarque y cámaras de aeropuerto que lo ponen en otro país hasta esa fecha. Si el hombre murió antes del nueve, el hermano no pudo tener nada que ver; estaba a tres mil kilómetros. Si murió después, todo cambia, y una herencia se convierte en un móvil. El entomólogo que llevó el caso dio una data de cinco a seis días antes del hallazgo, lo que ponía la muerte alrededor del día seis. Antes del nueve. Hermano limpio. Caso cerrado, con una firma y una fecha, hace tres inviernos.

Abro el archivo y me olvido del catorce de enero por primera vez en un día. Y noto, con algo parecido a la vergüenza, el alivio de olvidarlo: un caso de verdad, con reglas de verdad, con una respuesta que existe y que se puede encontrar, no un hombre que dejo mariposas y al que persigo por corazonadas. Esto sí que sé hacerlo. Esto es lo que soy cuando no soy ninguna otra cosa, y hace

mucho que no soy esto, y el cuerpo lo agradece como agradece una comida caliente después de días de café.

Voy a las fotografías de la fauna, que es siempre lo primero. *Calliphora vicina*, sobre todo, la mosca de invierno, la que trabaja con frío cuando las demás se esconden, la que me da los muertos de la estación fría. Larvas en tercer estadio, algunas ya migrando, buscando dónde empupar lejos del cuerpo, que es lo que hacen cuando terminan de comer. Mido. Amplío cada foto con testigo métrico, comparo con la regla, anoto: en las imágenes las larvas mayores pasan de los diecisiete milímetros. Con la tabla de desarrollo de la vicina, a la temperatura que usó el compañero —la ambiental del piso, dieciséis grados, la que daba el registro de la comunidad de propietarios, la del termostato de la calefacción central—, diecisiete milímetros en tercer estadio salen, en efecto, cinco días largos. Su cuenta está bien hecha. Con esos números, no se equivocó. Cualquiera con la tabla y la regla habría escrito lo mismo.

Pero hay una foto que él tuvo delante y no miró como hay que mirarla.

En el dormitorio, sobre el cuerpo, la masa. No larvas sueltas repartidas por la piel: un agregado, miles juntas, un hervor blanco del tamaño de dos manos sobre el tronco, sobre el abdomen, donde la carne es más blanda y da más de comer. Y eso lo cambia todo, porque una masa larvaria no vive a la temperatura de la habitación. Una masa así se calienta sola. Las larvas, al comer y al moverse en montón, retorciéndose miles a la vez, generan su propio calor por fricción y por metabolismo, y en el centro de un agregado grande la temperatura sube diez, doce, hasta quince grados por encima de la del aire. Está medido, está publicado, lo enseñé yo en cursos a gente que ahora firma informes. Aquel piso estaba a dieciséis. En el corazón de aquella masa, sobre el abdomen de aquel hombre, hacía casi treinta.

Y a casi treinta grados una larva de vicina no tarda cinco días en llegar a diecisiete milímetros. Tarda tres.

Rehago la cuenta entera. No con la ambiental: con la real, la del microclima, corrigiendo por el efecto del agregado como se corrige cuando uno no quiere firmar una tontería que mande a un inocente a la cárcel o deje a un culpable en la calle. Los grados-hora acumulados no se cuentan sobre el aire de la habitación; se cuentan sobre el calor que las propias larvas se fabricaron, que es el calor que de verdad las hizo crecer. Estimo el tamaño de la masa por la foto, le asigno un incremento térmico conservador, el más bajo de los publicados para no pasarme, y recalculo. La cuenta corregida no da cinco días. Da tres. Dos días menos de los que firmó el compañero, y esos dos días no restan hacia atrás: restan hacia delante. Acercan la muerte al día en que la encontraron. La muerte no cae el día seis. Cae más tarde.

Después de que el hermano aterrizara.

Lo compruebo dos veces, porque una data que manda a la cárcel a alguien se comprueba dos veces y luego una tercera. Cruzo la curva, meto un margen prudente, y ni con el margen más favorable al hermano consigo devolver la muerte a antes de que aterrizara. El hermano estaba en el país cuando su hermano murió. Su coartada era un error de temperatura, un solo dato mal elegido: los grados del aire en vez de los grados de la masa. El compañero contó los grados del aire y se olvidó de que un montón de larvas es una pequeña caldera; es el fallo más humano del oficio, el que cometería cualquiera que no hubiera metido la mano en suficientes agregados como para saber que queman, y el más caro, porque en la diferencia entre el aire y la masa cabe una herencia y cabe una condena.

Escribo el informe limpio, sin una palabra de más, sin adjetivos, como se escriben los que valen. Data corregida por termogénesis del agregado larvario. Intervalo postmortem: tres días, no seis. Adjunto la curva, adjunto la foto de la masa, adjunto los milímetros con su

regla. Cualquiera que sepa leer lo entiende, y el que no sepa que se fíe, que para eso firmo yo.

Se lo mando a Vidal a las cuatro de la tarde. Me contesta a las cuatro y diez, sólo tres palabras: «Madre mía. Gracias.»

Me quedo un rato con esas tres palabras, y no me da vergüenza reconocer que me saben bien, que me saben a algo que llevaba tres años sin probar. Llevaba mucho sin acertar delante de alguien, sin que un acierto mío sirviera para algo fuera de mi cabeza. En esa data corregida está entera la que fui: la que leía la hora de los muertos mejor que nadie de este país, la que no se dejaba engañar por un grado, a la que llamaban de otras provincias cuando un juez necesitaba una hora imposible. Sigo siendo esa. La cabeza que ha corregido lo del agregado es la misma que ve el hilo de los siete. Es la misma cabeza, la misma mano, la misma manera de mirar. No hay dos. No puede haber una que acierta y otra que se equivoca, porque es una sola, y si esta acierta con el piso, acierta con los siete.

Y por eso, cuando Vidal me llama media hora después para decirme que le ha valido, que reabre el caso del piso, que va a mandar que llamen otra vez al hermano, que no sabe cómo darme las gracias, cometo el error de querer que vea el resto.

—Ya que reabre uno —le digo—, reabra los siete.

Silencio.

—Le mando lo que tengo —insisto—. Léalo con los mismos ojos con los que ha leído lo del piso. Verá que es la misma clase de trabajo.

Y se lo mando. Le mando mis notas de los siete, ordenadas como el informe del piso, con la misma letra, la misma cabeza, los mismos grados-hora. Se lo mando convencida, porque acaba de ver de lo que soy capaz y ya no va a poder decirme que el hilo lo pongo yo, ya no, después de lo del agregado no.

Tarda en contestar más de lo que tardó con el piso. Cuando llama, la voz le ha cambiado. No hay «madre mía» esta vez.

—Doctora —dice, despacio—. Lo del piso es impecable. De manual. Se lo voy a enseñar a los jóvenes, con su permiso, sin su nombre si usted quiere, pero se lo voy a enseñar, porque cosas así se enseñan.

—Gracias.

—Lo de los siete lo he leído dos veces. —Una pausa, y en la pausa lo oigo pasar hojas, las mías—. Y las moscas me las data usted como Dios, eso lo firmo yo. Pero hay algo en el mismo folio que no está hecho de lo mismo, y llevo media hora sin poder ponerle el dedo encima. No es cosa de teléfono; ni siquiera sé todavía decirle qué es.

—Es todo el mismo trabajo, inspector. La misma cabeza.

—Puede ser. —Silencio; lo oigo dejar las hojas sobre la mesa—. Venga mañana a la unidad, o voy yo a su casa, como usted prefiera. Quiero mirar una cosa con usted delante, despacio, antes de sellar las cajas. Tengo una pregunta que hacerle y no quiero hacérsela mal.

—¿Qué pregunta?

—Mañana. —Y luego, más suave—: Gracias otra vez por el hombre del piso. A ese le ha devuelto usted la hora que le robaron. Eso vale, doctora. Eso vale de verdad.

Cuelga, y me deja la pregunta que no me ha hecho zumbando en el sitio donde tendría que estar su respuesta.

No le doy más vueltas hoy. No puedo despacharlo como despaché a Daniel —Daniel no entendía nada y Vidal acaba de entender lo del piso al milímetro, lo cual es peor, porque significa que si duda de los siete no es por no entenderlos—, pero mañana veré qué quiere; hoy el catorce corre, y el catorce va primero.

Me quedo con el móvil en la mano y con las tres palabras buenas de las cuatro y diez ya lejos. En la pared, el círculo rojo del catorce. Sobre la mesa, los siete, con la misma letra impecable con que acabo de mandar a un hombre a que lo investiguen otra vez. La misma letra. La misma cabeza.

Vidal se equivoca en una cosa y sólo en una: cree que la mano que fecha las moscas y la que coloca la mariposa son dos. Yo sé que son la misma. No me paro en la única pregunta que importaría —qué pasa si tiene razón justo por eso, si son la misma y por eso las dos están mal—, porque hoy no, porque el catorce corre y no hay tiempo.

12. No es un insecto cadavérico

El archivo de pruebas de la unidad está en el sótano y huele a formol, a etiqueta vieja y a frío de nevera, y es el único sitio de todo el edificio donde me muevo como en mi casa. No hay ventanas. La luz es de fluorescente, blanca y plana, la luz que no hace sombras y por eso no engaña, la luz con la que hay que mirar las cosas que importan. Aquí no hay teorías, no hay familias que consolar, no hay jueces piadosos: hay viales. Estanterías de metal, corredera tras corredera, con viales pequeños ordenados por año y por número, cada uno con su larva o su pupa flotando en alcohol, cada uno con su etiqueta, cada uno la prueba física de que un día alguien miró un cuerpo y contó bien. Podría pasarme una vida aquí abajo. En cierto modo me la pasé: años de subir muestras a este tipo de sótanos, de bajar a buscarlas, de reconocer mi propia letra en una etiqueta de hace una década. El formol no me molesta. El formol, a estas alturas, casi me consuela.

Vidal me ha citado a las diez para el sellado. Antes del dieciséis hay que revisar que cada muestra tiene su cadena de custodia en regla, que ningún vial se va al archivo definitivo sin su papel, sin su firma, sin la prueba de que pasó de mano en mano sin perderse por el camino, y para eso sirvo yo, porque una muestra entomológica mal etiquetada la detecto de un vistazo, una especie mal escrita, un estadio que no cuadra con el tamaño, una fecha que no encaja. Empiezo por ahí, por lo que sé hacer, y durante media hora soy otra vez sólo eso, una técnica cotejando muestras, y es media hora buena. Vidal me acompaña por el pasillo entre estanterías con las manos en la espalda, sin ayudar, mirándome trabajar como me miró la primera vez, dejándome gastar, aprendiendo de mí cosas que ya no le van a servir porque su unidad se cierra en seis días.

Voy cotejando. Vial que reviso, casilla que marco. Y en la estantería de los casos que él me dejó revisar, en la balda de dos mil dieciocho, encuentro uno que conozco. Lo cojo sin buscarlo, la mano va sola,

como va sola a la muñeca. El vial dice CF-0455 y debajo, con mi letra de entonces, más redonda que la de ahora, *C. vicina, L3, dorsal*. Dentro flota una larva mía. La saqué yo del cuerpo de Concha Vilar hace siete años, en aquella planta baja de olor dulce, la fijé yo en el alcohol, escribí yo la etiqueta apoyada en la rodilla. Ahí está, quieta, blanca, curvada, la mosca que me dio los seis días de Concha, la que convirtió un olor en un rellano en una hora exacta. Es lo más honrado que hay en esta sala. Lo sostengo un momento a contraluz del fluorescente.

—Esa la conoce bien —dice Vidal detrás de mí. No es una pregunta. Lleva un rato detrás de mí, esperando, lo noto ahora, esperando quizá a que fuera yo la que cogiera precisamente este vial.

—Es de Concha. La conté yo.

—Ya lo sé. Pone su firma. —Se acerca un paso—. Déjeme que le enseñe una cosa, doctora, ya que la tengo aquí, con el vial en la mano. Es la pregunta que ayer no quise hacerle por teléfono, la que le dije que no quería hacerle mal.

Dejo el vial en su hueco, con cuidado, en la posición exacta en que estaba. Me vuelvo.

—Esa larva —dice, señalándola con la barbilla— estuvo en el cuerpo de la señora Vilar. Por eso está en un vial. Estuvo porque el cuerpo estaba; llegó ella sola, voló hasta la ventana, entró, hizo su trabajo, puso, y de eso salió esa larva que usted recogió porque cuenta la hora. Real. Está, se toca, se guarda. La firmo yo, que no entiendo de bichos, porque hasta yo entiendo que una mosca en un muerto es una mosca en un muerto. —Baja la voz, sin dureza, y la falta de dureza es lo que hace daño—. Ahora dígame una cosa. En sus notas, sobre la almohada de la señora Vilar, hay una mariposa. Una *Actias luna*, escribe usted, con las alas abiertas, mirando al norte, colocada con cuidado. La data igual que la larva, con la misma seguridad, con la misma letra. La pone en el cuadro de pruebas al

lado de la mosca, como si fueran lo mismo. —Abre las manos, vacías —. ¿Dónde está esa mariposa, doctora? Porque yo he bajado esta mañana antes que usted, y he buscado el vial, y no está. ¿Dónde está?

—No la recogieron. Ya se lo dije. En dos mil dieciocho nadie levantaba una polilla de una escena.

—No. —Niega despacio con la cabeza, y en el gesto no hay triunfo, sólo un cansancio antiguo—. No es que no la recogieran. Es que no se recoge. Vaya usted por estas estanterías, balda por balda, año por año, todos los muertos de esta unidad y de las que la precedieron, treinta años de sótano. Miles de viales. Moscas, moscardas, escarabajos, alguna avispa, un díptero raro que le hará ilusión. ¿Sabe cuántas mariposas hay? Ninguna. Ni una, doctora, en treinta años de archivo. Ni una polilla en alcohol en toda la historia de esta casa. Porque una polilla no coloniza un cuerpo. No pone en la carne, no se come al muerto, no llega por él, ni siquiera tiene boca con que comer, usted misma me lo explicaría mejor que yo. No data nada. No prueba nada. —Coge aire, y lo suelta despacio—. No es un insecto forense. Es un adorno. Y los adornos no van en un vial, porque a nadie se le ocurre guardar en alcohol una cosa que no dice ninguna hora.

Lo dice y se queda callado, esperando, como se espera después de decir algo que uno sabe que va a doler, sin apartar la vista, dándome el tiempo entero.

Y yo no puedo rebatirlo. Ésa es la parte que me deja quieta con la mano todavía cerca del vial de Concha. No puedo, porque tiene razón en cada palabra, en cada coma. Una polilla no es un insecto cadavérico. Lo sé mejor que él, mejor que nadie en este edificio, mejor que casi nadie en este país: me he pasado la vida distinguiendo lo que llega a un cuerpo por el cuerpo de lo que llega por otra cosa. Una *luna* adulta no tiene aparato bucal, no se acerca a un cadáver por el cadáver, no aparece en una escena por ninguna

razón que quepa en un informe. Si yo mañana tuviera que dar en un juicio la hora de una muerte, y me jugara en ello mi firma, no miraría una mariposa; miraría las moscas de este vial, contaría, cruzaría, restaría. Todo lo que dice Vidal lo firmaría yo con los ojos cerrados. Cada palabra es mía antes que suya.

Y por eso mismo entiendo, mientras me lo dice, lo que Vidal no alcanza a entender, y la salida se me abre delante con una claridad que casi es un alivio.

—Tiene usted toda la razón —le digo, y lo veo desconcertarse un segundo, porque esperaba pelea y le llega acuerdo—. No data nada. No prueba nada. No está en ningún vial y no lo estará nunca. Y ésa es justo la cuestión, inspector. Ésa es la firma.

—No le sigo.

—Un hombre que quisiera hablarle al juez dejaría una prueba. Algo que datar, algo que guardar en alcohol, algo para el expediente, algo que sirviera contra él o a favor de él. Él no deja eso. Él deja lo único que sabe que no va a ir a ningún expediente, lo único que la comitiva tira sin fotografiar, lo único que ningún forense del mundo recoge porque no significa nada forense. Deja una polilla. ¿Por qué una polilla, pudiendo dejar cualquier cosa? Porque no habla para el juez. Habla para el que sepa que una polilla en un cuerpo no pinta nada y aun así está ahí, colocada con cuidado, mirando al norte, imposible de ignorar para el único ojo capaz de entender lo imposible que es. Habla para el único que iba a mirar dos veces. — Doy un paso hacia él, y me oigo la voz firme, buena—. Sabía que yo lo entendería. Puso su firma donde sólo yo la iba a leer, precisamente porque no sirve de prueba, precisamente porque usted, ahora, me la señala como una ausencia. La ausencia que usted me señala no lo desmonta, inspector. Lo confirma. Cuanto menos prueba nada, más habla.

Vidal me mira un rato largo. No me interrumpe. Y cuando habla, no discute lo que he dicho —no puede, es un edificio cerrado, cada pieza sostiene a la siguiente—; hace algo peor: baja la vista al vial de Concha, a la larva de verdad flotando en su alcohol, la real, la que sí estuvo, y luego me mira a mí, muy despacio, con esa lástima suya que aparto y que hoy no consigo apartar del todo.

—Doctora —dice—. Se oye usted, ¿verdad? Se está oyendo.

—Me oigo perfectamente.

—Una prueba que no prueba nada. Una firma que no se puede ver. Un asesino que sólo le habla a usted, en un idioma que sólo lee usted, y que deja de señal justo la única cosa que no deja rastro, la única que, cuanto más falta, más lo confirma. —Hace una pausa, y la pausa pesa, y en la pausa está toda su experiencia de hombre que ha visto a mucha gente construir esto mismo—. Piénselo desde fuera un momento. Si yo le contara ese caso a usted, a la que era la mejor de este país, con esa cabeza suya que no se deja engañar por un grado… ¿qué me diría usted a mí? ¿Qué le diría usted a un policía que le trajera una firma que sólo se ve si te la crees?

No le contesto. Cojo el vial de Concha, compruebo que su etiqueta está en regla, que su papel lo acompaña, y lo devuelvo a su hueco con el cuidado con que se devuelve lo único de esta sala que no admite discusión, la única cosa aquí abajo que dice una hora de verdad. Sigo con el sellado. Coteja que hago, vial que firmo, casilla que marco, porque el trabajo no me discute nada y hoy necesito algo que no me discuta, algo que sólo tenga una respuesta y que la respuesta sea la que es.

Vidal me deja hacer. No insiste. Ha aprendido, como Nuria, que insistir me endurece. Antes de que suba las escaleras, ya con mi carpeta bajo el brazo, sólo dice, con la voz otra vez cansada y amable:

—El dieciséis se sella todo esto. Después ya no hay viales que mirar, ni sótano, ni unidad, ni preguntas que hacerle a un servidor. —Y luego, más bajo, casi para él—: Cuídese estos días, doctora. Que vienen fechas.

Subo a la calle, del frío de nevera del sótano al frío seco de enero, que después del de abajo se agradece como si fuera primavera. Faltan cuatro para el catorce. La pregunta de Vidal —qué me diría yo a mí— se me queda dentro, en el sitio donde debería estar la respuesta, y no le doy la respuesta, porque la respuesta la sé y no la quiero, y porque hay preguntas que una sabe contestar de cualquiera menos de sí misma.

13. La repetición

He dejado a Elena para el final sin saber por qué.

Es la sexta, la V6 en mi esquema, y llevo semanas con las siete carpetas encima de la mesa, y de las siete hay una que abro siempre la última, cuando ya estoy cansada, cuando ya no me queda tarde ni cabeza. La de Elena. No lo he decidido; nadie decide estas cosas. Es sólo que la mano, cuando va a coger una carpeta, coge cualquiera menos esa, la esquiva, la salta, como el pie salta solo un charco que la cabeza aún no ha visto. Me he descubierto varias veces reorganizando el montón sin motivo, cambiando el orden, y la de Elena acabando siempre debajo, siempre la última, siempre para luego. Hoy es once de enero, quedan tres días, y ya no puedo dejarla para otro rato porque no quedan otros ratos. Así que la abro.

El extracto es corto. Los niños que se mueren en casa dejan expedientes cortos; no hace falta mucho papel para una desgracia que no tiene culpable, y toda la maquinaria del Estado, que para un asesinato levanta mil folios, para una niña que se para sola en su cama levanta media docena y baja la cabeza.

> **EXPEDIENTE CF-0744 — extracto Filiación:** Brea, Elena. 6 años. **Fecha de la muerte:** 8 de agosto de 2021. **Lugar:** domicilio familiar. **Causa:** muerte súbita por miocardiopatía no diagnosticada. Confirmada en autopsia. **Circunstancias:** hallada sin vida en su cama por su madre a primera hora. Sin signos de violencia. Sin intervención de terceros. **Etiología:** natural. **Resolución:** diligencias archivadas.

Seis años. Un corazón con un defecto que nadie oyó, una pared de músculo un poco más gruesa de lo que debía, la clase de cosa que no da síntomas hasta que da el único que da, que es este. Se acostó una niña sana, o que todos creían sana, y por la mañana no se despertó, y la madre entró a llamarla para el desayuno y la llamó

dos veces antes de entender que el silencio de esa cama era otro silencio. En agosto, con las ventanas abiertas por el calor. Autopsia, porque un niño que muere en su cama sin causa aparente se autopsia siempre, hay que abrir a un niño de seis años para poder escribir «natural» y dejar dormir a los padres, y alguien lo hizo, en algún depósito, un día de agosto de hace cuatro años, y encontró el corazón mal hecho y cerró el caso con la palabra más piadosa que tiene el oficio.

Empiezo a reconstruir. Es la repetición: él vuelve, hace lo que ya sabe hacer, elige a una que se iba a parar sola —un corazón mal hecho, una arritmia que nadie oyó— y se sienta a esperar el fallo como quien espera un tren con horario, sabiendo que llega, sin tocar las agujas. La encuentra la madre a primera hora. Pero antes que la madre estuvo él. Entró en el cuarto de una niña por la ventana abierta del calor, o por donde entran los que saben entrar, y le plegó las alas de la mariposa sobre los ojos, cerradas, no abiertas como a las otras; a una niña de seis años en su cama le puso la mariposa así, plegada sobre los párpados, verde sobre la piel, como para que no viera lo que venía, como se le tapan los ojos a un niño en la parte mala de una película. Escribo *V6. Alas plegadas. Sobre los oj—*

Y no termino la palabra.

Porque he vuelto a leer la primera línea sin querer, la fecha, y la fecha es ocho de agosto de dos mil veintiuno, y ahora mismo hay un aleteo.

No fuera. Dentro. Un golpeteo blando, insistente, contra un cristal que no está en esta habitación, muy cerca, del lado de dentro de la frente, como si algo hubiera quedado atrapado ahí y quisiera salir. Levanto la cabeza. Miro hacia el pasillo, hacia el cuarto de la luz, por si una de las forzadas se ha soltado y está contra el tubo del fluorescente, batiendo contra la luz. Me levanto incluso, voy hasta la puerta del cuarto, la abro: las jaulas cerradas, la gasa quieta, ninguna suelta, ningún ruido más que el zumbido de siempre. No

hay nada. Vuelvo a la mesa y el aleteo sigue, no viene de ninguna mariposa que yo pueda apagar, viene de un cristal que no encuentro.

La habitación se inclina un grado. No es mareo de bajar la tensión, que ese lo conozco y sé pararlo; es otra cosa, un suelo que deja de estar del todo horizontal, la sensación de cuando el tren de al lado se pone en marcha y por un momento el que se mueve eres tú, y no sabes cuál de los dos trenes es el que anda. Me agarro al borde de la mesa, a algo que no se mueva. Ocho de agosto. Leo la fecha una vez más, a ver qué tiene, a ver por qué me hace esto un dato que no me hizo nada en la columna hace tres días, cuando lo escribí entre las otras fechas y se quedó quieto como todas; un dato de una niña que no conocí, de un verano que no es este, de una cama que no he visto. No tiene nada. Es una fecha como las otras. Un día de calor de hace cuatro veranos en el que un corazón pequeño se paró en una cama con las ventanas abiertas.

No tiene nada y el aleteo no para.

Aparto la vista del papel. Cierro los ojos. Cuento —no pulsaciones, no me sirve el pulso hoy, hoy el pulso está en el mismo bando que el aleteo—, cuento otra cosa, cuento estadios larvarios para tener la cabeza puesta en algo que sé, en algo que no falla, primero, segundo, tercero, y vuelta a empezar, primero, segundo, y en algún momento ya no sé si sigo contando o sólo lo pienso, y el aleteo se me mete debajo del conteo, entre número y número, y—

Miro el reloj. Son las siete.

Eran las seis y media cuando he abierto a Elena. Lo sé porque miro la hora al empezar, siempre, es lo primero que hago con una carpeta, apuntar la hora de inicio como se apunta en una autopsia. Las seis y media. Y ahora son las siete, y entre una hora y la otra hay treinta minutos que no encuentro.

Treinta minutos. No es un despiste. Un despiste es no darse cuenta de que ha pasado el tiempo; esto es otra cosa, esto es un tramo que no está, un trozo de cinta que alguien ha cortado y ha vuelto a pegar sin que se note la juntura salvo por el salto en la imagen. Yo mido el tiempo mejor que nadie; yo le saco el tiempo a un cuerpo que lleva semanas muerto, le adivino la hora exacta a un desconocido, y no soy capaz de decir qué he hecho con treinta minutos míos, aquí sentada, con la luz encendida. No sé si me he levantado. La silla está donde estaba. El bolígrafo, en el suelo, y no recuerdo que se me cayera. La carpeta de Elena, cerrada. La he cerrado yo, tiene que haber sido yo, no hay nadie más en esta casa, pero no me acuerdo de cerrarla, y en el papel, debajo de la ficha, donde yo había empezado a escribir *sobre los oj—*, la frase sigue sin terminar, con la raya del bolígrafo alargada hacia abajo, hacia el borde del folio, un surco largo en el papel como si la mano hubiera seguido apretando, arrastrando la punta, durante un rato, después de que yo me fuera de donde sea que me fui.

El aleteo ha parado. La habitación está horizontal otra vez. Todo en su sitio, como si no hubiera pasado nada, salvo la media hora que falta y el surco del bolígrafo.

Recojo el bolígrafo. Me obligo a hacer lo que hago siempre cuando el cuerpo se me desmanda: buscarle una causa que quepa en una frase, porque una causa en una frase es una cosa domesticada y lo que no cabe en una frase es una cosa suelta por la casa. No he comido desde el café de la mañana. Ayer estuve en el sótano de la unidad tres horas con el frío de la nevera metido en los huesos. Duermo mal desde hace días. Falta el catorce y la cabeza va deprisa, a lo mejor demasiado deprisa. Cualquiera de esas explicaciones sirve, y me quedo con todas a la vez, en montón, porque una sola no me tranquiliza y cuatro juntas casi, y porque en el montón se esconde bien la que no me digo.

No apunto lo de los treinta minutos. No sabría dónde. No hay una casilla en mi esquema para *aquí la forense perdió media hora*

delante de una fecha y no sabe en qué, y lo que no tiene casilla, para mí, no ha pasado del todo; ese es el truco de toda una vida rellenando casillas, que lo que no cabe en ninguna se puede tratar como si no existiera.

Cierro a Elena. Y esto no es como con Amelia. A Amelia la terminé hace unos días a la fuerza, apretando los dientes, ganándole el pulso a base de trabajo; el cuerpo me pedía dejarla y yo me impuse y la cerré entera, gané yo. A Elena no consigo ni empezarla. No es que la deje sin terminar: es que la fecha me echa del expediente cada vez que me acerco a ella, media hora entera me echa, como si el papel tuviera un borde caliente justo en esa línea y la mano lo supiera antes que yo y me apartara para que no me quemara. La devuelvo a la caja convencida de que mañana, con la cabeza fresca, le pongo las alas sobre los ojos y acabo. No me creo del todo ese mañana.

Pero antes de guardar la caja hago una cosa que no me explico y que no me paro a explicarme: cojo la carpeta de Elena otra vez, sola, y la aparto de las otras seis. La dejo en un lado de la mesa, ella sola, lejos del montón, como se aparta algo que quema o algo que está de más o algo que no se soporta cerca. Y sólo cuando ya la he apartado me doy cuenta de que no sé cuál de las tres cosas es, si la aparto porque me estorba o porque quema o porque no la soporto, y de que las tres, esta noche, son la misma cosa dicha de tres maneras.

Apago la luz. En la pared, el círculo rojo del catorce. Tres casillas.

Ocho de agosto, pienso ya en la cama, sin querer pensarlo, sin saber por qué lo pienso, la fecha volviendo sola como vuelve una palabra que se te ha quedado en la punta de la lengua y no es la que buscabas. Y me duermo antes de encontrarle el sitio a esa fecha, que es lo único que mi cabeza sabe hacer con ella, lo que lleva años haciendo sin que yo lo supiera: no encontrarle el sitio, dejarla suelta, no dejar que aterrice en ningún día concreto de mi propia vida.

14. La habitación

Me despierto de pie.

En el pasillo, a oscuras, con la mano derecha en el pomo de la puerta que no abro. La mano ya está ahí cuando la cabeza llega. Ése es el orden esta noche, y empieza a ser el orden de casi todo: primero el cuerpo, en su sitio, haciendo lo suyo, y luego yo, un paso por detrás, alcanzándolo, como quien llega tarde a una habitación y encuentra las cosas ya movidas.

No sé cómo he venido. Lo último que tengo es la cama, las sábanas frías, dos palabras que no me dejaban dormir y que no repito. Después, nada. Un tramo cortado, igual que el de ayer con Elena, con la misma juntura limpia, sólo que el de ayer lo pasé sentada, delante de una fecha, y este lo he pasado andando: me he levantado dormida, he cruzado el dormitorio, el pasillo, he esquivado a oscuras la mesa del recibidor y la silla que sé que está donde está, he hecho todo el camino hasta aquí con la seguridad de un sonámbulo que sabe adónde va aunque no haya nadie despierto para dirigirlo, ni siquiera yo. El cuerpo tenía un destino esta noche y no me lo consultó. Y el destino era este. Esta puerta.

El reloj del horno, al fondo de la casa, marca las cuatro y veinte en verde.

Miro la puerta. Es una puerta como las demás, blanca, con su moldura, con su pomo redondo de latón que hace años no gira. La diferencia con las otras no se ve; está en mí. A esta no la abro. Lo decidí una vez, hace mucho, en algún momento de un invierno que no quiero fechar, y decidirlo una vez bastó para siempre: desde entonces el brazo no se levanta solo hacia este pomo, y yo no le he tenido que recordar nunca que no debe; era una de esas prohibiciones que el cuerpo aprende una vez y no vuelve a discutir. Salvo que ahora se ha levantado. Sin consultarme, mientras yo

dormía, el brazo ha hecho lo único que tenía prohibido, y la mano está puesta, cerrada sobre el latón frío, y noto —esto es lo que me despierta del todo, esto es lo que me trae de vuelta al cuerpo de golpe— que ya ha girado un poco. Un cuarto de vuelta, puede que menos. No sé cuánto llevaba ahí antes de que yo llegara. No sé si estaba abriendo o si sólo había llegado hasta el pomo y esperaba. No sé si, de haber tardado yo un minuto más en despertar, la puerta estaría abierta y yo estaría dentro, mirando lo que sea que hay dentro.

No abro.

Me quedo así, la mano en el pomo, sin terminar de girarlo y sin soltarlo, en esa frontera exacta donde el cuerpo ha llegado más lejos que nunca y yo lo he alcanzado justo a tiempo para pararlo. Detrás de la puerta no hay ningún ruido. Ninguno. Ni el aleteo, que estas noches está en todas partes, ni la casa, ni la caldera, ni nada; la puerta no respira, no tira de mí, no llama. No es una puerta embrujada, no hay nada al otro lado que me quiera dentro. El que me quiere dentro está de este lado, es mío, es el brazo que se ha levantado solo. Y lo que más miedo me da, ahora que lo pienso aquí de pie a las cuatro y veinte, con la mano en un latón que no se calienta, es que no consigo recordar qué hay al otro lado. Hace tanto que no la abro que por dentro ha dejado de ser una habitación con cosas concretas, con muebles que yo podría enumerar, y se ha vuelto un blanco, un cuarto sin contenido, una palabra tapada con la mano de la que sólo queda el hueco. Sé que ahí dentro hay algo que era mío. Con toda mi vida hecha de saber exactamente qué hay en cada sitio, de datar, de nombrar, de no dejar una casilla vacía, hay una puerta en mi propia casa detrás de la cual no sé qué guardo, y no lo sé porque yo misma me he borrado el saberlo, y esa es la única cosa que he borrado bien en toda mi vida.

El dorso de la mano, el de la quemadura, me tira. Aquí, delante de esta puerta, me tira siempre más, la piel pálida que se estira como si le quedara cerca la cosa que la hizo, como si la cosa que la hizo

estuviera al otro lado del latón y la piel se acordara aunque yo no. No me lo explico y no me lo pregunto. Hay una lista de cosas que no me pregunto y crece cada día, y en lo alto de la lista, desde hace años, está lo que hay detrás de esta puerta; y esta noche subo a esa lista una entrada nueva, la escribo mentalmente al lado de las otras: por qué mi cuerpo, cuando yo no lo vigilo, cuando le suelto las riendas ocho horas para dormir, viene aquí, a este pomo, y empieza a girarlo. Adónde cree que va. A qué cree que llega.

Suelto el pomo. Lo hago despacio, dedo a dedo, primero el meñique, como se suelta algo que uno no quiere que note que lo ha soltado, no vaya a ser que el latón, o lo que hay detrás del latón, se dé cuenta. La puerta se queda como estaba, cerrada, con su moldura y su latón y su cuarto de vuelta que devuelvo yo a su sitio girando el pomo al revés, con cuidado, hasta el tope, para dejarlo como estaba. Guardando su blanco.

Vuelvo por el pasillo. No enciendo. Conozco la casa a oscuras mejor que con luz; con luz vería la puerta, y a oscuras sólo la sé, que es más fácil.

En la cama me pongo dos dedos en la muñeca, no porque el corazón esté disparado —no lo está, va lento, va como el de alguien que lleva rato despierto sin saberlo—, sino porque contarlo es la manera que tengo de volver a ser yo, de recolocarme en mi propio cuerpo después de que se haya ido sin mí a hacer recados que no me cuenta. Cincuenta y ocho. Cincuenta y nueve. Cuento despacio hasta que el número y el pulso vuelven a ser la misma cosa, hasta que la mano que cuenta y la muñeca contada son otra vez de la misma mujer, hasta que vuelvo a caber entera dentro de mí.

Faltan dos días para el catorce. Me digo eso, que es una fecha con la que sí sé qué hacer, una fecha que va por fuera, en el calendario de la pared, en un círculo rojo, no detrás de una puerta; y me agarro a ella para dormirme, de espaldas al pasillo, dándole la espalda a la puerta que no he abierto y que mañana, cuando me levante, con la

luz del día y el pulso mío, volveré a pasar de largo como todas las mañanas, como si esta noche no hubiera venido, dormida, a ponerle la mano encima.

15. Nuria miente bien

Los mensajes de Nuria han cambiado de forma, y a mí las formas me dicen más que los contenidos, porque el contenido lo elige uno y la forma se le escapa.

Hasta ahora eran cortos, de guardia, disparados en un descanso entre caja y caja: ¿has comido, has dormido, no vengas al Instituto. Metralla de cariño, escritos con el pulgar y sin releer. Desde ayer son otra cosa. Más largos, más pensados, con la sintaxis colocada, con las comas en su sitio, como si en vez de escribirlos deprisa los hubiera redactado, borrado, vuelto a escribir. Eso me hace levantar la cabeza, aunque no sé todavía por qué. Un mensaje redactado es un mensaje que teme algo. Nuria escribe deprisa cuando está tranquila y despacio cuando no, igual que declara deprisa el que dice la verdad y despacio el que la construye, y llevo toda la vida oyendo declarar. La tarde del doce me llega uno que ni siquiera es un mensaje. Es un correo. Nuria no me manda correos desde que dejé de trabajar, desde que dejamos de tener un asunto que tratar por escrito.

> **De:** Nuria Belmonte **Para:** Vera **Asunto:** el 14
>
> Vera, he estado pensando y te lo pido en serio, aunque sé que vas a hacer lo que te dé la gana, como siempre.
>
> Esta noche, el 12, deja los siete. No los toques el 13 ni el 14. Dos días. El mundo no se acaba porque pares dos días; te lo digo yo, que llevo un mes cerrando cajas de muertos y aquí sigo.
>
> El 14 por la mañana te vienes a mi casa y te quedas. No me preguntes para qué. Hago algo de comer, no hablamos de casos, ponemos una película mala. Si no quieres venir tú, voy yo a por ti y te traigo. Ese día no lo pasas sola en esa casa, Vera. Ese día es mío. Déjamelo.

No me contestes que no por escrito. Llámame y dímelo, que te oiga la voz.

N.

Lo leo dos veces. *Ese día es mío. Déjamelo.*

Lo entiendo enseguida, o creo que lo entiendo, que no es lo mismo pero esa tarde a mí me lo pareció. Nuria tiene miedo. Le he contado lo del catorce, le he dicho que él vuelve ese día, y Nuria, que me quiere y que no cree del todo en mi asesino pero sí cree del todo en que a mí me pasa algo los días señalados —lo ha visto otras veces, me ha recogido otras veces de otras fechas—, ha decidido montar guardia. Quiere tenerme controlada el catorce, lejos de las cajas, con una película mala y un plato de comida, para que la fecha me pille en su sofá y no en mi mesa. Es lo que haría una buena amiga con alguien que se le tuerce en las fechas. Es Nuria cuidando, un poco más fuerte que de costumbre porque esta fecha le da más miedo que las otras, y con razón, porque yo también le tengo a esta más miedo que a las otras, aunque por motivos que le he dicho y motivos que no.

Eso es lo que leo. La lectura es limpia, encaja pieza con pieza, y me quedo con ella, porque encaja y porque es cómoda, y no vuelvo sobre ella para ver si hay otra lectura que encaje igual de bien y sea peor.

La llamo, como me pide, que me oiga la voz.

—Vale —le digo—. El catorce voy a tu casa.

Se le nota el alivio hasta en cómo suelta el aire, un alivio grande, desproporcionado para una película mala y un plato de comida.

—¿En serio? ¿Sin peleas?

—Sin peleas. —No le digo que pienso ir un rato y luego irme, que el catorce es el día y yo el día no lo paso en un sofá; que a media mañana, cuando ella esté haciendo la comida, encontraré una excusa y me iré a donde tenga que estar. Se lo digo por dentro, no por fuera. A Nuria hay cosas que se le dicen sólo por dentro, y esta es una, y no me pesa mentirle porque llevo mintiéndole de esta manera pequeña desde hace meses y las dos hemos hecho de esas mentiras pequeñas el suelo sobre el que nos queremos.

Hablamos un poco. De nada. De la auditoría, que termina el dieciséis y la deja libre por primera vez en un mes; del frío, que este año se ha metido pronto. Y cuando ya nos vamos a despedir, con esa ligereza falsa de quien deja lo que de verdad quería preguntar para el final, para que parezca que se le ocurre ahora, Nuria dice:

—Oye, una cosa de bichos. Tú que sabes.

—Dime.

—Si quisiera que una hembra saliera un día concreto. Exacto. No «esta semana», no «por San Valentín». Un día. ¿Se puede afinar tanto?

Y aquí, por un momento, soy feliz, con la parte de mí que todavía disfruta de saber esto, de que alguien me pregunte algo que sé, de ser útil en la única lengua que hablo entera.

—Se puede afinar mucho —le digo—. Si empiezas con tiempo y controlas el fotoperiodo y la temperatura, la horquilla se te queda en un par de días. Y si ya la tienes empupada y a punto, en la recta final ajustas con el calor: un grado más y adelantas, un grado menos y frenas. Es como llevar un huevo al punto: al final todo está en el último minuto. Con una pupa madura y buen pulso con el termostato, le clavas el día que quieras. ¿Para qué quieres tú clavar un día?

—Cosa del laboratorio —dice, sin pensarlo, demasiado rápido para lo despacio que ha preguntado, con la respuesta ya puesta antes de la pregunta—. Una demostración para los de prácticas, que empiezan tarde este año. Quiero que les salga la mariposa el primer día de clase, para el efecto. Ya sabes cómo son los críos.

—Ya. —Y le doy dos o tres detalles más, el margen que hay que dejar por si se adelanta, cómo se nota que una pupa está a punto por el color, que se oscurece, que se transparentan las alas plegadas dentro, porque me lo pregunta y porque enseñar es de las pocas cosas que hago sin hacerle daño a nadie. Le explico cómo se clava una fecha. Con gusto. Con todo el detalle. Le pongo en la mano, pieza a pieza, la manera exacta de sacar una polilla viva el día que ella elija, y me siento bien haciéndolo, útil, maestra otra vez de mi mejor alumna, y no se me ocurre preguntarme qué día ha elegido ni por qué una demostración para críos necesita esa precisión de relojero.

Colgamos.

Por un momento —medio segundo, no más— algo en la conversación me suena mal. Es un ruido de fondo, como una nota desafinada en una orquesta que no sabes cuál es pero oyes. La pregunta llegó demasiado al final, disfrazada de casual, y una pregunta que se disfraza de casual casi nunca lo es; eso lo sé, es de las primeras cosas que aprendí leyendo a la gente, que lo importante se dice siempre con la mano en el pomo de la puerta, de salida, como quien no quiere darle importancia a lo único que le importa. Y la demostración para los de prácticas… Nuria nunca ha dado esas demostraciones. Las doy yo. Las daba yo. Ella asistía, tomaba notas, aprendía. Una demostración de eclosión forzada es cosa mía, de mi época, y que Nuria hable de darla ella, con esa naturalidad, es una nota que no está en la partitura.

Descarto la idea antes de terminar de pensarla. La descarto con una facilidad que debería alarmarme y no me alarma. Es Nuria. A Nuria

la leo desde hace años, la formé, la vi convertirse en alguien que no aparta la cara, y Nuria no tiene dobleces; es la única persona de mi vida que no tiene dobleces, la única a la que no le busco el segundo fondo porque sé que no lo tiene, la única cuyo silencio no me pongo a leer. Si pregunta por una mariposa es por una mariposa. Si quiere el catorce es porque me quiere. Pensar otra cosa de Nuria sería como sospechar del suelo por si un día decide no estar, y una no puede vivir sospechando del suelo; hay que dar por bueno el suelo para poder pisar, y Nuria es mi suelo.

Vuelvo a los siete. No los dejo, aunque me lo haya pedido; el catorce corre y no voy a parar dos días justo ahora, faltando lo que falta. Pero le hago caso en una cosa, sin darme cuenta de que le hago caso: aparto un momento la vista de la mesa y miro el móvil, el correo suyo todavía abierto, *ese día es mío, déjamelo*, y pienso que tengo suerte, que en medio de todo esto tengo la suerte de tener a alguien que quiere para sí un día malo mío sólo para que no lo pase sola, alguien que me hace tortillas y me cuenta las mariposas y me reclama las fechas peores. Poca gente tiene eso. Yo lo tengo.

No pienso en lo otro. En que llevo toda la vida leyendo a los muertos por lo que callan, sacándoles la verdad a los que ya no pueden decírmela, y que la única persona a la que nunca le miro lo que calla, la única a la que le doy por buena cada palabra sin pasarla por el tamiz que le paso a todo lo demás, es la que tengo enfrente, viva, mintiéndome bien, por mi bien.

16. El descartado

El cajero donde murió Rubén Salas sigue en su esquina de la parte vieja, y esta mañana del trece de enero hace dentro el mismo frío que lo mató.

He venido andando. Es de las pocas de los siete que puedo visitar a pie, porque Rubén murió cerca, en el centro, entre gente, a doscientos metros de tres cafeterías con la calefacción puesta y los cristales empañados de vaho por dentro. Es una esquina de las de siempre, de las que uno cruza mil veces sin mirar: una farmacia, una tienda de móviles, y el cajero, ese cubículo acristalado que los bancos ponen en los portales de sus oficinas cerradas para que la gente saque dinero de noche y que, sin querer, es lo más parecido a un refugio con calefacción que ofrece una ciudad a quien no tiene otro. Empujo la puerta de cristal —esas puertas que se abren con cualquier tarjeta, con la primera que llevas en la cartera, hechas para que uno saque dinero, no para que uno viva, aunque alguna gente viva en ellas porque no hay otro sitio que se abra con una tarjeta caducada—, y dentro está el cubículo de siempre: el terminal, el suelo de gres, el cartel de horario, y en un rincón, contra el radiador que no funciona y que quizá nunca funcionó, el sitio donde Rubén Salas se echó a dormir una noche de febrero con la mínima en seis bajo cero, buscando un cobijo que resultó no serlo.

Saco su carpeta. Es la más fina de las siete.

> **EXPEDIENTE CF-0338 — extracto Filiación:** Salas, Rubén. 34 años. Sin domicilio conocido. **Fecha de la muerte:** 3 de febrero de 2018, madrugada. **Lugar:** vestíbulo de cajero automático, donde pernoctaba. **Causa:** hipotermia. Ola de frío; mínima de -6 °C. **Circunstancias:** hallado a primera hora por un cliente. Sin signos de violencia. **Identificación:** tardía. Nadie reclamó el cuerpo. Inhumado

por el ayuntamiento. **Etiología:** accidental, por exposición. **Resolución:** diligencias archivadas.

Nadie reclamó el cuerpo. Cuatro palabras. Un hombre de treinta y cuatro años se muere de frío a doscientos metros de tres cafeterías calientes, y cuando por fin le ponen nombre —tardaron, porque un hombre sin domicilio conocido no tiene huellas en ningún sitio útil, no vota, no cotiza, no falta en ningún trabajo del que llamen a preguntar—, cuando por fin averiguan que se llamaba Rubén Salas y que tenía treinta y cuatro años, no hay nadie al otro lado del nombre. Ni una madre, ni un hermano, ni una exmujer con rencor, ni un compañero de trabajo, ni un casero al que le debiera el mes. Treinta y cuatro años de vida y ni una sola persona a la que llamar. Lo entierra el ayuntamiento en la fosa común de los que no son de nadie, con un número, y ese entierro pagado por todos y por nadie es la manera que tiene una ciudad de decir que este hombre no le importaba a la ciudad, que era de sobra, que se podía descontar.

La hipotermia, además, no es una muerte fea. Esto la gente no lo sabe y yo sí: el que se muere de frío, en la última fase, deja de tener frío. El cuerpo se rinde, la sangre se retira a proteger el centro, y llega un momento en que el que se congela siente calor, un calor falso, y hay quien se quita la ropa creyendo que se abrasa. Rubén, a lo mejor, se murió creyendo que por fin había entrado en calor, en ese cajero helado, contra ese radiador roto. Es lo único bueno que puedo decir de cómo se fue, y lo digo, porque de Rubén hay que decir todo lo bueno que se pueda, que es poco.

Me quedo de pie en el rincón del radiador roto, con el frío subiéndome por los pies desde el gres, un frío que se mete por la suela y sube, y pienso en él. En cómo lo eligió.

Porque a Rubén lo eligió, y ahora, con los siete casi cerrados, empiezo a ver por qué a estos y no a otros, qué tienen en común los que un asesino junta. Él no mata a cualquiera. No entra en una casa cualquiera a buscar a una persona cualquiera con una vida por

delante, con hijos que la esperan, con un lunes al que volver. Él elige a los que ya se están yendo. A los que el mundo ha soltado antes de que se mueran, a los que la ciudad ha descontado en vida. Una anciana a la que nadie visita en seis días. Un chico de dieciséis al borde de un acantilado con un dolor que nadie le vio. Un hombre que duerme en un cajero con la mínima en seis bajo cero y al que la gente rodea sin mirar. Los que se iban a morir igual, esa misma noche o la siguiente, solos y sin que nadie mirase, los que ya estaban medio muertos de la única muerte que de verdad mata, que es la de no importarle a nadie.

Y a esos —esto es lo suyo, esto es lo que ningún juez va a entender nunca, lo que no cabe en ninguna ley— no los mata para quitarles nada, porque no tienen nada que quitar. Los mata para que no se mueran como iban a morirse: sin testigo. Se sienta con ellos. Está. Les hace compañía en el único minuto en que la compañía ya no sirve para nada salvo para lo único que de verdad importa, que es no estar solo. Y cuando acaba, les deja algo hermoso encima, una mariposa, una crisálida, lo que sea, para que la primera cosa que vea el que los encuentre no sea la indignidad de un cuerpo tirado en un cajero, sino que alguien estuvo, que a alguien le importó lo suficiente como para colocarlo bien, como para coronarlo.

A Rubén le dejó una crisálida en el bolsillo del abrigo. Cerrada, todavía sin abrir, marrón, una promesa de mariposa que nunca iba a salir, porque las crisálidas no salen dentro de un bolsillo, en el frío, en un muerto. En el bolsillo, pegada al pecho, donde se guarda lo que uno no quiere perder, la cartera, las llaves, las cosas de una vida con puertas que cerrar. No se la puso en la mano ni sobre la cara, como a los demás; a Rubén, que se pasó la vida con los bolsillos vacíos, sin llaves de ninguna puerta, sin cartera que cuidar, le puso algo en el bolsillo. Le dio, para el otro lado, la única cosa que no tuvo en este: algo suyo en el bolsillo, algo que llevarse.

Lo pienso y me doy cuenta de que llevo un rato hablando de él con una ternura que no le pongo a casi nada, a casi nadie, ni siquiera a

los vivos. Y me doy cuenta de otra cosa, aquí de pie en el frío que mató a Rubén: que a veces ya no lo pienso como a un hombre. Un hombre tiene cara, tiene coche, tiene una casa a la que volver después de dejar una crisálida en el bolsillo de un muerto. A este no le veo la cara. Lo he perseguido meses y no le he puesto nunca una cara, ni un cuerpo, ni una manera de andar. Cuando intento verlo, cuando cierro los ojos y trato de imaginármelo saliendo del cajero al frío de febrero, no hay un hombre; hay una manera de estar con los que se mueren solos. Una manera de que nadie se vaya sin que alguien mire. Eso es lo que persigo. Ahora lo sé decir. No persigo a un asesino. Persigo una forma de no dejar solo a nadie en el último minuto, y la persigo con toda mi alma, y no me pregunto por qué se persigue con el alma una cosa así.

El frío del cajero es el que necesito no sentir, y lo siento. Me subo el cuello del abrigo. Fuera pasa la gente de un trece de enero cualquiera, con sus prisas y sus cafés para llevar, por delante de la puerta de cristal, sin entrar, sin mirar dentro, exactamente igual que pasaban la noche que Rubén se quedó quieto contra este radiador y el frío le subió por los pies como me sube a mí ahora. Nadie entró entonces. Nadie entra ahora. La ciudad tiene una habilidad enorme, casi un talento, para no ver lo que se muere despacio en sus esquinas, para pasar de largo por delante del cristal, para que lo que ocurre en un cajero a las cuatro de la madrugada no ocurra del todo porque nadie lo mira.

Guardo la carpeta. En el bolsillo del abrigo, el mío, llevo lo que traigo siempre estos días por si acaso, envuelto en un pañuelo para que no se estropee con el roce, y al meter la mano para guardar el expediente lo rozo, noto el bulto blando entre el pañuelo, y no lo saco, y no lo miro, y lo dejo ahí, con las cosas que estos días llevo encima sin querer saber para qué las llevo.

Mañana es catorce. Salgo del cajero al frío de la calle, que después del de dentro casi parece templado, y desde la acera me vuelvo una vez a mirar el rincón del radiador roto a través del cristal, el sitio

donde un hombre se murió sin que nadie mirara, que es la única muerte que de verdad no soporto: la que nadie mira. Todas las demás las aguanto. He aguantado miles. Puedo mirar cualquier cosa que le hayan hecho a un cuerpo, cualquier horror, con la mano firme y la cabeza fría. Pero un muerto que se murió sin que nadie lo mirara, esa no la aguanto, esa me deshace, y no sé de dónde me viene una excepción tan concreta en una mujer que no tiene ninguna otra.

Y no me pregunto por qué esa no.

17. Foto 07:52

Necesito una foto de una luna bien puesta.

Es para la séptima. Mañana es catorce y a la niña le falta la mariposa, y antes de ponérsela quiero tener delante una buena, una hembra con las alas del todo abiertas y la orientación correcta, para que la descripción no me falle, para que cuando la escriba en la ficha sea una descripción y no un recuerdo. Tengo cientos. Años de hembras verdes contra fondos oscuros, cada una con su día y su hora al pie, ordenadas en el móvil como un archivo, que es lo que son: mi archivo particular, mi cementerio de bolsillo, la fila de todas las que he criado y visto morir. Abro la carpeta y deslizo hacia atrás buscando una en la que la postura sea limpia, las cuatro colas enteras, los ocelos simétricos, la que sirva de patrón.

Voy pasando. Verde tras verde. Invierno, verano, invierno. La misma polilla repetida en años distintos, siempre de noche, siempre contra el negro del terrario, siempre igual y nunca la misma, ochenta lápidas verdes con su fecha. El pulgar sube solo, deprisa, con el gesto automático de quien pasa fotos sin mirarlas del todo.

Y otra vez, como en Nochevieja, aparece la que no es igual.

La de la mañana. La de la luz de verdad entrando de lado, la polilla sobre algo claro con el sol de un día que no es de estudio ni de jaula, el sol que no vuelve a salir en ninguna otra de las ochenta. En Nochevieja la cerré antes de mirarla, con el mismo tirón con que se retira la mano de lo que quema. Ahora, no sé por qué —quizá porque estoy cansada, quizá porque la víspera del catorce me tiene la guardia baja—, con el pulgar ya encima para cerrarla, se me quedan los ojos medio segundo de más en la esquina de la pantalla, donde la aplicación pone el dato que yo misma le enseñé a poner, la fecha y la hora de cada foto, porque una foto sin hora, para mí, no vale nada, porque la hora es lo primero que le pido a todo.

8 de agosto de 2019. 07:52.

Cierro la foto con violencia. El pulgar da un golpe seco contra el cristal, la pantalla salta a otra cosa, a la cuadrícula, al verde de las otras, y el móvil se me va de la mano al borde de la mesa y lo agarro antes de que caiga sin saber que lo estoy agarrando, con un reflejo que llega antes que yo.

Siete y cincuenta y dos.

Yo leo horas. Es lo que soy, lo único que soy sin discusión. Le miro a un cuerpo la fauna que lleva encima y le digo la hora a la que empezó a estar muerto, con un margen de nada, y no me equivoco, no me he equivocado nunca en un juicio, porque las horas no mienten y yo sé leerlas mejor que nadie de este país. Toda mi vida es eso: coger una hora que nadie ve, una hora escondida entre larvas y grados, y ponerla limpia sobre la mesa de un juez. Y aquí hay una hora, las siete y cincuenta y dos, escrita por mí, con mi mano, en mi propio archivo, en mi propio teléfono, y es la única hora del mundo que no consigo leer. La miro y no me dice nada. La miro y se me apaga la parte de la cabeza que lee horas, esa que no se apaga nunca, esa que funciona incluso cuando todo lo demás falla, como si esa hora en concreto tuviera un hueco donde debería tener significado, un blanco exacto, del tamaño de un minuto, igual que el blanco del otro lado de la puerta que no abro. Dos blancos en mi vida, del mismo blanco. Una hora y una habitación. Y por primera vez, muy de lejos, sin dejarlo llegar, se me pasa por algún sitio que a lo mejor son el mismo blanco, que a lo mejor la hora y la habitación son las dos puertas de un mismo cuarto.

Me llevo dos dedos a la muñeca. Es lo que hago. Cuento para volver.

No vuelvo.

El número está alto, muy alto, más de lo que lo he tenido nunca delante de un papel, y por primera vez ni lo termino de contar, porque contar no sirve, porque la cuenta ya no me trae de vuelta a

ningún sitio, porque el sitio al que me traía ya no está donde estaba. La herramienta que llevo toda la vida usando para recolocarme dentro de mí misma se me ha quedado en la mano, muerta, como un termómetro roto que marca cualquier cosa menos la temperatura. Respiro por la nariz, cuatro tiempos. No baja. Cuento estadios, primero, segundo, tercero. No baja. Digo en voz alta, a la habitación vacía, la temperatura que hace, dieciocho grados, para agarrarme a un dato verdadero, a un número que sí sé de qué es, y el dato está ahí, y es cierto, y no me sujeta, se me escurre como se escurre todo esta noche.

El dorso de la mano derecha, la que sostiene el móvil, me tira tanto que me lo cambio a la otra mano. La piel pálida de la quemadura, estirada, caliente por dentro, como si acabaran de hacérmela ahora mismo, como si la cosa que la hizo no estuviera a seis años y medio de distancia sino a siete y cincuenta y dos, ahí mismo, del otro lado de la pantalla que acabo de cerrar.

Pongo el móvil con la pantalla contra la madera. No lo meto en el cajón, no lo apago; sólo lo giro del revés, para que esa foto deje de mirarme desde debajo del cristal, porque tengo la sensación absurda de que la foto me mira, de que la mañana de sol que hay guardada ahí dentro está esperando a que yo la abra. Y me quedo muy quieta, con las manos planas sobre la mesa, sintiendo la madera fría bajo las palmas, esperando a que el corazón se canse solo ya que no voy a poder convencerlo yo.

No me pregunto qué hice a las siete y cincuenta y dos de aquella mañana. No me lo pregunto igual que no abro la puerta del fondo: por decisión vieja, por costumbre del cuerpo, porque hay una hora en mi vida que aprendí a no leer, la única, y llevo años sin leerla, y no voy a empezar hoy, la víspera del catorce, con la niña todavía sin su mariposa y el reloj corriendo.

Pero la hora se queda. Boca abajo, debajo de la mesa, contra la madera, apagada, sigue ahí, marcando, como marcan las cosas que

uno esconde, que no dejan de estar por estar tapadas. Y por primera vez desde que empezó todo esto tengo la sensación —no la idea, la sensación, que es peor, que llega antes, que llega por debajo de las palabras— de que la fecha que me importa no es la que tengo redondeada en rojo en la pared, la que cuento hacia atrás cada noche, la del asesino.

Es la otra.

La que no leo.

18. El plazo

La unidad de Vidal, de noche y a medio desmontar, ya se parece a lo que va a ser dentro de tres días: nada. Las estanterías, vacías, con las marcas del polvo donde estuvieron las carpetas, rectángulos limpios sobre el metal sucio, la huella de lo que hubo. Las cajas, apiladas junto a la puerta, selladas con cinta y firmadas una por una con la letra de Vidal, listas para el furgón que se las llevará al archivo general, a criar polvo en una estantería que ya no visita nadie. Han quitado hasta los carteles de las paredes; queda un calendario del año pasado colgado de una chincheta, olvidado, y el reloj de pared, que sigue andando para nadie. Sólo queda encendido el flexo de su mesa, un charco de luz amarilla en una sala que se apaga por partes.

Me ha hecho venir él, con un mensaje de dos líneas: que pase esta noche, que es la última que la unidad existe como unidad, que hay cosas que se dicen mejor sin gente delante y sin luz de día. Vengo con la cabeza todavía a las siete y cincuenta y dos de una mañana de hace seis años, arrastrando esa hora como quien arrastra un pie dormido, notándola detrás de cada pensamiento, y me obligo a dejarla en la puerta, en el felpudo, porque delante de Vidal no puedo permitirme ir arrastrando nada; delante de Vidal hay que ir entera o no ir.

Está guardando lo último de su mesa en una caja pequeña, de zapatos, y es una imagen que me quedo mirando más de lo que debería: veintiocho años de un hombre cabiendo en una caja de zapatos. Una taza con un escudo de un equipo. Un abrecartas de latón. Un marco que, al meterlo, gira hacia sí para que yo no vea la foto, un gesto rápido, de pudor, de quien no enseña a quién tiene o tuvo. Un paquete de pañuelos de papel. Un cargador. Poco más. Cuando entro, para, y deja la caja como si le diera vergüenza que lo pillara recogiéndose.

—Gracias por venir, doctora. Siéntese, si encuentra dónde.

Encuentro una silla, la única que queda sin apilar. Él se queda de pie, con las manos apoyadas en la caja de sus cosas, y me lo dice sin rodeos, que es como se dicen las cosas de verdad y como se despide la gente que no sabe despedirse:

—El dieciséis por la mañana viene el furgón. Todo esto —señala las cajas con la barbilla— se va al archivo general y se cierra. Los siete, también. A partir del dieciséis usted ya no tiene expedientes que consultar, porque ya no hay unidad ni consulta ni sótano ni un servidor sentado aquí para dejarla entrar. Se acabó. Quería decírselo yo, esta noche, cara a cara, y no que se enterara usted un día de estos al plantarse en el portal y encontrarse la puerta con un candado y una placa quitada.

—El dieciséis —repito.

—El dieciséis.

Y hago la cuenta que hago siempre, la única que sé hacer últimamente. El dieciséis es dentro de tres días. Entre esta noche y el dieciséis hay dos días enteros. Pero entre esta noche y el catorce hay sólo unas horas, porque el catorce empieza a medianoche, dentro de nada, esta misma noche se convierte en el trece y el trece en la víspera. Así que el plazo de Vidal y el mío casi se tocan y no se tocan, corren en paralelo sin encontrarse: él me da hasta el dieciséis, un plazo de papel, administrativo, de furgón y de archivo; yo no necesito hasta el dieciséis. Yo necesito el catorce, que llega antes, que llega ya, y para el catorce me sobra todo el tiempo que a Vidal le parece que me está dando y me falta lo único que él no me puede dar, que no está en su mano ni en su furgón, que es que el hombre no venga.

—Me vale —le digo—. Con el catorce me vale.

Vidal me mira. Sabe que estamos hablando de dos calendarios distintos y que el suyo es de papel y el mío no, que cuando yo digo el catorce y él dice el dieciséis no estamos diciendo dos fechas sino dos idiomas. No entra. Está cansado de entrar; en el sótano, con el vial de Concha en la mano, entró todo lo que se puede entrar sin empujar, y no le sirvió de nada, y esta noche, la última, ya no lo intenta. Sólo cierra la caja de zapatos, mete la solapa por dentro.

—Doctora. El dieciséis se cierra la unidad. No se cierra ningún catorce, porque no hay ningún catorce, porque no hay ningún hombre que venga. —Levanta una mano, despacio, antes de que yo conteste—. No se lo discuto. Ya no. Lo intenté ayer y aprendí. Se lo digo para el acta que llevo yo por dentro, que también tengo la mía, la que no se archiva. Usted haga lo que tenga que hacer, que va a hacerlo con mi permiso o sin él. Pero que conste que un servidor, la última noche que esto fue algo, se lo dijo a la cara y sin subir la voz.

—Consta.

Se queda un momento en silencio, con la caja cerrada entre las manos, mirándola, y luego dice, en otro tono, más bajo, el tono con que se sueltan las cosas que uno no tenía previsto soltar y suelta al final, cuando ya se va, con la mano en el pomo:

—He hablado con la doctora Belmonte.

—Ya.

—Me ha dicho que el catorce lo pasa usted con ella, en su casa. —Me mira, y en la mirada hay un alivio de verdad, no de cortesía—. Me quedo más tranquilo, se lo confieso. No me gustaba la idea de usted sola ese día. Uno se pasa la vida ocupándose de muertos y al final aprende que a los que hay que cuidar es a los vivos que se quedan, que esos sí se pueden cuidar todavía.

Y ahí, con esa frase, se me coloca en su sitio una cosa que llevaba meses suelta, dando vueltas: aquella primera tarde, en esta misma

unidad, cuando bajé las escaleras con las siete bajo el brazo y lo vi a través del cristal de la puerta coger el teléfono fijo y marcar, despacio, un número que se sabía de memoria, a alguien que no era yo. A quién llamaba. Llamaba a Nuria. Llevan hablando de mí desde el principio, los dos, por encima de mi cabeza, con esa manera que tiene la gente que te quiere de organizarse a tus espaldas para que no te caigas, de repartirse las guardias sin decírtelo, de ser una red debajo de ti sin que tú veas la red. Debería molestarme. Debería, porque a mí que la gente decida cosas sobre mí a mis espaldas me ha sacado siempre de quicio. No me molesta. Esta noche, con la hora de las siete y cincuenta y dos todavía tirándome de la manga, casi agradezco que haya dos personas en el mundo haciendo turnos, una policía retirada y una entomóloga en activo, para que yo no me quede sola en una fecha.

Sólo que se equivocan de fecha. Los dos. Creen que la fecha mala es el catorce, la que Nuria me ha pedido para ella, la que Vidal respira tranquilo sabiéndome acompañada. Han montado toda su red debajo del catorce. Y yo, esta noche, por primera vez, ya no estoy tan segura de que la fecha mala sea el catorce, de que la red esté puesta debajo del día que hay que estar.

Pero eso no se lo digo. Ni a él ni a nadie.

—El catorce estoy con Nuria —le digo, que es verdad a medias, la mitad que lo tranquiliza—. No se preocupe.

—Bien. —Coge su caja de zapatos bajo el brazo, apaga el flexo, y la sala se queda del todo a oscuras salvo la luz de emergencia sobre la puerta, verde, esa luz verde que hay en todos los edificios para avisar de una salida, la única que no se apaga nunca—. La acompaño abajo. Es lo último que hago como jefe de esto: cerrar la puerta con usted dentro por última vez, y luego con usted fuera para siempre.

Bajamos las escaleras juntos, sin hablar, con el eco de nuestros pasos en un edificio que ya está medio muerto. En el portal deja la caja en el suelo un momento y me tiende la mano, cosa que no ha hecho nunca en todas las veces que he venido, y me la estrecha una vez, seca, corta, una mano grande y fría de haber estado apagando cosas.

—Cuídese el catorce, doctora. Y el quince. Y todos los que vengan detrás. —Suelta la mano—. A los muertos ya les hemos dado lo que se podía dar. Los siete, el hombre del piso, todos. Ahora tóquele a usted quedarse entre los vivos, que es lo más difícil que hay, más difícil que datar a un ahogado, y no lo enseñan en ninguna carrera ni lo firma ningún juez.

Recoge su caja, se mete otra vez en el edificio a apagar lo que quede, a cerrar lo último, y me deja en la acera con su plazo, el dieciséis, guardado en un bolsillo, y con el mío, el catorce, latiendo en el otro, los dos relojes andando a la vez y marcando horas distintas. Y sólo uno de los dos, lo sé mientras camino hacia el coche por la calle vacía, marca la hora que de verdad me va a alcanzar.

No es ninguno de los dos que llevo en los bolsillos. No es el dieciséis de Vidal ni el catorce mío. Es la otra. La de la foto. Las siete y cincuenta y dos de una mañana de agosto. Pero esa no cabe en ningún plazo, no tiene casilla, no la puedo redondear en rojo en ninguna pared, así que la dejo latir sola, en su bolsillo sin nombre, y me subo al coche con los dos relojes de mentira y arranco camino de casa, camino de una noche que ya, mientras conduzco, se está convirtiendo en la víspera.

19. La inconclusa

El aleteo ya no para.

Desde que he vuelto de la unidad, desde que he entrado en casa con la hora de las siete y cincuenta y dos todavía tirándome de la manga y las dos fechas de Vidal repartidas por los bolsillos, lo tengo dentro, constante, un golpeteo blando contra un cristal que no existe, del lado de dentro de la frente, sin ráfagas ya, sin pausas, como si la polilla que lo hace hubiera decidido que esta noche no descansa, que esta noche se queda conmigo hasta el final de lo que sea que va a pasar. La dejo aletear. Ya no me levanto a buscarla al cuarto de la luz, porque sé que no está allí, que no está en ninguna jaula, que el cristal contra el que bate no es de ninguna ventana de esta casa. No tengo tiempo de apagarla aunque supiera cómo. Tengo hasta el catorce, y el catorce, según el reloj del horno, ha empezado hace media hora.

Extiendo sobre la mesa lo de la séptima. No el expediente entero, que me lo sé de memoria; lo de identificarla, que es lo único que me queda por hacer con ella y lo único que no consigo. El informe de antropología, con la edad estimada por los huesos: entre veinte y veintiocho meses, una niña de alrededor de dos años, dos años y dos meses en el centro de la horquilla. El informe de la dentición. Y el odontograma, ese mapa de una boca de leche con sus veinte casillas, cada diente dibujado, presente o ausente, sano o no, la única boca que me queda por leer de las siete y la única que no me pide una hora, que a mí las bocas siempre me piden la hora, sino un nombre. Y la lista. La lista de Nuria, la de menores desaparecidas en la comunidad y en las de al lado, de 2019 a 2023, veintitantos nombres cruzados por edad y por fecha, cada uno con su ficha, algunos con su odontograma antemortem sacado del dentista de la niña, del pediatra, de la cartilla.

Empiezo por arriba. Es trabajo, identificar es trabajo, de los más limpios que hay, comparar una boca con otra boca, y el trabajo, aunque el aleteo no pare, todavía sé hacerlo. Es lo que hacemos con los que no tienen nombre: los comparamos con los que faltan, diente a diente, hueso a hueso, hasta que dos fichas encajan y un desconocido vuelve a ser alguien y una familia deja de esperar. Es de las pocas cosas buenas del oficio, devolverle el nombre a un muerto, la única que se parece a una resurrección.

Voy nombre por nombre. Cada niña de la lista que pudiera tener dos años en el rango de fechas, la coto contra los huesos de mi desconocida y contra su odontograma. Esta desapareció con cuatro años; los huesos dicen dos; no es. Esta con año y medio, encaja casi, pero apareció viva a los tres días en casa de la abuela; la tacho. Esta encaja en la edad, dos años justos, y me quedo un momento con ella, con su foto de ficha, una niña morena con un lazo, y la descarto por la dentición, porque a esta niña de la lista le faltaba un incisivo de leche, consta en su cartilla, se le había caído de un golpe en un columpio, y a mi desconocida ese incisivo está, blanco y entero, en su casilla del odontograma. Descarto. Descarto. Diente que no coincide, niña que tacho. La boca de mi niña no coincide con ninguna boca que alguien haya echado de menos y denunciado.

Es raro. Es más que raro. Debería coincidir con alguna. Una niña de dos años no aparece muerta en un talud sin que en algún sitio haya una madre que un día, en una comisaría, con las manos temblando, dijo *no está, mi hija no está*. Las niñas de dos años no se pierden solas, no se van de casa, no cogen un tren; alguien las pierde, o alguien las lleva, y en cualquiera de los dos casos hay alguien. Y sin embargo recorro la lista entera, dos veces, tres, comparo cada odontograma antemortem con el mío, y ninguna de las que faltan es la que tengo en los huesos. Como si a mi desconocida no la hubiera echado de menos nadie. Como si nadie hubiera ido nunca a ninguna comisaría a decir que faltaba. Como si esta niña no le faltara a nadie, no porque no le importara a nadie —que a Rubén no le importaba a nadie y aun así el ayuntamiento lo enterró—, sino por

algo peor, algo que no sé nombrar, algo que tiene que ver con que su falta no esté denunciada en ningún sitio salvo aquí, en esta mesa, en mí.

El reloj del horno marca la una y diez. El aleteo, dentro, más fuerte, subiendo con el fracaso.

Y hago entonces una cosa que no está en ningún protocolo de identificación, una cosa que no se hace, que ningún antropólogo forense haría a la una de la madrugada delante de un odontograma: empiezo a probarle nombres. En voz alta. A ver cuál le sienta. Como se le prueba un abrigo a un niño para ver si le está bien.

Le digo nombres de la lista, los que descarté, sólo por oír cómo suenan puestos sobre ella, sobre la boca de leche del dibujo. Nombres de niña de dos años, nombres que en 2019, en 2020, alguien eligió con ilusión, escribió en un registro, bordó en un babero, para una cría que luego se perdió. Los digo despacio, uno a uno, en voz baja, a la habitación vacía, mirando el odontograma como si la boca de leche fuera a moverse, a contestarme que sí a alguno. Ninguno le sienta. Ninguno es el suyo. Lo noto como se nota que una llave no es de una cerradura: entra en el bombín, hace por girar, y no gira, se queda a medio camino.

Y entonces, en algún punto de la lista, en el silencio entre un nombre descartado y el siguiente, va a salirme otro. No de la lista. De otro sitio. Un nombre que no está en ningún papel de esta mesa, que no está en la lista de Nuria, que no lo ha escrito nadie aquí, y que sube solo, por su cuenta, desde muy abajo, desde donde suben las cosas que una tiene guardadas con llave, y sube por la garganta, y llega hasta la boca, hasta la lengua, hasta los dientes, hasta el borde mismo de decirse, dos sílabas, ya casi las dos sílabas—

Y no lo digo.

La boca se me para. Se cierra sola, los labios se juntan por su cuenta, con la misma decisión con que el brazo no se levanta hacia

el pomo. Igual que se me paró la mano con Elena a media palabra, igual que se me apagaron los ojos con la hora de la foto, ahora es la boca la que se cierra sobre un nombre que no llego a oír porque no dejo que salga, que no sé cuál es porque no permito que se termine de formar, un nombre con la forma de un hueco, del mismo hueco que hay detrás de la puerta y dentro de la hora de las siete y cincuenta y dos. Tres huecos ya, con la misma forma exacta. La mano, los ojos, la boca: tres cosas mías que se apagan solas en el mismo punto, ante la misma cosa. Y una parte de mí, la parte que cuenta y cruza y no se deja engañar por un grado, la forense que sigue trabajando debajo de todo esto, apunta eso, fríamente, en algún sitio donde no lo veo pero lo escribe: *demasiados huecos iguales. Eso significa algo. En un cuerpo, tres marcas iguales en tres sitios distintos significan siempre lo mismo: que las hizo la misma cosa. Los huecos iguales siempre significan que falta la misma pieza.*

Cierro la boca del todo. Trago el nombre sin oírlo, lo empujo hacia abajo, de vuelta a donde subió. El aleteo, un instante, se hace ensordecedor, llena la casa entera por dentro de mi cabeza, y luego baja, despacio, como si le hubiera dado lo que quería con sólo llegar al borde, como si el aleteo sólo pidiera eso, que el nombre llegue hasta los dientes, y se conformara con no dejarlo salir.

La una y media. El catorce, andando.

Aparto la lista. La séptima se queda otra noche sin nombre, la inconclusa, la única de las siete a la que no consigo darle lo primero que se le da a un muerto, antes que la hora, antes que la mariposa: saber quién era. No puedo ponerle la mariposa hasta que tenga nombre; no se corona a una desconocida, se corona a alguien, y una niña sin nombre no es todavía del todo alguien, es un hueco con forma de niña. Así que la mariposa que llevo estos días en el bolsillo, envuelta en el pañuelo, sigue esperando, y la niña sigue esperando, y yo, que le he puesto la hora a cientos de muertos, que he devuelto decenas de nombres a decenas de familias, sigo sin poder darle a

esta lo único que me pide, lo único que sé hacer y con ella no puedo.

Miro el círculo rojo del catorce en la pared. Ya no quedan casillas debajo. Se acabaron. Es hoy.

No me acuesto. Me quedo delante del odontograma, delante de esa boca de leche con todos los dientes en su sitio, sana, entera, ningún incisivo de menos, y ningún nombre encima; y delante de la lista de todas las niñas que a alguien le faltan y que no son la mía. La parte fría de mí ya lo ha apuntado y no lo suelta, me lo repite: falta la misma pieza en demasiados sitios de esta casa. A las dos de la madrugada del catorce, con el aleteo dentro convertido ya casi en un ruido más de las paredes, en un latido de la casa, sigo sentada delante de una niña sin nombre que empiezo a no soportar no poder nombrar, con un nombre atragantado que no me dejo oír, sabiendo que esta noche no voy a dormir, y sin dejarme mirar todavía, de frente, lo que alguna parte de mí ya ha decidido hacer con ella antes de que amanezca.

20. Fenoll, segunda nota

CENTRO MÉDICO [—] · Dra. E. Fenoll · Psiquiatría
Registro de contacto no programado Paciente: V. S. (no presente). Madrugada del 14 de enero, 01:20.

Me llama N. B. a hora intempestiva. La noto serena por fuera y decidida por dentro, que en ella es más preocupante que si llorara. Habla en voz baja, como quien no quiere despertar a nadie, aunque está sola. Dice que no me llamaría a esta hora si no estuviera segura de lo que va a hacer.

Motivo: el estado de la paciente en las últimas horas. No duerme desde hace días, no responde a mensajes, mantiene actividad continua en torno a «los casos». Refiere N. B. episodios recientes de desconexión —lagunas breves de las que la paciente no da cuenta— y conductas automáticas nocturnas. Nada de esto me sorprende. Era lo previsible en estas fechas: se aproxima el aniversario desplazado.

Dejo constancia del marco, para el historial y para quien lea esto después de mí. La paciente llegó a mi consulta hace tres años, derivada, tras una pérdida que no ha podido nombrar en más de setenta sesiones. No puede situar esa pérdida en su fecha verdadera; le resulta, literalmente, inhabitable. En su lugar ha construido, con una arquitectura notable, una fecha sustitutiva —el 14 de enero— y sobre ella ha volcado todo el material que no puede dirigir hacia donde corresponde: la amenaza, el constructo persecutorio (un agresor externo al que atribuye la agencia de la pérdida), la urgencia. Vive el 14 como el día en que «él» va a actuar. En realidad es sólo el día que su duelo ha elegido para poder existir sin destruirla, un pararrayos de calendario: descarga por él lo que no puede descargar por el día que de verdad le duele. El cuerpo, sin embargo, no se engaña con la sustitución tan bien como la

conciencia; reconoce la proximidad de la fecha real, que se acerca disfrazada de la falsa, y responde. Por eso los síntomas somáticos se agravan según se acerca el 14. Riesgo de descompensación aguda en las próximas horas: alto.

N. B. me comunica que va a intervenir. Esta misma madrugada. No una intervención terapéutica en sentido estricto: una confrontación directa con el constructo, por medios propios, algo —dice— que sólo la paciente, con lo que es y con lo que sabe, no podrá seguir negando; algo elegido a la medida exacta de su inteligencia, que es lo que la hace peligrosamente eficaz. No me pide permiso. Me informa. Y me informa, entiendo, no para que la autorice, sino para que quede constancia, para no estar sola en el acta que las dos llevamos por dentro.

Le expongo el riesgo, que es real y grave: retirar de golpe un constructo que cumple función homeostática, sin un sostén que ocupe su sitio, puede precipitar un cuadro que no sepamos contener —desde una descompensación depresiva mayor hasta algo peor, que no escribo pero que las dos sabemos escribir. Y le expongo también lo que las dos sabemos y llevamos años sin decirnos en voz alta: que el sostén tampoco está funcionando. Que sostener, en este caso, ha sido sólo dejar que el edificio siga creciendo hacia arriba, planta sobre planta, sobre unos cimientos que no existen, y que un edificio así se cae solo tarde o temprano, y que quizá sea menos malo tirarlo a mano, con alguien mirando, que esperar a que se derrumbe una noche sin nadie delante.

Que conste con precisión, porque algún día alguien me lo preguntará y quiero haberlo escrito antes de que me lo pregunten: no prescribo la intervención de N. B. Y no la impido. N. B. va a hacerlo con o sin mi conformidad, porque quiere a la paciente más de lo que me teme a mí, y porque cree —puede que con razón— que el vínculo que ella tiene

con la paciente autoriza cosas que mi título no autoriza. Quizá acierte en no temerme. En tres años yo no me he atrevido a hacer lo que ella va a hacer esta noche.

Mi única indicación, la mínima que me permito y la única que sé que va a seguir: que N. B. no esté sola cuando ocurra, y que haya previsto, para después, quién recoge lo que quede. Sea lo que sea lo que quede. Que tenga un teléfono a mano. El mío, esta noche, encendido.

(Margen, no clínico. Llevo tres años eligiendo la espera y llamándola prudencia, y esta madrugada, mientras yo espero en camisón junto a un teléfono, alguien con menos títulos y más valor que yo va a dejar de esperar por las dos. Ojalá me equivoque en el riesgo. Ojalá se equivoque ella en todo lo demás, y no haya, debajo de todo esto, debajo del constructo y de la fecha y del pararrayos, lo que las dos tememos que hay, lo que ninguna de las dos ha dicho nunca en voz alta en tres años porque decirlo lo haría verdad.)

21. Vísperas

Nuria me dejó abierto el camino sin que yo tuviera que pedírselo.

Hace tres días, sin venir a cuento, en mitad de una conversación sobre otra cosa, me pasó el código nuevo del muelle del Instituto, el de la puerta de atrás, la que da a los frigoríficos y al depósito. «Por si alguna noche necesitas entrar a mirar algo sin que haya nadie», me dijo, como quien no quiere la cosa, como quien te da una copia de sus llaves por si acaso; y yo no le pregunté por qué me daba justo ahora la llave de un sitio del que ella misma me tuvo apartada tres años, por qué la mujer que me escribía «no vengas al Instituto, hay gente que no conoces» me abría de pronto la puerta de atrás, la de después de medianoche, la de cuando no hay nadie. No lo pregunté. Lo agradecí. A caballo regalado no se le mira el diente, y menos si el caballo es Nuria, y menos esta semana, con lo que corre.

Así que a las dos y diez de la madrugada del catorce marco el código en el teclado del muelle, y el teclado pita, y la puerta hace clic, ese clic pesado de las puertas de seguridad, y entro en mi casa vieja.

Porque esto fue mi casa antes que la otra, antes que la de las jaulas y la luz blanca y la puerta que no abro. Once años entrando por aquí, casi siempre de día pero muchas veces de noche, con el busca sonando a las tantas, a leerles la hora a los muertos que iban llegando. El pasillo huele igual, exactamente igual, y el olor me tira de un sitio de dentro más hondo que la memoria: a desinfectante de pino, a frío de cámara, a formol, a ese fondo dulce que no se va nunca por mucho que frieguen, que es el olor de mi vida entera, el olor en el que fui alguien. Las luces de emergencia, verdes, marcan el camino que podría hacer con los ojos cerrados y que durante once años hice medio dormida. No he pisado esto desde que me dieron la baja, hace tres años, desde el día en que salí por la puerta de delante sin saber que era la última vez, con una caja de mis cosas —

una caja como la de Vidal, ahora que lo pienso, todos cabemos al final en una caja—, y el cuerpo, sin embargo, se acuerda de todo, va solo: sabe dónde está el interruptor que no voy a encender, cuál es la baldosa que baila junto a la báscula, cuántos pasos hay hasta la sala, dónde tuerce el pasillo. Once años no se le olvidan a un cuerpo en tres.

La sala de autopsias está a doce grados y vacía, con las dos mesas de acero brillando poco bajo las luces piloto, esa iluminación mínima que se deja de noche para que el que entre no tropiece. La conozco toda. La uno y la dos. Voy a la dos, que era la mía, la que elegía siempre porque queda debajo del mejor foco, el de luz más blanca y más pareja, el que no engaña con las sombras; en once años dejé de contar los cuerpos que leí sobre esta mesa dos. Enciendo sólo ese foco, el de la dos, con el interruptor que sé cuál es sin buscarlo: una única luz sobre una única mesa, un círculo blanco en medio de la penumbra, y todo lo demás a oscuras. Las polillas van hacia la luz. Si sólo hay una, van hacia esa. Yo también, esta noche; yo también he venido hacia la única luz que hay encendida en todo el edificio, como una de las mías hacia el tubo.

Saco lo que traigo. El expediente de la séptima, el de la niña sin nombre, sin identificar, sin coincidencia en ninguna lista, lo dejo abierto en el carro de instrumental, junto a la mesa. Extiendo sobre el acero una sábana verde, limpia, de las que hay dobladas en el armario de siempre, en la balda de siempre, la que se pone para recibir a los que llegan, para que cuando traigan un cuerpo no toque el metal desnudo, que el metal desnudo es lo más frío que hay. La aliso con la mano, con las dos manos, de un lado a otro, hasta que no queda una arruga, hasta que queda lisa y verde y vacía. Preparo la mesa como se prepara para alguien que va a venir, porque alguien va a venir.

Y del bolsillo saco la mariposa.

La que llevo desde hace días envuelta en el pañuelo, y otras dos más que he traído esta noche, por si acaso, en una caja pequeña acolchada de las que uso para transportarlas sin que se les rocen las escamas. Tres. Verdes, con las colas largas, quietas, dormidas en el frío. No me pregunto por qué traigo tres mariposas a una sala de autopsias vacía a las dos de la mañana; hace tiempo que hay cosas que hago sin preguntármelas, y traer mis polillas cuando salgo a esperar a los muertos es una de ellas, como llevar las llaves o el móvil o el pañuelo, una cosa que está en el bolsillo antes de que yo decida ponerla. Las dejo en el carro, al lado del expediente, a mano. Por si hacen falta. Por si esta noche, por fin, después de trece días, hay que ponerle a alguien lo suyo, y no hay tiempo de ir a por ellas, y tienen que estar aquí, a mano, verdes, listas.

Después me quedo quieta junto a la mesa dos, bajo la única luz, y espero.

Espero a que él venga. Es su noche, la del catorce, su aniversario, el día que marca en el calendario y espera todo el año, y la séptima está sin terminar, sin nombre y sin mariposa, y un hombre así no deja el trabajo a medias, y menos en su fecha, así que va a venir, aquí, a una mesa bajo una luz, que es donde se terminan las niñas, el único sitio donde se puede terminar a una niña como es debido. Voy a estar delante cuando lo haga. Voy a verle por fin la cara al que se sienta con los que se mueren solos, al que no le veo la cara por mucho que la busque. Y si no llega, si esta vez, por lo que sea, no llega, entonces la que va a terminar a la séptima seré yo, porque alguien tiene que coronarla, porque no se puede dejar a una niña sin nombre y sin nada encima, tirada en un expediente que el dieciséis se cierra y se archiva y se olvida para siempre; y para eso he traído las tres, por si me toca a mí ser el que estuvo.

El aleteo, dentro, no ha parado desde anoche. Aquí, en el frío de la sala, con la sábana verde vacía delante y el edificio callado alrededor, se ha vuelto casi cómodo, un compañero, el único ruido en un edificio dormido lleno de gente que ya no respira, en las

cámaras, del otro lado de la pared. Bate despacio, paciente, como si también él esperara.

Miro la hora en el reloj de pared, uno de esos redondos de institución, blanco, con la aguja roja de los segundos dando vueltas, el mismo reloj bajo el que trabajé once años, que sigue andando, que ha seguido andando todo este tiempo sin mí. Las tres y cuarto. Las tres y media. El edificio cruje una vez, se asienta con ese quejido que dan los edificios grandes de noche, y calla. En algún sitio, muy lejos o muy cerca, no sé, me parece oír una puerta, un roce de tela, unos pasos blandos que podrían ser míos de hace once años, o de un vigilante, o de cualquiera, o de nadie; pero no me vuelvo, porque estoy mirando la puerta por donde tiene que entrar él, la de delante, la de los vivos, la de doble hoja, y no la de atrás, la de las cámaras, por donde entran los que ya no lo son.

No se me ocurre pensar que hay una tercera manera de entrar en esta sala esta noche, una que no es la puerta de los vivos ni la de los muertos. Que es la del muelle. La de atrás del todo. La que abre el código que me dio, hace tres días, la única persona del mundo que sabía que yo iba a estar aquí esta noche antes incluso de que lo supiera yo.

Preparo el foco. Compruebo que la sábana está lisa, vuelvo a pasarle la mano aunque ya lo está. Pongo la mano un momento sobre la caja de las polillas, para tenerlas localizadas, para saber dónde están sin mirar. Y sigo esperando, de pie, bajo la luz, en el frío de doce grados de las salas donde yo sé estar, donde llevo toda la vida sabiendo estar, a que empiece por fin lo que llevo trece días esperando que empiece.

Y en algún momento, sin un ruido que lo anuncie, sin que se abra ninguna de las puertas que vigilo, la sala deja de estar vacía.

No sabría decir cómo lo sé. No he oído nada, no he visto nada, la puerta de los vivos sigue cerrada y la de los muertos también. Pero

llevo toda la vida entrando en habitaciones llenas de muertos, y sé, mejor que nadie en este país, el instante exacto en que en una de ellas hay algo, o alguien, que un momento antes no había.

PARTE III — IMAGO

22. Imago

Es catorce de enero. Las tres y cuarenta. La sala está a doce grados y sobre la mesa dos, sobre la sábana verde que he alisado yo misma hace un rato hasta dejarla sin una arruga, hay una *Actias luna* viva.

La registro antes de entenderla, porque el cuerpo lee antes que la cabeza y esta noche el cuerpo va por delante, como lleva días yendo. Hembra. Ocho centímetros de envergadura, quizá nueve. Las alas abiertas, verde pálido, las colas largas enteras, sin un desgarro, los cuatro ocelos simétricos. Recién salida: se le nota en el cuerpo todavía hinchado, en las alas ya secas pero nuevas. Y viva. Las mueve, despacio, las abre y las cierra sobre la sábana verde como un pulmón que respira, arriba y abajo, sin prisa, ajena a los doce grados que deberían tenerla entumecida.

Y la parte de mí que lleva treinta años sin fallar se detiene.

Reviso la cadena, como reviso siempre, del efecto a la causa, hacia atrás. Las *luna* no vuelan en enero. No las hay volando en enero en ningún sitio del mundo: el ciclo de la especie se cierra en otoño y lo que queda espera en un capullo, enterrado en la hojarasca, a que la primavera caliente la tierra y le dé la señal. En enero, en la naturaleza, no hay una sola *luna* adulta despierta sobre la faz del planeta. Y esta, además, no es de aquí; es americana, no existe suelta en este país, no hay ninguna en libertad a este lado del océano. Una *luna* viva en España en enero sólo puede salir de un sitio: de una jaula con luz, de alguien que sabe alargar el fotoperiodo y subir un grado en la recta final y clavarle a una hembra la fecha exacta de su salida. De un criador. De alguien que crió esta pupa a oscuras y la despertó a propósito, para hoy. La miro abrir y cerrar las alas sobre el acero, imposible, viva, fuera de toda estación y de todo continente, y pienso, con la parte de mí que no miente nunca, la parte que cuenta las larvas y no se deja engañar por un grado: esto no lo he puesto yo.

Y si no lo he puesto yo, entonces nada.

Nuria está de pie junto a la mesa uno. Lleva ahí, lo veo ahora, mucho más que los pocos minutos que mi memoria le había concedido; lleva ahí desde antes que yo, o casi, lleva ahí toda la noche esperándome como yo esperaba a otro. Ha entrado por la tercera puerta, la que yo no vigilaba, la del muelle, la que abre el código que me dio ella misma hace tres días sin venir a cuento. No se acerca. Se queda a la distancia que ha aprendido a lo largo de vaya una a saber cuántas noches como esta, la distancia desde la que se puede hablar sin que el otro huya.

—No hay ningún Lepidopterista —dice. No es una pregunta. Lo ha dicho antes, muchas veces, lo noto en cómo lo dice, con una paciencia gastada de tanto usarla, sin apoyar ninguna palabra más que otra—. Nunca lo hubo, Vera.

—Hay siete.

—Hay siete expedientes. Muertes viejas, cerradas, naturales, accidentales, de gente que no conociste y que se murió cada una a su manera, sin que nadie las matara. Los abriste tú, uno a uno, los que yo te iba llevando. Les pusiste tú las alas, en tus notas, en tu cabeza, nunca en los cuerpos. —No levanta la voz, no la ha levantado en toda la noche—. Yo te traje los archivos creyendo que te sostenían, creyendo que te daba algo a lo que agarrarte, y lo que hacía era darte más piso al edificio. Y hoy te traigo esto. —Señala la polilla con la barbilla, sin mirarla, como se señala algo que a uno le ha costado mucho traer, meses, un cuidado a oscuras cada noche—. Porque es lo único que vas a creer. No te fías de nadie, nunca te has fiado de nadie, pero te fías de un bicho, porque los bichos no mienten, me lo enseñaste tú. Mírala. Es enero. Es americana. La has mirado ya con esa cabeza tuya. Dime tú qué hace ahí. Dímelo tú, que eres la única que puede.

No se lo digo. Porque lo sé.

No siento que las paredes se muevan. Ése es el problema, ése es el horror de verdad: que las paredes no se mueven. En las películas la sala se estira, la cámara gira, el suelo se abre. Aquí no. Aquí todo se queda exactamente donde está —la luz única y blanca sobre la mesa dos, el zumbido de sesenta hercios del tubo, el frío de doce grados, el olor dulce del fondo que no se va, la aguja roja del reloj dando vueltas— mientras el dato entra y ocupa su sitio con la limpieza silenciosa de una pieza que llevaba años dando vueltas alrededor de su hueco y por fin cae dentro y encaja, clac, sin ruido.

La única mariposa de verdad de toda esta historia fue una. Una sola. Y no estuvo sobre ninguno de los siete. No hubo mariposa en Concha, ni en Rubén, ni en el chico del acantilado, ni en ninguno; en ninguno, nunca, en ningún expediente, en ningún vial, Vidal tenía razón, no había ni una porque yo las puse todas después, con la cabeza, sobre unos cuerpos que ya no las llevaban.

La única de verdad estuvo en una jaula, en mi casa, una mañana de agosto, recién salida, con las alas todavía blandas colgando para secarse, y me paré a fotografiarla a las siete y cincuenta y dos. La foto que no puedo mirar. La hora que no sé leer. Y después cogí el coche.

Y aquí, a los doce grados de la sala donde le he puesto la hora a cientos de muertos, bajo el foco de la mesa dos, me llega por fin, entera, sin costuras, sin bruma, la única hora que llevo seis años sin poder leer. Agosto. Cuarenta y un grados a la sombra aquel día; lo pedí al observatorio, como pedí la de Concha, sólo que esta no la pedí para un informe. Un habitáculo cerrado al sol pasa de cincuenta grados en veinte minutos; lo he escrito en informes, lo he explicado despacio a jueces que no se lo creían, lo sé mejor que nadie en este país. La colonización empieza con una curva, y la curva no opina, la curva sólo cuenta grados y horas y no sabe de quién es el cuerpo que cuenta. La curva daba una hora de inicio, un minuto exacto, el minuto en que un cuerpo pequeño empezó a estar a esa temperatura; y ese minuto era el minuto en que yo cerré una puerta

de coche y me colgué la bata y entré a esta misma casa a leerles la hora a dos desconocidos.

La carne no miente. Los insectos no mienten. Es la única frase mía que sigue siendo verdad, después de todo, la única que no he pervertido.

Sólo mentí yo.

Y la séptima —la inconclusa, la niña de dos años y dos meses sin nombre a la que llevo trece días sin poder nombrar, cuyo odontograma no coincidía con ninguna niña que a alguien le faltara, a la que la boca se me cerraba cada vez que su nombre subía hasta el borde—, la séptima no es ninguna desconocida de ningún talud. Hubo una niña real en ese talud, sí, una niña de verdad sin identificar, pobre criatura de nadie; pero yo no la estaba buscando a ella. Le puse encima, sin saberlo, la cara de la única niña de dos años y dos meses cuyo nombre no soporto decir. La convertí en la mía. Por eso no coincidía con ninguna desaparecida: porque la que yo buscaba no está desaparecida, no la busca ninguna comisaría, no falta en ninguna lista. Sé exactamente dónde está. Detrás de qué puerta que no abro. Bajo qué losa, en qué cementerio, con qué nombre y qué dos fechas grabadas que llevo seis años sin ir a leer.

El aleteo, el que llevo dentro desde hace días, desde hace años en realidad, golpeando contra un cristal que yo creía que no existía —contra una ventanilla, ahora lo sé, ahora lo veo, contra el cristal caliente y cerrado de una puerta que no abrí a tiempo—, el aleteo se para. De golpe. En seco. Ya no tiene nada que anunciar. Lo que anunciaba está aquí, dicho, encima de la mesa dos, verde y vivo sobre una sábana verde, y el silencio que deja al pararse es el silencio más grande que he oído en mi vida, un silencio de doce grados sin una sola mosca dentro.

La mariposa que Nuria ha sacado a fuerza de luz y de un grado de más para clavarla en este día —con lo que yo misma le expliqué

hace tres días, con gusto, con todo el detalle, pieza a pieza, la manera exacta de sacar una polilla viva el día que ella eligiera—, la mariposa que ha criado en secreto durante meses y ha traído hasta aquí, hasta mi vieja mesa dos, para que yo no pueda seguir mintiéndome, abre y cierra las alas, despacio, viva, indiferente a lo que ha venido a hacer.

Nuria no dice nada más. Espera al otro lado de la mesa, a la distancia que ha aprendido, con las manos quietas, a que yo haga lo que voy a hacer con esto que por fin, después de seis años, sé.

Y yo miro la polilla, verde sobre el verde, viva sobre la mesa de los muertos. Y sé el nombre. Lo tengo entero, por primera vez en seis años, subiendo por donde subió anoche, llegando a la boca, a la lengua, a los dientes, a punto de decirse.

23. Lo que Alba pesaba

Se llamaba Alba.

Nació el tres de junio de dos mil diecisiete, a las cinco y veinticinco de la tarde, dos kilos novecientos, y esa hora sí la sé, esa hora la tengo, la primera que le leí a alguien que era mío. El ocho de agosto de dos mil diecinueve tenía dos años y dos meses. Ése es el dato con el que empiezo, porque un dato es lo único que puedo sostener en la mano sin que me queme, y porque a los siete los empecé siempre por la edad, y a ella también hay que leerla como se lee a cualquiera, con la edad primero, con el dato antes que el nombre. Dos años y dos meses. Ésa es la niña de los huesos que llevo trece días sin poder nombrar. No estaba en ningún talud. Estaba donde la dejé.

Voy a contarlo como cuento un caso. Es la única manera que tengo de contarlo. Si lo cuento de otra forma no puedo, se me cierra la garganta como se me cerraba la boca, y tengo que poder, una vez, aquí, a los doce grados, con la mariposa de Nuria abriendo y cerrando las alas encima del acero y Nuria callada al otro lado esperando a que yo lo diga entero.

Aquella semana Daniel entraba de obra a las siete y me tocaba a mí dejar a Alba en la guardería. No era lo habitual. Lo habitual la llevaba él, camino de la obra, y la recogía yo por la tarde; ese reparto lo teníamos hecho hacía año y medio, engrasado, automático. Aquella semana él tenía un tajo que empezaba antes, y cambiamos. Sólo esa semana. Y por eso mi cabeza no tenía hecha la ruta de la guardería; mi cabeza tenía hecha la otra, la mía, la del Instituto, la de once años yendo al mismo sitio a la misma hora por el mismo camino. Un cambio de rutina. En los informes de otros yo había leído esa frase mil veces sin pesarla, sin saber lo que pesa: *alteración de la rutina habitual*. Es el hueco por donde se cae todo. Es por donde se caen los niños de los coches: no por malos padres,

por rutinas rotas, porque el cerebro corre solo el trayecto que tiene grabado y no el que toca ese día, y en ese piloto automático se olvida de lo único que no debería olvidar.

A las siete y cincuenta y dos de aquella mañana, una hembra de *Actias luna* salió del capullo en la jaula de la cocina. Recién eclosionada, con las alas todavía blandas, arrugadas, colgando boca abajo para que la sangre las estirara y se le secaran. Llevaba días esperando esa salida; se me había oscurecido el capullo la víspera. La saqué al patio para fotografiarla con la luz buena de la mañana, la luz de lado, que es la única foto de todas las mías que no es de noche, la única con sol. Le hice la foto. Siete y cincuenta y dos, lo puso la máquina, lo pongo yo en todo. Y mientras la fotografiaba, entretenida en encuadrarla, la polilla, con esas alas nuevas que apenas la sostenían, batió una vez, torpe, y se metió por la puerta abierta del coche, que yo había abierto ya para cargar, donde Alba dormía en la sillita de atrás. No fui a por ella enseguida. Pensé: la saco luego, cuando llegue al Instituto, no se va a ir a ningún sitio con esas alas. Guardé el móvil. Cerré la puerta de atrás. Me senté delante. Arranqué.

Conduje.

Conduje los veinte minutos de siempre, los de once años, la ruta del Instituto, la que mi cabeza tenía puesta desde antes de despertarme. Alba no lloró. Los niños dormidos no reclaman que los lleven a otro sitio; duermen, y un niño que duerme en el asiento de atrás no le recuerda a nadie que ese niño existe. El asiento de atrás iba callado, y un asiento de atrás callado, para una cabeza que ha hecho ese trayecto mil mañanas sola, con la radio, pensando en el día, es un asiento vacío. No es que decidiera no mirar por el retrovisor. Es que no había, en mi cabeza de aquella mañana, ninguna razón para mirar; iba sola, como todas las mañanas, camino del trabajo. No hay ninguna ley que te obligue a mirar por el retrovisor cuando tu cabeza está segura de que vas sola. Llegué al

Instituto. Aparqué en mi sitio de siempre, a la sombra de un plátano que a media mañana ya no daba sombra. Cerré la puerta del coche.

Ésa es la puerta. La que cerré a las ocho y algo de la mañana del ocho de agosto. La curva de colonización, después, daría su hora de inicio, y su hora de inicio caía ahí, en ese minuto, en el minuto en que cerré esa puerta con Alba dentro y me colgué la bata y entré a trabajar.

Nuria estaba de guardia. Me la encontré en el pasillo, me dio los buenos días, me preguntó qué tal el fin de semana, hablamos un momento, un minuto, dos, de nada, de un cambio de turno, de una cosa del servicio. Nuria no sabe —no lo supo hasta mucho después, y aún hoy carga con ese minuto como si un minuto suyo hubiera cambiado algo, como si haberme entretenido dos minutos menos en aquel pasillo hubiera podido salvar lo que ya no tenía salvación— que mientras me daba los buenos días con esa manera suya de cuidar a la gente, en el aparcamiento, a treinta metros, dentro de un coche cerrado a la sombra que dejaba de ser sombra, empezaba una curva.

Trabajé.

Ésta es la parte que no le he contado nunca a nadie, la que ni siquiera me he dejado contarme a mí, y que ahora, a los doce grados de esta sala, digo por dentro con toda la exactitud de la que soy capaz, porque la exactitud es lo único que me queda y porque se lo debo entero: trabajé toda la mañana. Le leí la hora a dos cuerpos que no eran nada mío. Conté estadios, crucé temperaturas con las del observatorio, firmé dos datas. A media mañana bajé a por un café a la máquina y volví a subir. Comí algo a mediodía en la sala de al lado, con dos compañeros, y me reí de algo, no me acuerdo de qué, pero me reí, lo sé porque yo entonces me reía. Le puse a un desconocido la hora de su muerte con un margen de cuarenta minutos y me sentí bien, profesionalmente bien, por lo ajustado del margen. Toda mi vida es esa hora que le doy a los

muertos, la hora exacta que nadie más sabe sacar, y aquel día se la di, impecable, a dos extraños, con la mano firme y la cabeza fría, mientras el reloj corría en un aparcamiento a treinta metros y la temperatura de un habitáculo subía, y subía, y subía.

A la sombra hacía cuarenta y un grados aquel ocho de agosto; lo pedí después al observatorio, para el informe que me obligué a hacer. Un habitáculo cerrado al sol pasa de cincuenta en veinte minutos, de sesenta en menos de una hora. Lo he escrito en informes. Lo he explicado despacio a jueces que abrían mucho los ojos. Lo sabía aquella mañana igual que lo sé ahora, palabra por palabra, grado por grado, con la única diferencia de que aquella mañana no apliqué ese conocimiento al único sitio del mundo donde había que aplicarlo, a treinta metros de mi mesa, porque para aplicarlo habría tenido que acordarme, y no me acordé.

Salí al coche a las tres y cuarenta de la tarde.

No por ella. Que conste, porque es lo más limpio y lo más sucio que tengo que decir, lo que me condena del todo: no salí porque me acordara. No hubo un momento de pánico, un «Dios mío, la niña». Salí a por una carpeta que me había dejado en el asiento del copiloto por la mañana. Iba pensando en la carpeta, en un dato que necesitaba de ella. Y por el cristal, antes que nada, antes de entender, vi la polilla. La de las siete y cincuenta y dos. Estaba pegada por dentro a la ventanilla de atrás, contra el vidrio, batiendo, batiendo despacio, cansada, contra un cristal caliente que no la dejaba salir. Ese es el aleteo. El que llevo seis años oyendo contra un cristal que yo creía que no existía. Existía. Era ese. Fue lo primero que vi, la mariposa verde contra el vidrio, porque el ojo ve lo que puede soportar antes de ver lo que no puede, y sólo después de la mariposa, medio segundo después, vi lo que había detrás de la mariposa, en la sillita, y entonces abrí, y lo que pasó a partir de ahí no lo cuento, ni como caso ni de ninguna manera, porque hay un sitio donde hasta la exactitud se calla.

La hebilla del arnés de la sillita estaba a la temperatura del habitáculo, a más de cincuenta grados el metal. Me marcó el dorso de la mano derecha cuando la solté para sacarla. La quemadura sigue ahí, seis años después, pálida, con forma de hebilla. Es la única parte de mí que nunca ha dejado de saber la verdad; la piel se acuerda de lo que la cabeza tapó, y me tira cada vez que paso por delante de la puerta que no abro, la del cuarto que era el suyo y que cerré aquel invierno y no he vuelto a abrir, porque hay una habitación en mi casa que por dentro se me borró hasta volverse un blanco, y ahora sé de qué color era el blanco: era del color de su cuarto, con las cosas de un niño de dos años que alguien, no yo, otra persona, recogió y dejó ahí, y yo cerré la puerta y le perdí el contenido a propósito.

Calzaba un veintiuno. Zapatos rojos de hebilla, con una flor pequeña cosida en el empeine. Iguales, o casi, a los que la antropóloga de la séptima fotografió con una regla numerada al lado, en el talud, junto a unos huesos que no eran los suyos. Por eso la séptima fue ella desde el primer día, aunque yo no lo supe, aunque me creí que perseguía a un asesino: porque vi un zapato rojo del veintiuno en un expediente y algo en mí, más rápido que yo, la reconoció.

Y luego —esto es lo peor, y lo digo entero porque si no lo digo entero no lo he dicho— luego insistí en leerla yo. No dejé que la leyera otro forense, otro compañero, cualquiera de los que se ofrecieron con la cara descompuesta. La mejor entomóloga forense del país exigió leer la colonización de su propia hija, con las manos firmes, en una mesa de acero como esta, porque necesitaba la hora, necesitaba el minuto exacto, tenía que saberlo aunque fuera lo último que hiciera con esas manos; y la curva me lo dio, sin opinar, con esa cortesía atroz que tienen los insectos, que no saben de quién es el cuerpo: el minuto de inicio era el minuto en que cerré la puerta del coche y entré a darle la hora a dos desconocidos.

La carne no miente. Los insectos no mienten.

Solo mentí yo, y no aquel día. Aquel día no mentí; aquel día sólo olvidé, que es humano, que le pasa cada verano a padres buenos en todos los países del mundo cuando se les rompe una rutina, que no es maldad, que no es un monstruo, que es el peor minuto de cualquiera vuelto irreparable. Mentí después. Empecé a mentir aquel invierno, cuando cerré la puerta del cuarto, y mentí durante seis años, cada día, con una obra maestra: cogí el minuto que me dieron los insectos, el único minuto de mi vida que no podía sostener, y me construí encima, ladrillo a ladrillo, un hombre. Un hombre que se sienta con los que se mueren solos para que no se vayan sin testigo. Lo inventé para no ser yo la que dejó a una niña de dos años morirse sola en un coche caliente a treinta metros de donde su madre le contaba a Nuria una cosa del turno. Inventé a alguien que sí estuvo, porque no soporté ser la que no estuvo.

Se llamaba Alba. Pesaba doce kilos. La levanté de la sillita a las tres y cuarenta de la tarde del ocho de agosto de dos mil diecinueve, con el dorso de la mano derecha quemándose en la hebilla, y ese peso, doce kilos, y esa hora, las tres y cuarenta, son la única hora y el único peso, de todos los que he leído y sostenido en mi vida, que llevo seis años sin ser capaz de poner sobre ninguna mesa.

Hasta ahora.

24. La elección

Nuria espera al otro lado de la mesa dos a que yo diga algo, a que llore, a que me caiga, a que haga lo que hace una mujer cuando por fin sabe lo que yo acabo de saber. No se acerca; ha aprendido, en las otras veces, que acercarse en este punto lo estropea. La mariposa abre y cierra las alas entre las dos, verde, viva, ajena. El nombre —el que subió entero hace un momento, el que llevo seis años sin dejar salir, las dos sílabas— lo tengo aquí, en la boca, a un centímetro de decirse. Sólo tengo que abrir los labios. Es lo más fácil del mundo y es lo único imposible.

Y aquí está la parte que importa, la parte técnica, la que ningún médico va a entender nunca y que yo entiendo perfectamente, porque llevo toda la vida midiendo lo que la gente no quiere medir: lo sé entero. No me falta un dato. Tengo la mañana completa, minuto a minuto, la foto de las siete y cincuenta y dos, la puerta, la ruta equivocada, el retrovisor que no miré, la hebilla, la curva que leí yo misma, el nombre, el peso, la hora. No hay laguna. No hay bruma. No queda nada tapado. Está todo, nítido, sobre la mesa, encendido bajo el foco como un cuerpo listo para abrir.

Y aun así puedo elegir.

Eso es lo que nadie va a creer nunca, lo que Fenoll no podría escribir en ningún informe sin que se lo tacharan: que en este punto, con la verdad entera delante y los ojos abiertos, todavía hay una elección. Ya no entre saber y no saber —eso se acabó, eso no vuelve, lo sabido no se desabe—, sino entre dos maneras de seguir de pie mañana por la mañana. Dos mujeres distintas que pueden salir de esta sala cuando amanezca, y sólo puedo ser una.

Puedo dar el paso. Decir el nombre en voz alta, decirle a Nuria «fui yo, cerré la puerta, la olvidé, trabajé toda la mañana mientras se moría», y ser, a partir de este segundo y durante cada día del resto

de mi vida, la mujer que dejó a una niña de dos años en un coche a cincuenta grados a treinta metros de su mesa. Conozco a esa mujer. La he tenido sobre esta clase de mesas: no a ella, pero a las de su especie, a las que un día entienden algo así de sí mismas. Esa mujer no puede vivir. No es una manera de hablar; es un pronóstico, lo firmo yo. Esa mujer se levanta una mañana cualquiera, seis meses o dos años después, y no encuentra una sola razón para seguir levantándose, y hace lo que hace la gente que se queda sin razones, y viene a parar a una sala como esta, a una mesa como esta, y otra forense le lee la hora. He leído a suficientes de ésas como para saber exactamente cómo termina el camino que empieza con decir ese nombre en voz alta.

O puedo no dar el paso. Y entonces, al otro lado, sigue habiendo un hombre. Metódico. Paciente. Un hombre que elige a los que se mueren solos y se sienta con ellos para que nadie se vaya sin testigo, que corona a los descartados, que deja mariposas. Un monstruo, sí, no me engaño sobre eso. Pero un monstruo ajeno, uno que no soy yo, uno al que se puede odiar sin morirse de odiarlo, perseguir sin culpa, cazar. Un monstruo al que dedicar los años que me queden, cada mañana, cada expediente, en vez de dedicárselos a mirarme el dorso de la mano derecha. Un enemigo fuera en vez de un crimen dentro. Es más habitable. Es, sencillamente, más habitable.

Es tan fácil. Es sólo dejar de mirar lo que ya he mirado. Volver a poner el nombre en su caja, la caja en el cuarto, cerrar el cuarto con llave y perder la llave otra vez, como la perdí hace seis años. No es olvido; el olvido no se elige, el olvido llega solo o no llega. Esto no llega solo. Esto se hace, con las manos, con voluntad, como se hace todo lo mío. Es una decisión, tomada en frío, con el pulso firme, con toda la cabeza, que es lo que la hace imperdonable y lo que la hace mía.

Suelto el nombre.

Lo dejo caer sin decirlo, abro la mano por dentro y lo suelto, y en cuanto lo suelto empieza a apagarse, dócil, agradecido casi, como se apaga la luz de una sala cuando sales y le das al interruptor, y la niña de la mesa vuelve a no tener nombre. Vuelve a ser la séptima. La inconclusa. La desconocida del talud a la que todavía le debo lo suyo. El zapato rojo vuelve a ser el zapato de una desconocida. Todo vuelve a su sitio, al sitio falso, al habitable.

Cojo los guantes del carro. Me los pongo. Dos chasquidos de látex, uno por mano, el sonido con el que empiezo, el mismo con el que empecé el veintisiete de diciembre y llevo empezando toda la vida, el sonido de la cordura y del oficio y de una mujer que todavía tiene trabajo que hacer y una vida por delante para hacerlo. Acerco el foco un centímetro. Cojo las pinzas planas.

Y me inclino sobre la mesa dos, sobre la mariposa viva, con la calma serena de quien abre un caso nuevo.

—Fíjate —digo, y la voz me sale firme, me sale buena, me sale entera de este lado del cristal—. Alas abiertas, orientación norte. Como en las otras seis. La coloca con un cuidado que no es de cualquiera, con oficio. —Cojo la libreta, la que uso sólo para esto, y anoto con mi letra pequeña—. Y ha salido en enero. Fuera de temporada, arriesgándose a que no aguantara el frío, sólo para llegar a la séptima a tiempo, en su fecha. Eso es nuevo. Eso nos dice algo de él que hasta hoy no sabíamos: que su calendario está por encima de todo, incluso de lo posible.

—Vera. —La voz de Nuria se ha roto por algún sitio, se le ha partido en una consonante—. No otra vez. Lo tenías. Lo has tenido entero, en la cara, te lo he visto subir y te lo he visto. Por favor.

—¿El qué? —Y la miro, con los ojos secos, quietos, ya del otro lado del cristal, con la mirada con la que se mira a alguien desde un tren que arranca—. ¿Qué querías que tuviera, Nuria?

Y en su cara veo que lo entiende. Que entiende que no es que se me haya vuelto a caer, que no es un síntoma, que no es la enfermedad ganándome otra vez; que entiende, por cómo la miro, seca y serena y firme, que la que se ha ido no se ha ido sola: que la he despedido yo, con la mano, a propósito, igual que firmo una data. Que ha sido una decisión. Y eso es peor que la locura, y ella lo sabe, y por eso se le rompe la voz del todo. Nuria ha visto esto antes, ha estado en este borde otras veces, en esta sala o en mi cocina, con otra fecha. Van siete, una por cada expediente que me fue trayendo convencida de que me sostenía y que en realidad me daba una vuelta más de cuerda. Y sabe ya, ahora mismo, con la polilla todavía viva entre las dos, que va a haber un octavo, y un noveno, que esto no tiene fondo, y que ella, otra vez, ha llegado conmigo hasta el borde mismo del otro lado y no ha podido cruzarme, que la más valiente de las dos ha vuelto a fracasar por el margen de una decisión que no era suya.

Recoge del carro la caja de mis polillas, las otras dos, las que traje por si acaso. La cierra despacio. La deja lejos de mí, en la encimera del fondo, fuera de mi alcance, como se aparta lo que quema o lo que mata. Es lo único que le queda por hacer esta noche, lo único, y lo hace, y en ese gesto pequeño —apartar de mí las mariposas, quitarme de las manos las herramientas de mi propia condena— está toda la derrota de una mujer que me quiso lo suficiente como para criar en secreto durante meses la única polilla que podía salvarme, y forzarla al día exacto con lo que yo le enseñé, y traérmela hasta mi vieja mesa, y quedarse a mirar, a la distancia que ha aprendido, cómo la cojo y la convierto, delante de sus ojos, en la firma fresca de un asesino que no existe.

Yo vuelvo a la mesa. A la séptima, que otra vez no tiene nombre y a la que otra vez le debo el suyo. Anoto la orientación de las alas. El estado de las colas, intactas. La hora, las tres y cuarenta y tantas. Trabajo. El trabajo no me devuelve preguntas, no me mira la mano, no me lee la hora; el trabajo es el único sitio donde puedo estar sin caerme, y esta madrugada lo necesito más que el aire.

—Reabre los siete —digo, sin levantar la vista de la ficha—. Quiero las curvas cruzadas por especie antes de que amanezca. Y búscame en la lista una de dos años que todavía no hayamos descartado.

La mariposa, sobre la sábana verde, abre y cierra las alas, despacio, viva. Nace sin boca. No come. Vive los días justos para cerrar un ciclo y, si la dejan, poner los huevos de otro. La miro, y por fin, esta noche, después de todo, le encuentro entero el sentido, todo el sentido que tiene: que hay cosas que sólo saben florecer una vez y morirse, y volver a empezar en otra, iguales, sin acordarse.

—Tenemos otro —digo—. Vamos a encontrarlo.

Y me pongo a trabajar.

25. Nuria, después

Nuria no ha dormido.

Son las once de la mañana del quince de enero y sigue con la ropa de anoche, la misma con la que estuvo en la sala de autopsias, con el olor del sitio todavía pegado al jersey, sentada a la mesa de su cocina pequeña, con un café que se ha hecho hace una hora y se ha enfriado sin que se lo beba y una caja de cartón acolchada delante. Dentro de la caja, sobre el algodón, está la hembra. La que forzó. La que crió en secreto durante meses y despertó fuera de estación para que saliera el día catorce y no otro, siguiendo al pie de la letra la receta que la propia Vera le dictó por teléfono tres días antes, sin sospechar para qué se la pedía. Cumplió. Salió cuando debía, la sacó Nuria del terrario de madrugada con las manos temblándole, la llevó al Instituto envuelta en un paño templado para que no se le entumeciera con el frío, la posó viva sobre la mesa dos mientras Vera miraba la puerta equivocada, e hizo lo que Nuria necesitaba que hiciera: abrirle a Vera, por un momento, la única grieta por la que podía entrar la verdad. Y luego se murió, esa misma noche, en el trayecto de vuelta, sobre el asiento del copiloto, porque las *luna* nacen sin boca y viven lo justo, porque estaba previsto que se muriera nada más cumplir. Todo salió como Nuria lo planeó, cada pieza, hasta el último detalle.

Y no sirvió de nada.

Nuria coge el móvil. Lleva desde el amanecer haciendo lo mismo, en esa cocina que se ha ido llenando de luz de mañana sin que ella se moviera: escribe y borra.

Vera, ¿estás bien? ¿Has dormido algo?

Lo borra. Es la pregunta de siempre, la de guardia, la que lleva tres años mandando cada mañana como quien le toma la temperatura a una casa desde fuera, y esta mañana suena obscena, imposible,

como si no hubiera pasado nada, como si anoche no hubiera visto a Vera coger la verdad entera con las dos manos y soltarla a propósito y ponerse a datar una mariposa. No se le puede preguntar a alguien si ha dormido después de haberle visto hacer eso.

> *Lo tuviste. Lo tuviste entero, te lo vi en la cara, te vi el nombre subirte a la boca. Estaba ahí, con nombre y todo. ¿Por qué lo soltaste, Vera? ¿Por qué, si lo tenías, si era el final, si era salir?*

Lo borra también. Ya sabe por qué. Lo entendió anoche, en el segundo exacto en que Vera la miró desde el otro lado de la mesa, desde el otro lado de un cristal que Nuria no veía pero notaba, y le preguntó *¿qué querías que tuviera?* con los ojos secos y la voz firme. Lo soltó porque al otro lado del nombre no había nada que se pudiera vivir. Nuria lo sabe. Nuria, que la conoce desde que era su alumna, desde que Vera la puso a contar larvas para curarle el miedo a mirar, sabe que Vera no es una mujer que no pueda mirar; es todo lo contrario, es la mujer que mejor mira que ha conocido nunca, la que no aparta la cara de nada. Vera miró. Miró la verdad entera, con esa cabeza suya que no se equivoca ni con un grado, midió las dos orillas —la de decir el nombre y la de callarlo—, calculó lo que había en cada una, y eligió, en frío, la única en la que le quedaba suelo que pisar. No es locura. Ojalá fuera locura, porque a la locura se la trata. Es aritmética. Es una mujer haciendo una cuenta de supervivencia y eligiendo el resultado que la deja viva. Y contra la aritmética de Vera no ha ganado nunca nadie, ni un juez, ni Fenoll, ni ella.

Escribe otra, y esta le sale de más abajo.

> *Llevo desde aquella mañana de agosto pensando que si te hubiera dejado pasar un minuto antes, si no te hubiera entretenido en la puerta con la tontería del cambio de turno, si te hubiera soltado dos minutos antes, a lo mejor habrías salido antes al coche, a lo mejor. Un minuto. Llevo seis años*

con ese minuto. Y ayer intenté arreglar seis años y ese minuto con una mariposa criada a escondidas, como si el amor fuera un termostato, como si se pudiera calcular la dosis de verdad que aguanta una persona y dársela clavada el día justo. Perdóname por las dos cosas. Por el minuto de entonces, que a lo mejor no cambió nada y a lo mejor lo cambió todo y nunca lo sabré. Y por la mariposa de ahora, que era mi manera de pedirte perdón por el minuto y me ha salido igual de mal.

Esa no la borra enseguida. Se queda mirándola un rato largo, con el pulgar sobre el botón de enviar, con la luz de las once dándole en la pantalla. Es lo más verdadero que ha escrito en su vida, las dos culpas suyas puestas una al lado de la otra, la vieja y la nueva. Y por eso mismo no puede mandarla, porque mandarla sería ponerle a Vera delante otra vez el minuto, la puerta, el nombre, todo lo que Vera acaba de guardar bajo llave a un precio que Nuria no quiere ni calcular, para poder seguir de pie una mañana más. Sería hacerle a Vera, por segunda vez en dos días, lo que Fenoll lleva tres años sin atreverse a hacerle, y anoche ya lo hizo una vez, con la mariposa, con todo el amor del mundo, y falló, y no tiene derecho a fallar dos veces en dos días sobre la misma persona.

La borra. Letra a letra, despacio, para que dure más, para no perderla del todo tan deprisa.

Le queda una, para Fenoll, y esa sí la manda, porque a Fenoll se le puede decir la verdad en el idioma seco en que las dos se entienden desde hace tres años, el idioma de las que cuidan a Vera por turnos:

No pude. Se volvió a cerrar ella sola, delante de mí. Yo lo vi elegir, Elsa. Con toda la cabeza, con el pulso firme, como firma una data. No fue la enfermedad. Fue ella. Recogí lo que había que recoger, que eran sus mariposas, para que no se las llevara ella a casa. No sé si he hecho bien trayéndole la mariposa o si sólo la he empujado a la octava vuelta. Dime tú,

que para eso tienes los títulos, qué se hace ahora con una persona que prefiere ser el monstruo antes que la madre. Dímelo, porque yo la quiero y ya no lo sé.

Fenoll tarda en contestar; Nuria se la imagina en su consulta de placas doradas, leyéndolo, quitándose las gafas, decidiendo qué de todo lo que sabe cabe en un mensaje. Cuando contesta, escribe sólo una línea: *Ahora se la acompaña. Se la quiere y se la acompaña y no se la salva, porque no se puede salvar a nadie de la única cosa que le permite seguir vivo. Y descansa tú, Nuria, que ayer hiciste lo que yo no me atreví. Descansa.* Y Nuria deja el móvil boca abajo sobre la mesa y llora un rato, por fin, con la cara entre las manos, la primera de las dos que llora en dos días, que es como suele ser y como fue siempre: llora la que se queda fuera, la que mira, nunca la que está dentro; lloró ella hace seis años en aquel pasillo y ha vuelto a llorar ella ahora, y Vera, las dos veces, con los ojos secos.

Cuando termina, se seca la cara con el dorso de la mano, respira, y mira lo que hay en el otro extremo de la mesa, debajo del frutero, medio tapado por un plátano y una naranja, donde lo dejó anoche al llegar sin querer verlo del todo: una carpeta nueva. Un caso frío que sacó ella del archivo el jueves pasado, antes de que sellaran la unidad de Vidal, «por si acaso», con la misma mano con que lleva dos años sacándole a Vera los expedientes que la mantienen viva y enferma a la vez, con la misma culpa administrada gota a gota. La número ocho, si la lleva. La primera de la nueva serie, si la lleva. La cosa que hará que Vera se levante mañana con algo entre las manos, con una niña a la que ponerle nombre, con un hombre al que perseguir, y que la hundirá un poco más hondo en el mismo movimiento: las dos cosas, como siempre, en la misma carpeta, inseparables, el suelo y el pozo en el mismo papel.

Nuria mira la carpeta. No la abre. No la tira. Alarga la mano, la deja a dos dedos del cartón, y la retira.

Se queda así, con la mano cerca y sin decidir, entre el café frío y la mariposa muerta en su caja, sabiendo que tarde o temprano, esta semana o la que viene, cuando Vera llame preguntando si hay algo nuevo, va a tener que elegir ella también, hacer su propia aritmética: si le lleva a Vera el archivo y le devuelve el suelo a cambio de dejarla otra temporada en el pozo, o si no se lo lleva, y la deja sin suelo, a ver si sin nada entre las manos aprende por fin a pisar la verdad, a riesgo de que no aprenda y se caiga del todo por donde se cae la gente que se queda sin razones.

Las dos opciones son una manera de quererla. Ninguna la salva. Ésa es la trampa entera, la que no tiene salida: que da igual lo que Nuria elija, porque las dos elecciones caben dentro del querer y ninguna cabe dentro del salvar.

Y ésa es la parte que a Nuria no le cabe en ningún mensaje, ni enviado ni borrado, la que no sabría decirle a Fenoll ni a nadie: que en esta historia no hay ningún asesino, no lo ha habido nunca, no hay culpable al que odiar ni al que meter en la cárcel; y que aun así hay tres personas —ella, Daniel, la propia Vera— que llevan seis años pagando cada día por un crimen que no existe, con la única moneda que existe para pagar lo que no se puede pagar, que es seguir levantándose cada mañana al lado del hueco, cada uno con el suyo, sin que se llene nunca.

Deja la carpeta donde está, debajo del frutero, medio tapada. Por hoy no decide. Mañana tampoco, a lo mejor. A lo mejor lo decide el día que Vera llame, y lo decide su voz al descolgar, y no ella.

La mariposa, en su caja, sobre el algodón, ya no abre ni cierra las alas. Cumplió, y descansa. Es lo único de esta casa que ha hecho exactamente aquello para lo que servía, lo que salió como estaba previsto, y de nada valió que saliera bien.

26. El octavo expediente

El expediente número ocho llega en un sobre marrón un día cualquiera de finales de enero, y lo abro de noche, cuando la casa ya está a la temperatura a la que trabajo mejor. Dieciocho grados. Por debajo me distraigo; por encima me duermo. Lo sé porque lo he medido, tres inviernos de datos en la contraportada de una libreta, y porque hay cosas que una mide siempre igual por mucho que cambie todo lo demás, cosas que se quedan fijas para que una tenga de dónde agarrarse cuando lo otro se mueve.

Sigo de baja. Oficialmente no leo cuerpos; oficialmente descanso, duermo ocho horas, como tres veces. Pero el sobre está aquí, en mi mesa, sin remite, con la banda gris del tóner en el margen, porque a la gente que me quiere le cuesta negarme lo único que me sostiene, y yo dejo que le cueste, y al final siempre me lo trae. No pregunto de dónde sale este, ni por qué me lo han traído justo ahora, ni por qué la mano que me lo dejó temblaba un poco al soltarlo. Hay preguntas que no me hago; la lista es larga y la conozco bien, me la sé de memoria, y hace tiempo que dejé de añadirle entradas porque ya está completa, ya caben en ella todas las cosas de mi vida que no miro.

Me pongo los guantes para no marcar las fotografías. Dos chasquidos de látex, uno por mano: el sonido con el que empiezo, el mismo de siempre, el que hago sin pensar, el que me devuelve a la mesa y a la mujer que sabe estar en ella.

Saco las fotografías primero. Siempre las fotografías primero, antes que el texto, porque el texto de otro ya viene interpretado y una imagen todavía no ha decidido lo que significa.

Una niña. Los huesos dicen que de unos dos años, dos años y dos meses en el centro de la horquilla. Sin identificar; en la casilla del

nombre, esa palabra administrativa que ya me sé de memoria, que parece escrita para mí: *Desconocida*.

Coloco lo que tengo de los otros a un lado, por costumbre, aunque los otros ya están cerrados, sellados, devueltos al archivo general, dormidos bajo su código. Fueron siete. Los trabajé bien, a conciencia; a cada uno le di lo suyo, su hora y su mariposa, y descansan. Y ahora hay un octavo, que es como funciona esto, como ha funcionado siempre: nunca se acaba del todo, nunca cierra la cuenta, siempre queda uno más esperando en un talud, en un cajero, en una cama, a que alguien vaya a buscarlo. Yo voy. Es lo que hago, es lo único que sé hacer entero. Alguien tiene que ir.

A veces, al abrir uno nuevo, al sacar las fotografías de un sobre marrón, me da una sensación rara, un roce de repetición, como si ya hubiera empezado esto antes, muchas veces, más de las que puedo contar, como si esta escena —yo, la lámpara, los guantes, una niña de dos años sin nombre— la hubiera vivido ya y fuera a vivirla otra vez. Lo aparto. Es una impresión, nada más, de las que da el cansancio. Los datos no se repiten; cada muerto es su propia hora, cada caso es nuevo. Estos son datos nuevos. Me lo digo, y sigo.

Leo la escena. Y aquí, en el octavo, hay algo distinto de todos los anteriores, algo que por primera vez me lo pone fácil, que casi me lo regala.

La mariposa ya está.

En los otros siete me tocaba reconstruirla: buscarle el sitio en la escena, entender dónde la había colocado él, imaginar el cuidado del gesto. En este no hace falta. Está puesta. Una *Actias luna* sobre el pecho de la niña, las alas abiertas, verde pálido, orientada al norte, colocada con ese cuidado suyo que no es de cualquiera, con oficio. Fresca. Como si acabara de ponerla, como si él hubiera estado aquí hace nada. Por una vez no llego tarde a su firma; por una vez la firma me estaba esperando en la fotografía, todavía tibia, y no tengo

que imaginar cómo la dejó porque la tengo delante, exacta, perfecta, suya.

No me pregunto cómo ha llegado a una fotografía de archivo, de un cuerpo hallado quién sabe cuándo, una mariposa que no podía estar ahí cuando hicieron la foto, ni por qué la reconozco, ni por qué me suena de mis propias manos, de mis propias jaulas, ni por qué tiene el mismo verde, el mismo aire, la misma envergadura que las que crío en el cuarto de la luz blanca al otro lado del pasillo. No me lo pregunto. Esta noche no le añado nada a la lista, que ya está llena. Esta noche sólo trabajo.

Me llevo dos dedos a la muñeca. Ochenta y ocho. Bien. El pulso es mío otra vez, obediente, en su sitio. Escribo en la libreta, con el bolígrafo que uso sólo para esto: *V8. Mariposa ya colocada. Reciente. Él ha estado.*

Y desde algún sitio de la casa, contra un cristal que llevo toda la vida sin encontrar y que ya no busco, empieza otra vez, muy bajo, el aleteo. No lo apago. Ya no lo intento. Le he tomado cariño, casi; es lo que me acompaña estas noches, el único que se queda cuando se apagan las luces, el único que no se va, batiendo despacio, paciente, al otro lado de un cristal caliente, como quien espera a que yo termine para poder empezar de nuevo, los dos juntos, otra vuelta.

Miro a la niña sin nombre de la fotografía. Dos años. Sin nadie que la reclame, sin una madre al otro lado del nombre, sin una lista de desaparecidas donde buscarla, porque a estas nunca las echa de menos nadie —o eso me digo, eso me tengo que decir, porque pensar lo contrario, pensar por qué justo estas, por qué siempre de dos años, por qué siempre sin quien las reclame, abriría una puerta que en esta casa no se abre, una puerta con el pomo de latón que hace años no gira.

Le buscaré el nombre. Se lo debo. A esta, y a las que vengan detrás, porque van a venir detrás, lo sé, una tras otra, todas de dos años,

todas sin nombre, todas esperándome en su mesa bajo su luz; y yo estaré, cada vez, para que ninguna se quede sin que alguien la mire, para que ninguna se muera del todo sin testigo. Nada se acaba del todo. Nada muere del todo. Siempre queda una más, siempre queda algo. Y mientras quede una más a la que buscarle el nombre, yo tengo con qué levantarme por la mañana, tengo mesa, tengo luz, tengo oficio, tengo una razón; y no hace falta más que eso, una razón por la mañana, para no ser la otra mujer, la que no tiene ninguna.

Acerco el foco. Aliso la ficha con la mano enguantada. El aleteo, dentro, se acompasa a mi respiración, tranquilo, en casa, como si por fin, esta noche, los dos estuviéramos donde teníamos que estar.

Mañana le pongo nombre.